2ª edición

VIAJE AL CENTRO DE LA INFAMIA

MIGUEL ÁNGEL SOSA MACHÍN

VIAJE AL CENTRO DE LA INFAMIA

MIGUEL ÁNGEL SOSA MACHÍN

"…el motor que mueve el mundo no es el amor (Dante), ni el sexo (Freud), ni el dinero (Marx), sino la estupidez, hasta el punto de que la inteligencia y la cultura no son más que los vanos intentos que a lo largo del tiempo ha realizado la civilización para combatirla"

(Van Boxsel, *Enciclopedia de la estupidez*)

Iltmo. Sr.

Tengo el honor de participar a V. I. que en el día de la fecha y procedente de la Prisión Provincial de esa capital ha tenido ingreso en esta Colonia el recluso Octavio García, para extinguir medida de internamiento de TRES AÑOS que le fue impuesta por ese Juzgado Especial de su digno cargo en expediente Nº X/55.

Dios guarde a V.I. muchos años.

Tefía (Fuerteventura) 27 de marzo de 1955

Es el séptimo ingreso de hoy. Tres invertidos y cuatro malhechores, dos de ellos reincidentes. Ya estuvieron aquí cumpliendo pena hasta este mismo año. Uno es Pedro Rodríguez, alias El Rata, especialista en robos con intimidación y en desvalijar casas; el otro, o quizá sea la otra, es más mujer que hombre, Dios sabrá perdonarme, David Perdomo, apodado La Rubia, con fama de prostituirse en los lupanares del Puerto. Degenerados que los designios del Supremo me ha encomendado encarrilar. Que encomiable labor para un hombre devoto como yo. Soy un hombre de fe, carmelita descalzo, sagrada

orden donde tanto he aprendido sobre estas pobres almas. Desde niño lo supe, siempre sentí el llamado de este pastor de almas que es mi Dios. Una voz interior me lo dictaba. Una voz dulce y delicada que me llamaba a seguir su camino. Su senda. Por eso estoy aquí, en este erial perdido del mundo. Sólo el viento y el polvo conocen este sitio donde chillan los pájaros y las flacas cabras arrasan con las escasas hierbas que florecen. Las mañanas son duras. Un sol plomizo y fuerte cae sobre este desierto casi hasta que oscurece. No da tregua el maldito. Tampoco afloja el viento. Arrecia por las noches y su tenaz silbido se mete en la cabeza hasta invadirla toda. Tal vez vengan de ahí estas jaquecas mías, que cada vez me asaltan con más frecuencia. Tan sólo los lagartos, que aquí los hay a miles, y la aulaga se reconcilian con esta desventura, con este infierno. Yo sé que este castigo para mí es una prueba que me envía el Señor. Y, aunque a veces se me hace insoportable, debo continuar mi cometido. Mi otro yo me lo dice. Ése que habla conmigo en los ratos de hastío. Me presta gran ayuda cuando la soledad es tan densa que hasta puedo palparla. Qué sería yo sin Él. Ya habría abdicado y abandonado este destierro. No son lugar para hombres estos parajes. Aquí, hasta los recuerdos los sepulta este viento impregnado de arena. Es Él quien me da fuerzas para continuar. No abandones, me dice. Piensa en Dios, en la Patria. Necesitan de ti para poder llevar esta nave a buen puerto. Ya te comprenderán y verás los laureles de tu justo homenaje. Persevera, Prudencio, porque ése es mi nombre. De la Casa de Dios, mis nobles apellidos. Y en verdad es la prudencia mi principal valía. Jamás he vacilado en saber de qué lado se encuentra la Justicia ni me ha

temblado el pulso al aplicar sus leyes. Hay que ser implacable. No caben los remilgos cuando lo que está en juego son altos ideales. No sería más atento ni con mi propio padre, si hubiera delinquido. La Patria es lo primero para un hombre de fe como yo. Las más de ochenta ovejas que Dios puso a mi cargo me impiden que flaquee. Rezo todas las noches por estas pobres almas perdidas para siempre. Bien sabe Dios que lloro en mis ratos a solas. Mis lágrimas me sirven para coger el látigo todavía con más fuerzas.

Estas ramas torcidas interpretan la pena como debilidad, por eso hay que cortarlas, separarlas del árbol. Aquí están bien aislados, cercenados del mundo. Si por mí fuera se pudrirían en el destierro. Pero no lo permiten estas leyes tan débiles. Aunque siempre me esmero en que cumplan entera su condena y encamino mis rezos a que vuelvan, como estos dos de hoy. Al final todos vuelven. La vida expulsa a los que están podridos. Siempre ha ocurrido así. Los peores son los invertidos, a montones aquí. Nunca van a rehabilitarse. Los otros, los ladrones, en el fondo dan lástima. Al fin y al cabo Cristo murió crucificado entre dos de ellos.

Los mismos delincuentes se nos pierden aquí por estos bujarrones, cuando el deseo aúlla como el lobo a la luna, despertándoles el animal y arrastrándolos a la concupiscencia. Ocurre casi a diario. Se inicia con una pulsión que lo conmueve todo, como si el aire se espesara y costase esfuerzo respirar. La sangre fluye de manera inusual, con otra densidad que culmina en espasmos. Se acelera el latir y el olfato se vuelve mineral. Húmedo y mineral. Como

fruta jugosa de verano. Hay algo vegetal en estos pervertidos cuando se contonean, un movimiento exagerado y extraño con el que nos insultan. Incluso vestidos con el mismo desteñido mono añil que el resto de los presos, hay algo en ellos que los diferencia, que los hace repugnantemente distintos. Como si en esa distinción residieran a un tiempo su debilidad y su fuerza. Sí, exhiben sus provocadores contoneos ante la mirada de los otros, como dardos envenenados con los que pretenden embelesarnos. Como si fuesen flores cuyo perfume va destinado a capturar insectos. Flores carnívoras cuyas pecaminosas tragaderas nos devoran.

Los otros, los rateros y los matones, son más austeros, más sumisos, más esquivos. El miedo y la miseria han surcado sus caras con las señales de la desconfianza y en sus resecas pieles se percibe de lejos el temprano abandono. Una dejadez que les ha hecho olvidarse de sí mismos para dedicarse al estupro y al robo. Viejos prematuros y sin la más mínima instrucción, cuyos cuerpos apestan de una manera insoportable a humanidad. Una jauría que va detrás de estos sarasas como animales en celo, a la espera del menor despiste para consumar su nefando pecado y aun a sabiendas de la severidad de los castigos. Los he visto con las espaldas rotas por el escarmiento, pero apenas se recuperan caen arrastrados por la vileza de su sino. Como si la calamidad los marcara a hierro candente.

Los sodomitas parece que habitaran otro mundo y no estos polvorientos y desolados eriales, que se lavaran con otra agua y no con este líquido turbio y salobre, que comieran manjares en vez de la bazofia del rancho, que durmieran en camas de algodón y no en

petates a ras del suelo, como los otros presos. Un código secreto, que estoy seguro que ellos desconocen, les lleva a esa representación teatral diaria que les da un detestable halo de arrogancia y altivez. Como si utilizaran la alegría para manifestar el continuo desprecio por su condena. Sus mismos apodos: La Gilda, La Princesa, Lumumba, Luisa la guapa, La Sisí, La Leonor, La Pampanini, Marlene, La Marquesona… desvelan su falta de recato. Como si llegaran aquí procedentes de lujosas salas de fiesta y no de los lupanares donde la mayoría han sido detenidos. Seres despreciables que en su locura habitan en una peligrosa fantasía. En el fondo, hay en ellos cierta soberbia de reinas desterradas. Reinas de los bajos fondos que ejercen su gobierno en clandestinas casas de lenocinio, entre una cohorte de chulos, maleantes y haraganes que pisotean constantemente nuestra moral católica.

2

Tefía, Otoño.

Querida madre:

No sé qué número hará esta carta que ahora le escribo. Puede que sea la cien, o la ciento cincuenta. ¿Quién sabe…? Para mí es la primera

como los días pasados aquí. Siempre iguales, sucediéndose unos a otros sin que nada los diferencie. Una dolorosa y opresiva rutina que se repite hasta el anochecer, semana tras semana, mes tras mes. Ni siquiera sé qué día es hoy. Sólo sé que es la noche de un lunes de noviembre. Sólo eso. Hace tiempo que ya no me obsesiona el pasar de los días. ¿Para qué preocuparse? ¿Qué lograría con eso? Me siento más tranquilo desde que comprendí que era una tarea inútil. Es la misma modorra sin tanto desespero. No es tirar la toalla ni perder la esperanza, se lo prometo, madre, es adquirir paciencia, resignación quizá. ¿Es malo resignarse? ¿Qué podría hacer si no? Hace ya casi un año que estoy entre estas rejas de aulagas y de viento, pero también estuve durante varios meses entre barrotes comidos por la herrumbre, que olían a zotal y a vómito. Usted lo sabe, madre. Fue allí donde aprendí que no servía de nada hacer de la memoria un calendario. Los días pasan lentos cuando uno se detiene a observarlos de cerca. Los minutos se obturan en las venas y vuelven la sangre espesa, espesa como el tiempo: una lengua de lava que en su lento fluir sepulta mi cordura. Sé bien de lo que hablo. Lo he vivido en mi carne o en el triste despojo en que me he convertido. Ahora sufro al día sin dejar que el mañana abra brechas de ensueño en mi existencia. El peligro es soñar. Es como una gangrena que te come por dentro sin que apenas lo notes. Las falsas ilusiones son la enfermedad grave que padecen los presos. La malaria de los condenados. Se contrae fácilmente con esperanzas diarias. Empieza con rumores de posibles indultos para los que llevamos aquí más de seis meses, lo siguen revisiones de algunos de los casos porque era evidente que no habíamos hecho nada,

continúan con que Franco no sabe nada de esto y le han llegado voces de lo que está ocurriendo, después de que en Navidades, antes del veinticuatro, su excelencia proyecta una amplia amnistía… El rumor nos habita como el polvo y el viento, quizá sean ellos los que aquí lo arrastran. ¿Qué puede ser si no? No existen los periódicos, nos revisan las cartas, cuando te las entregan, apenas hay visitas, nadie viene de fuera, salvo el cura y un médico que yo tampoco he visto. Sólo hombres famélicos arrastrando sus sombras que de pronto no están y son reemplazados por otros. Un devenir amargo que cada cual digiere según su fortaleza. Otras obligaciones marcan el ritmo diario:

cumplir a rajatabla el reglamento sobre buena conducta, romperse las espaldas picando piedras, no mirar los gorgojos en la mierda del rancho, agachar la cabeza ante las injusticias de nuestros carceleros, chivatear las penas que afligen a otros presos, impedir que el deseo haga mella en tu cuerpo, soportar el escarnio y la burla constante, digerir atropellos que rayan la locura… y todo por un parte de conducta que la Junta de Régimen y Administración del Campo manda cada trimestre, y del que depende permanecer o no en este infierno. Comprendo esa ansiedad. Sufro también su síndrome. Aquí el bien y el mal son un mero capricho de nuestros carceleros. Una frontera frágil que atraviesas de pronto sin que uno sepa cómo. Ni razón ni justicia son hierbas para estos duros páramos. No creo que en el Averno haya perros más fieros que estos funcionarios. He visto hacer de todo. Para qué contar, madre. No quiero que usted sufra. Sólo le digo esto: jamás pensé que el hombre fuese de ralea tan baja. Cristo aquí muere a diario por estos mercenarios que pregonan

amarlo. La corona de espinas la lleva cada preso en su calvario diario. Qué le puedo decir… sólo el pensarlo hiere. La ilusión es aquí una herramienta más de nuestros carceleros. Saben perfectamente que nuestra única arma es la esperanza. Por eso la fusilan sembrando habladurías que al poco se desvanecen. ¿Comprende, madre, por qué ahora sufro al día? ¿Cree que hago mal por eso?

Pienso mucho en usted, y en padre, y en las niñas. Espero que estén bien. No les cuente usted nada para evitar desdichas. Un fuerte abrazo a todos. Dígales que los quiero, que los recuerdo mucho, que siempre van conmigo, que anhelo verlos pronto, que me escriban si pueden, que unas letras aquí son pan bendito… No puedo continuar. A partir de las nueve el sueño es obligado. Cuídese usted también y reciba mi amor.

3

Un mediodía La Gilda se echó a andar. Parecía enajenada. “Me voy para mi casa, con los míos”, fue lo único que dijo, antes de comenzar a perderse como un zombi por la pedregosa llanura. “Estás loca”, le dijeron algunos en su afán de retenerla. “Te molerán a palos si haces eso”, le insistieron, mientras La Gilda, como velero que leva ancla de un puerto de esclavos, se alejaba sigilosa. Nadie corrió tras ella. Temíamos lo peor. Habíamos vivido ya varias experiencias similares y sabíamos cómo las gastaban los funcionarios. Después de

las relaciones sexuales entre presos, intentar evadirse era el peor delito, aunque nadie se había atrevido a hacerlo tan a las claras. Por lo general, aprovechaban el despiste de un funcionario mientras dormíamos, o se fugaban en el turno de guardia. Ninguno pasó más de dos días sin que lo capturaran. ¿Adónde iban a ir? Apenas se enteraban cerraban a cal y canto el puerto, situado en la pequeña y dormida capital y a poco menos de veinte kilómetros del campo de concentración. Único punto de salida. El otro, el nuevo aeropuerto, ni siquiera se nos pasaba por la cabeza en caso de huida. Sólo un par de los que estábamos allí habíamos viajado alguna vez en avión. Además, quien se fugaba se iba con lo puesto y, raramente, con algo de dinero para subsistir por más de una semana.

Hacía un día tranquilo y la silueta de La Gilda, perdiéndose en la luz, se nos antojó como la de una de —¡esas heroínas de cine cuando abandonaban despechadas una fiesta.

Te has vuelto loco, maricón! –le gritó uno de los presos, en un intento de devolverle la cordura.

Pero ella no hizo caso, o quizá no lo oyó, y continuó su rumbo con la misma altivez. Quienes sí oyeron el grito del preso fueron los funcionarios que, hasta ese instante, charlaban distraídos, y enseguida le dieron el alto.

—¡¡Quieto ahí, hijo de puta, o te reviento de un tiro!! —le grito uno de ellos al tiempo que la apuntaba con su pistola—. ¡¡Alto o eres hombre muerto!! —insistió.

Pero la Gilda ya había caminado por lo menos doscientos metros y, seguro, que no lo oía. Hizo varios disparos. No sé si al aire,

porque todo fue muy rápido. Ella siguió avanzando. No sabíamos si herida. La Viga y el otro funcionario echaron a correr. A los pocos minutos la alcanzaron. No hizo ademán de escabullirse. Como si la cosa no fuera con ella continuó con el mismo paso, aunque se tambaleó un par de veces. La creímos herida. Sólo había tropezado en su breve paseo de reina por aquel pedregal. No se resistió apenas. Fue fácil inmovilizarla. La trajeron a rastras como quien carga una cruz. Cuando llegó hasta nosotros tenía las piernas, de la rodilla para abajo, totalmente ensangrentadas. Asombrados, observamos su imagen de santa castigada por esos centuriones. De pronto, La Gilda levantó la cabeza y nos miró con ojos de alucinada. Una mirada perdida que nos petrificó.

—¡A lo vuestro, cabrones! —nos gritó uno de los que la cargaban—. Después arreglamos tú y yo cuentas, renacuajo de mierda —dijo, refiriéndose a uno de los presos que picaba cerca de nosotros, apodado La Rana, que, paralizado, contemplaba la escena.

Durante varias noches sus lamentos nos mantuvieron en vela. A veces eran gritos; otras, un quejido animal que le duraba horas; algunas, un susurro asmático que nos ponía los pelos de punta. Apenas se le entendía nada, pero sus desgarradores alaridos nos partían el alma. Parecía un ánima en pena encerrada en un calabozo.

Atormentado por el insomnio y las imágenes de infortunio que sus lamentos traían a mi cabeza, el trabajo en la cantera se me hizo insoportable y, más de una vez, me sancionaron cargándome de guardias que no hicieron más que aumentar mi debilidad. A los pocos días caí enfermo, preso de unas fiebres altísimas que creí no superar.

Fueron catorce días amargos, sumergido en el delirio de unas calenturas que me llevaron a perder casi cinco kilos. Yo, que de por sí ya era bastante enclenque, terminé en los huesos. Tanto que, cuando me recuperé, sentía que flotaba al caminar. Duras semanas en las que me dejaron abandonado por completo. Ningún médico vino a observarme ni tampoco me llevaron a otro lugar donde alguien pudiera atenderme. Me dejaron allí, en el barracón, tirado sobre mi petate, sintiendo un frío glacial del que me resguardaba gracias a la manta que, en un gesto de generosidad, me cedió Marlene, una de las pocas que se preocuparon por mí. Ni una sucia manta para cubrirme me facilitaron los malditos. La comida, el mismo rancho, pero helado, me lo traía también ella. Yo apenas lo podía ingerir, pero estoy seguro de que lo poco que ella me obligó a comer esos días fue lo que me salvó, impidiendo que me quedara para siempre allí, olvidado como un perro. Desde ese momento mantuve con Marlene una complicidad especial.

No volví a ver más a La Gilda. Alguien me dijo que la vio, un par de días antes de que me recuperara, cómo se la llevaban de madrugada en un camión para la capital, junto a otros cuatro presos que ya habían cumplido condena. Seguramente para ingresarla en la otra prisión, que era el psiquiátrico. Tefía era así. De repente, una mañana dejábamos de ver a alguien. Entonces, se producía un vacío que sólo el silencio llenaba. Ni los propios presos que desaparecían conocían su futura situación. Suponíamos que habían quedado en libertad y regresaban a sus hogares. Pero a los pocos meses algunos reaparecían acompañados de presos nuevos que, recelosos, tardaban

en abrirse a nosotros. Yo, cuando los veía aparecer, sentía cómo se me helaba la sangre. Eran la evidencia de que nunca podría liberarme de la pesadilla.

Sólo una vez recibimos noticias de La Gilda. Fue una carta que envió, nueve meses después, a La Castañuelas y en la que contaba que estaba muy bien, que tenía un nuevo amor, un trabajador portuario, del que estaba locamente enamorada y que andaba arreglando papeles para poder marcharse a vivir con él a Barcelona. Nos alegramos mucho de saber que continuaba viva. Sus cuentos nos los creíamos a medias. Sabíamos que su inventiva la llevaba a contar esas fantasías. Además, por los que volvían al campo, sabíamos que la vida después de Tefía seguía siendo para nosotros un infierno que se prolongaba durante años. Tenías que residir un año fuera de tu lugar de origen, por lo que muchos se iban desterrados a otra isla. Cuando cumplías esta segunda condena, debías estar varios años presentándote mensualmente en la comisaría. Una sola falta era motivo más que suficiente para ponerte en busca y captura. Una libertad vigilada sobre la que oscilaba la espada de Damocles. Probablemente, todos los que volvían al campo de concentración de Tefía conocían a la perfección su peso.

Pienso en El Dominico, ese siervo de Dios cuya tenacidad siempre ha sido mi guía. Con qué ejemplar modestia mantuvo su entereza ante la adversidad. No fueron buenos tiempos los que le tocó vivir a este santo varón. Nacía una España nueva acosada por multitud de herejes (marranos, sarasas, judíos y hechiceras). Hordas habituadas a revolcarse en el fango de las malas costumbres. Una gentuza que pretendía hacer de la Nación un aquelarre, como los que pintó ese loco afrancesado cuya brocha llegó a infiltrarse en los mismísimos aposentos reales. La mano de este Santo, confesor de reyes, no vaciló un instante en aplicar justicia contra el nido de víboras. Con qué rigor caía la ley sobre quienes osaban ofendernos, contra los que querían impedir la grandeza que se estaba forjando. La baja ralea de Caín con la que nos ha tocado convivir desde que el mundo es mundo. Un ejército de pendencieros y lisiados morales que aún siguen intrigando. La prueba que Dios Padre derramó entre nosotros para que distinguiéramos el trigo de la cizaña, el cordero del lobo… el honor y el decoro de la abyección y la mancha. Un mismo hilo común une a estos hijos del mal que este santo mío hizo arder en la hoguera, con éstos que el destino ha puesto bajo mi tutela. Un azote común los unifica, una misma ruindad los alimenta.

Envidio la claridad de ese buen hombre en su recto camino. Jamás cogió por sendas que pudieran desviar su ruta. Una estrella de fuego lo guiaba en su amor por los débiles, a los que tanto amó y

defendió a ultranza. Su visión de futuro sobrecoge. Nadie mejor que él entendió a España, la patria que nacía amenazada. Como niño pequeño que crece en medio de una horda de infieles, supo comprender que para hacer nación había primero que barrer la basura; expulsarlos del templo; encender una pira donde ardiese la ignominia pagana. Y con ellos sus ritos, sus plegarias, sus rezos… Sacrílega parafernalia que sucumbió purificada por el fuego. Llamas que prendió, bajo su mandato, en todas las plazas del país liberándonos del pecado. Hogueras que iniciaron la cruzada que hoy libramos contra los nuevos herejes. Lobos disfrazados de corderos, como este rebaño de aquí, que tanto me atormenta.

Nunca fui como él. Yo siempre he sido duda que avanza en el camino empujada por no sabe qué fuerza. Una voz que me dice: "Prudencio, ese oscuro camino has de andarlo tú solo". Siento entonces que mi existencia se precipita por sus acantilados hacia ese fuego eterno donde arden todos los impíos. ¿Me faltará firmeza…? Continuamente me invade el temor a errar, a no andar en la senda de los justos como mi amado prior. Y ese deseo escondido con que miro a los hombres, que tanto daño me hace. Redimir con el látigo esos desnudos cuerpos que tanta fiebre producen en mis sueños. Torturados cuerpos entre los que me agito hasta que una convulsionada tibiez me despereza. Cómo me escuece el alma cuando el instinto aúlla en mis oídos invitándome a la concupiscencia. Nadie podría entenderlo. Tal vez sólo mi fraile dominico. Quizá sufrió lo mismo: la atroz llamada con que Satán nos tienta. Pero yo nunca he errado en la vigilia, conversar con mi Dios me da firmeza. Sólo cuando me duermo

Pandora abre su caja, ofreciéndome extraños deleites contra los que me es difícil resistirme. Ansío entonces que regrese para volver a encender las antorchas junto a él.

A veces me imagino perdido entre la plebe viendo aquel espectáculo. Me embarga entonces una emoción sublime que sólo he sentido cuando mi alma es penetrada por el Señor llenándome de gozo. Su música hace arder mis entrañas y siento cómo su inmaculado destello eleva mi ser. Después el fuego, iluminando las enfebrecidas pupilas del populacho congregado, extasiado en la contemplación. Crepitar de la noche en el silencio, mientras el crujir de los maderos derretidos por el calor se confunde con los últimos susurros de agonía. Respirar ese olor que dejan las hogueras cuando prende la tea. Hay algo conventual en ese olor. Una levedad que se disipa en el aire, pero que traslada mi memoria a largas horas de placentero recogimiento en los que tanto reflexioné sobre el pecado. El eterno pecado. Supe así que éramos reos del mal desde el principio. Quizá porque nacemos encadenados al agravio y a la injuria. Sólo unos pocos, los elegidos, logramos desprendernos de ella, como estropajos que arrasan con la raña, liberando la piel de esa mácula. Mi venerado dominico estaba entre ellos. Supo siempre que el pecado, placentera debilidad, podía crecer en el terreno más estéril, como este erial de Tefía, del que huye hasta la misma sombra.

Caín es el ave Fénix que renace día a día, fecundado por sus propias cenizas. Como si el espíritu de los ajusticiados en la hoguera regresara para expandir el delito y el crimen. Una plaga que periódicamente invade nuestras almas llenándolas de miedo y

confusión. Por eso, la antorcha que nuestro santo dominico prendió aún sigue viva. Continúa siendo ejemplo para generaciones venideras. El fuego con el que quiso alertarnos de que el mal siempre acecha, como fiera al ganado, esperando el momento, ese leve despiste que le permite dar el zarpazo. El calor de su fuego es, para mí, vela encendida que sigue iluminando mi camino.

5

Después de mucho tiempo, esta mañana me miré en el

espejo. Contemplé mi imagen borrosa. Parecía que reflejara a otro, a un ser ajeno a mí. Alguien desconocido que imitara mi estupor y sorpresa. Nunca me había ocurrido. Durante unos instantes creí que en el cuarto del funcionario donde limpiaba había otra persona. Con sigilo me volví hacia atrás para comprobar quién era el ser que mis atónitos ojos observaban. No había nadie. Estaba solo en aquella sombría habitación de carcomidos muebles oscuros y roídas paredes de cal. Era mi cuerpo el que se proyectaba en la luna de la cómoda. Una luna salpicada de herrumbre que distorsionaba aún más mi propia visión. Como un zarpazo sentí la primera instantánea del viejo que crecía en mi interior. Con apenas veinte años comprendí que había muerto una parte de mí, que el vanidoso ser que hasta hacía poco presumía de sus inseguridades ante el espejo no volvería a existir. Era otro el que se observaba después de casi un año, otro el que, paralizado ante el espejo, asimilaba la dura realidad contra la que éste lo lanzaba. Aquellos ojos de los que se había disipado la alegría no podían ser los míos. Las grises ojeras que los circundaban tampoco me pertenecían, ni esa piel descamada y reseca, ni esos labios con ese rictus amargo de tristeza… Quise huir de esa metamorfosis, pero la crisálida que dormía en el interior del cristal me lo impedía. Era un imán que atraía el alambique de mi cuerpo sin que pudiera resistirse. Igual que agua turbia atrapada por el torbellino de absorción de un fregadero. Sentí rabia y pavor, pero no me alejé. De pronto, en mi interior algo me dijo que tendría que convivir con él. Que ése era yo. El mismo al que unas débiles y asustadas manos, cuarteadas y heridas por las brutalidades de más de una año de prisión, ayudaban a

reconocerse. Como Narciso quise ahogarme en los abismos del espejo. Quedarme para siempre en su interior. Y en ese acto de locura detener el tiempo. Huir del infortunio al que el traicionero azar me había empujado. Permanecer oculto en una sucia esquina de aquel vidrio y evitar así enfrentarme al diario deterioro que sufría.

Los espejos estaban prohibidos para los presos. Yo los tenía asociado a los placeres del aseo. A esos momentos en los que el espejo y uno se funden en una identidad etérea y provocadora, consistente en entregar a esa cristalina nada los más íntimos secretos corporales. La soledad ante el espejo quizá sea uno de nuestros espacios más libres. Ante él nos mostramos sin tapujos, desnudos en un acto de complicidad con el que sólo rivaliza el sexo. Cuántos monólogos delante del espejo. El mar y los espejos, qué dos grandes amigos. Creo que entre los mayores logros del hombre se encuentran la rueda y el espejo. La rueda abrió el mundo a los hombres; el espejo los devolvió a sí mismos. Pero en el campo de Tefía estaban "prohibidos" y la rápida ducha, cuando la permitían, había que realizarla en unos improvisados baños al aire libre, bajo la atenta mirada del par de funcionarios que nos insultaban a gritos para que terminásemos. Al principio los eché de menos. Tenía la sensación de que sin ellos algo le faltaba a mi aseo. Como si no me enjuagara bien, o me faltara peinarme, u olvidase ponerme alguna prenda. Nadie nos dijo que los espejos estuvieran prohibidos, pero su absoluta ausencia, salvo en las habitaciones del director y de los funcionarios, así nos lo hacía pensar. "Pretenden que olvidemos quiénes somos", le oí decir a un preso, sin comprenderlo, a los pocos días de ingresar en la colonia agrícola

penitenciaria. Entre los maricas había un grupo que jugaba a hacer de espejos para distraerse.

—A que hoy estoy preciosa, chicas —decía Luisa la Guapa, con la cabeza rapada y la cara cubierta de ceniza por el polvo de la cantera, mientras se contoneaba.

—Divina, cariño, estás divina —le respondía La Castañuelas con ese agitar de manos que le dio el apodo, aunque… pensándolo bien, te falta un tinte y el maquillaje apenas se te nota.

—Envidia que tienen algunas —contestaba Luisa La Guapa con altivez haciendo prevalecer su apodo—. Pues anda que tú, con el cuerpo de hombre que estás echando en la cantera sí que vas poder vestirte de gitana para tocar las castañuelas —remataba burlona.

—Mala pécora —le respondía la otra, entre las carcajadas del resto.

Preferíamos los comentarios sarcásticos a las piadosas mentiras que muchas veces terminaban haciéndonos llorar. Sin duda, la inexistencia de espejos en la colonia agrícola era un agravio más que las autoridades penitenciarias cometían contra nosotros, los maricones. Quizá creían que exiliarnos de nuestro propio cuerpo les facilitaría la domesticación. No se daban cuenta de que eso era intentar poner puertas al viento.

6

Tefía, Invierno.

Querida madre:

No imagina cuánto me ha alegrado tener noticias suyas. Llevaba tanto tiempo sin leer unas letras de mis seres queridos que me he ido acostumbrado al olvido y a esta soledad mía. Ya sé que no le es fácil encontrar un hueco para escribirme, pero padre y las niñas, ¿tampoco pueden…? Desde que caí preso no he recibido de ellos ni una nota. Se avergüenzan de mí. Siempre lo supe. El único hijo varón pero que no responde a las expectativas. Mientras pude ocultarlo todo funcionó bien. Era el hombre de todos. El germen que se encargaría de mantener el apellido de padre en el futuro. El hermano mayor de dos chicas mimosas que yo siempre he adorado. La farsa funcionó mientras sacrifiqué mis sentimientos en aras de un amor mal entendido. Hasta que un día, no me pregunten cómo, el deseo se negó a seguir sufriendo y me empujó a romper con la comedia. Ahí empezó el drama, cuando me detuvieron por primera vez y comenzaron a correr los rumores sobre mi homosexualidad. Desde esos momentos comencé a comprender la verdadera trama que hilaba los afectos. Miradas de recelo, palabras ofensivas, continuas amenazas… En veinticuatro horas pasé de ser el centro a ser el más ignorado. Pero yo comprendí incluso la vergüenza con la que me miraban. Quité hierro al asunto sin abdicar de mí. No tenía por qué hacerlo. Pero nada fue igual. El miedo, el qué dirán… devoró los afectos y una espiral de agravios fue envolviéndolo todo, hasta que caí preso sin haber hecho nada, porque nunca he robado, ni ofendido, ni matado, sólo intenté querer a alguien de mi sexo. Mi único “pecado”.

No sabe cómo duele el abandono. Quizá sea ese silencio mi más dura condena. Lo que más me tortura y me doblega. Nadie puede

comprender la tristeza que produce salir del barracón donde entregan las cartas sin escuchar tu nombre. La soledad es más sola y el alma se te cae a los pies. Ese día se te hace difícil tragarte la comida. Hace tiempo que ya no voy. ¿Para qué? Va otro preso por mí. Él sí que recibe cartas. Es un buen compañero, lo he conocido aquí. Fue detenido por lo mismo que yo, por invertido. Lo llamamos Marlene, cosas de presos. Su madre hace poco que ha muerto. Él todavía no sabe nada.

En la carta anterior le contaba que ahora sufro al día. Con el correo de los viernes también. He dejado de poner esperanza en ese momento. Ya no lo anhelo. Vivo mejor así, sin ese sobresalto que termina en caída hacia el vacío. Cuando uno sufre tanto, el más leve pesar inclina la balanza hacia el desastre. Ocurre a diario aquí.

Si viera, madre, la ilusión con que van los presos a ver si tienen noticias de los suyos o reciben un pequeño paquete que les ayude a engañar por unos días el hambre. No es fácil describir esa esperanza. De sus rostros famélicos marcados por el miedo se escapa en ese instante un atisbo del niño que un día fueron. Como si sobrevivir consistiera en lograr salvar a esas criaturas de este deterioro. La luz de sus miradas irradia una esperanza… La mayoría de ellos no saben ni leer ni escribir. Analfabetos mancillados que se ilusionan al oír su nombre, aunque sea por la boca de los mismos que un rato antes les han machacado el cuerpo a palos. Los mismos que se jactan de sembrar el terror entre los reclusos. Y es verdad que les tenemos miedo. A algunos más que eso. Como a uno apodado La Viga. Un hombre alto de casi dos metros, de complexión atlética y ojos claros. Una belleza fría cuya mirada de verdugo hiela la

sangre. Es cruel con todos, pero en especial con los maricones a los que apenas se nos nota nuestra condición. Porque, según alardea, lo nuestro es puro vicio, y no como los otros, los más afeminados, que considera enfermos, basura enferma, como él les llama. Por eso nos persigue hasta la extenuación. Nos considera auténticos peligros. He visto a más de uno depilarse las cejas a jirones, dejándose la piel en carne viva, en un intento de que lo dejaran tranquilo. Pero sus casi dos metros de tortura les caían aún más implacables. Se comenta de él que durante la guerra formó parte de una brigada que hizo desaparecer a mucha gente. No sé si es cierto eso, pero lo dice uno que ha estado en muchas prisiones por su pasado político, donde él estuvo de carcelero, y algunos presos, que lograron escapar de una muerte segura, lo reconocieron. Uno apodado El Loco, que fue secretario general de las Juventudes Comunistas de no recuerdo que zona de Gran Canaria, y que ahora está aquí también por invertido.

Es la segunda carta que recibo de usted en todo este tiempo. Y un paquete con comida que, cuando llegó hasta mí, estaba estropeada. Los muy canallas no me lo entregaron hasta que comenzó a oler a podrido, y eso que alguien me había advertido de que estaba en la oficina del administrador de la colonia desde hacía casi un mes. Aunque me mordía por dentro, no pregunté. Sabía la respuesta. Ocurre con frecuencia que los paquetes desaparezcan o que cuando lleguen a tus manos estén en mal estado. Sólo salvé unos guantes de lana. Se lo agradezco, madre, porque mis manos están cada vez más débiles. La comida no me atreví a tocarla, tampoco la tiré. La dejé cerca de mi petate, en un rincón, y al rato desapareció. El hambre aquí hace estragos.

Casi dos años sin noticias es demasiado tiempo. En mi camino por esta tempestad he atravesado muchas soledades. Qué duro es admitir que estás solo. Comprender que el abrigo donde te guarecías de la intemperie era un espejismo, al que un solo golpe de la realidad disipó en el aire. Dolor en el dolor. Ya lo dice el refrán: a perro flaco… Debe de ser que la vida tiene este amargo sino del que el refrán advierte. Pero ¿quién escarmienta en cabeza ajena? Cuánto daño nos ahorraríamos de ser más precavidos, más sensatos, más cautos y desconfiados. ¿De qué sirve confiar si después eres llanto viendo sangrar la herida ante la indiferencia?

Estoy dolido, madre, a qué negarlo. Pero no con usted. Jamás podría. Dolido con la vida, con padre y mis hermanas, que me dan esta pena. Se lo cuento porque sé que me entiende. Ya sé que no debiera porque esto la preocupa y usted sufre. Pero si no lo pienso, madre, me reviento por dentro. Es mucha rabia la que hay acumulada…

Es Navidad, madre, y aquí también se nota. Algunos presos han hecho con piedras y barro un portal de Belén. Lo han colocado a la entrada del Campo. El domingo por la tarde un grupo estuvimos cantando villancicos y, aunque muchos lloramos, nos hizo mucho bien. ¿Qué tendrán estas fiestas que hasta en este lugar apartado del mundo se percibe en el aire? Cuántos recuerdos, madre. Cómo olvidar el momento en que nos sentábamos a cenar. Lindos tiempos que hoy sólo son añoranzas. Con qué poco podemos ser felices. Ahora mismo lo soy con el recuerdo, aunque la cruel nostalgia que viene con el viento me ha empapado los ojos.

Hoy me he extendido más. Como estamos en Navidad nos permiten acostarnos un poco más tarde, hasta las diez y media. Dicen que el veinticuatro, nos dejarán estar hasta las once. Que así sea.

Esperando verlos pronto, y dándole un fuerte abrazo, se despide de usted su hijo Octavio que la quiere tanto.

7

La Pampanini nunca fue una santa, pero el hambre devora las virtudes. Y sobre ella hizo estragos. Alardeaba de que en el mismo correíllo en el que nos transportaban a Fuerteventura, nuestro tren a Nüremberg, se lo hizo con un preso a la vista de todos y sin que nadie se diera cuenta. Era una experta en amoríos fugaces como no he conocido a ninguna otra. Habituada a los repetitivos métodos de la policía se había especializado en cazar el deseo en urinarios, parques y cines. En su agenda no entraban los encuentros casuales camino del trabajo o de vuelta a su casa. No tenían ningún riesgo porque iban precedidos de infinidad de cómplices miradas. Furtivos destellos que sólo dos conocen. Esos no los contaba, nunca hizo su balance. Acostumbrada a las redadas, había desarrollado un instinto especial para salvarse. Sabía que los sábados, a partir de las doce de la noche, eran días nefastos para intentar ligar en los urinarios. El inspector Candela sentía un morbo especial por esos lugares, en los que ocupaba su guardia de los sábados. Los domingos, en cambio, eran el peor día para intentarlo en un parque. Era el turno de los que llamaba *el Gordo*

y *el Flaco*, dos policías que por sus características físicas se lo hacían recordar, y que, ese día, eran los encargados de limpiar de maricones. Entre el martes y el jueves, la noche en la ciudad era paradisíaca, pues, salvo excepciones, decía, podía campar a su aire. Además, contaba con ciertos confidentes, queridas o queridos de un agente, que filtraba el aviso de posible redada. Conocía a varias prostitutas y a un par de invertidos que tenían como "amigos" a un policía. Todo iba bien mientras se mantuviera álgida la pasión del agente. Eran los días felices. Cuando iniciaba su declive, había que resguardarse porque durante un tiempo las redadas eran más sorpresivas. Los primeros en ponerse a buen recaudo eran los antiguos amantes que dejaban de aparecer por los lugares de encuentro. Si salían despavoridos para otra isla o para Barcelona —la Arcadia que añorábamos todos los invertidos de Las Palmas—, sabíamos que, más tarde o más temprano, alguno de nosotros iba a pagar los platos rotos. Esos días eran un auténtico toque de queda. Nada peor que un macho culpabilizado con poder. Hacían auténticas razzias contra las putas y los homosexuales. Había que andarse con pies de plomo hasta que la fiera se tranquilizaba. Sabíamos cuando se calmaba porque volvía a liarse con uno de los nuestros. Regresábamos, entonces, a la hostilidad cotidiana, en la que La Pampanini se encontraba en su ambiente. Sin embargo, en el ligoteo en los cines, lo que más le gustaba, era por donde ella hacía agua. Su riesgo favorito, lo llamaba. Los miércoles y viernes eran días en que los soldados iban a las funciones de tarde. Allí esperaba ella en las últimas filas hasta que uno se le aproximaba. Lo sentía acercarse como algo vaporoso con olor a membrillo y a tabaco.

Un serpenteo en la noche de la sala que terminaba ardiendo a su lado. Con sigilo sus fuertes y delicadas manos, abrían las reventadas braguetas, de las que emergían unas pollas descomunales sedientas de lujuria. El miedo y el deseo se combinaban en un cóctel lúbrico y fantástico. Un silencio en el que sólo dominaba el ansia. Después seguían gemidos que eran placenteras sacudidas del joven militar en el asiento. Para La Pampanini era un ardor con sabor a salitre y a algas. Un forcejeo en la sombra, mientras al fondo, sobre la magia de luz de la pantalla, huía un jinete herido al que seguían los pasos un grupo de malvados, o una rica excéntrica hacía reír a la gente con sus enredos con un leopardo. A veces, alguien gritaba: “silencio, maricones”, y el fuego se apagaba en ese instante. Los cines de sesión continua, como El Cairasco o El Pabellón Recreativo, eran sus preferidos. Tenía clientes fijos en las sesiones de cuatro y de seis. Seres anónimos de los que apenas intuía su rostro, pero que acudían puntuales a la clandestina cita semanal donde aliviaban un sexo reprimido. Apenas se satisfacían, huían del cine como el vaquero de la película al que perseguía una banda de forajidos. Todo quedaba ahí. Sólo llegó a intimar con un par de ellos. De eso nunca habló. Los otros regresaban a las sombras de donde volvían a salir a la semana siguiente por otro cuarto de hora.

Fue en el cine donde la detuvieron el mismo día que cumplía los dieciocho años. No notó nada extraño. Se sentó como siempre en las últimas filas de la parte derecha, cerca de la salida por si era necesario. Esperó diez minutos, en un tiempo secreto respetado por todos. Se sentaron dos hombres a su lado. Le pareció un poco raro,

pero lo disipó el calor de una mano con convicción de macho que viene a por su presa. Ella lo dejó hacer unos instantes. Se reclinó después hacia su lado y comenzó a buscar su recompensa. Al tacto la encontró, dura como una piedra y comenzó a gozarla… “Saca tu Boca de ahí, maricón de mierda”, escuchó aturdida, mientras las manos de antes apretaban ahora su cuello. “Se te acabó la fiesta, hijo de puta”, dijo alguien detrás, al mismo tiempo. Un golpe seco le rompió la espalda y la hizo caer sobre un asiento. “Levanta, maricón, que quedas detenido”, escuchó mientras uno le tiraba del pelo. Después el movimiento del ruido de butacas de gente que corría huyendo de la quema, y de nuevo otro golpe que le rompe la boca. “Quieto ahí todo el mundo. Que no se mueva nadie”, dicen los policías. Con la luz encendida, la conciencia de espanto hace temblar su alma. Su mirada de pánico ve a un público asustado que contempla la escena de su primer calvario. Y la sangre cayendo sobre su blusa blanca, que esa noche estrenaba por ser su cumpleaños. De allí a comisaría y desde ésta a la cárcel y, a final de trayecto, la esperaba Tefía con los brazos abiertos para intentar cambiarla. Apenas mencionaba —aunque yo lo sabía—, las constantes palizas, ni el desprecio, ni las dos violaciones que sufrió. Ya estaba acostumbrada a esos malos recuerdos. Decía que era su sino por ser invertido. Pero La Pampanini era de alegría dura, y todo aquel maltrato no logró fracturársela. Una alegría absurda que emergía como agua de una fuente. Sin que fuera consciente era su mejor arma contra sus enemigos.

Su loca rebeldía llegó a Tefía con ella y su mala conducta se reflejó en los partes trimestrales. Fue una condena eterna por tres

años, con uno más de exilio en Tenerife y otros cinco en Las Palmas de férrea y vergonzante vigilancia. Pero La Pampanini no se achicó y siguió disfrutando de los hombres que encontraba a su paso porque ella estaba hecha para amarlos. En Tefía, al deseo se le sumaba el hambre que a muchos empujó a un comercio sumergido de la carne. Ella no fue una excepción. Era más bien un trueque donde mugrientos presos racionaban el hambre cotidiana para aliviarlo. Un pan mohoso o una pizca de gofio era lo estipulado por un fugaz encuentro donde morir un poco. Muchos lo practicaron. Sólo La Pampanini logró salir indemne. Su extraño arte en encuentros fugaces le dio ese privilegio. Llegó a follar con uno en el mismo barracón en que yo me encontraba y juro que no me enteré. Sólo me percaté de que coqueteaba. Sólo de eso. Si ella no me lo hubiese contado después, jamás lo habría sabido. “Entre más te ocultas, más descarado es”, decía cuando le preguntaba por sus artes en clandestinidades. “Ganas y naturalidad”, me aclaraba cuando yo le insistía. Fue todo lo que logré arrancarle de su secreto. Creo que sabía que la fuerza de lo oculto se desvanece con la luz. Por eso lo guardaba con celo.

8

El sudor de los cuerpos después de una dura jornada en la cantera, bajo un ardiente sol que broncea las espaldas perfilando sus formas. Fornidos maleantes a los que el trabajo ha ido modelando esa obscena musculatura. Seres de piedra a los que la mano de un artista ha otorgado la gracia de la vida, sin comprender que liberaba fieras. Desgraciados apolos, reyes de la miseria y el delito, aunque agraciados por un azar ciego y terrible que da la belleza a individuos de tan baja calaña. Hombres que se insinúan con la mirada a cada instante cuando

están junto a mí. Una provocativa pulsión de súplica con la que pretenden subyugarme, arrastrarme hacia el laberinto de sus perdiciones. Yerran si creen que soy uno más de ellos. Yo devuelvo el desdén con la mirada para que nunca olviden que soy quien los gobierna, que dependen de mí como del agua. El recto pastor que los ama igual que un padre. Como a ti mismo amarás a tu prójimo. Eso es lo que yo hago con todos estos hombres. Así es mi amor. Por eso los castigo con la mayor dureza. Porque en verdad los quiero, incluso los deseo. Privilegio del amo hacia el esclavo que en el fondo los honra y dignifica. Concediéndoles con mis pensamientos una virginidad inexistente, que sólo yo tengo derecho a mancillar. Una virginidad que me permite ansiarlos sin sentir el pecado, amarlos sin que me domine el tormento.

Pasan en grupos luciendo muchos de ellos el torso, con la mitad del harapiento mono añil de la faena colgando a sus espaldas. Por sus dolidos y apestados pechos descienden cristalinas hilachas de sudor hacia la oculta sima de un sexo que yo añoro en mis noches a solas. Puro deseo sin mácula que alimenta mis sueños. Olorosa y cálida saliva que una lengua voraz deposita en mis labios despertando mi adormilado sexo. Una nube de polvo se levanta a su paso, imprimiendo a la escena un aire fantasmal, un desfile de atletas salidos del Averno con la sola misión de tentarme, poniendo a prueba mi frágil resistencia. Sé bien que odian lo que represento, que les provoco enorme antipatía. Pero, ¿cuándo un patrón ha despertado afectos en sus subordinados? Chismorrean entre ellos, sonriéndose a veces. Sé muy bien que esa mofa va dirigida a mí, que con esa alegría

me difaman. Que sus ojos habituados al fango son capaces de leer mi anhelo. La apetencia que algunos me despiertan, pero que yo controlo porque soy hombre austero, criado en los rigores de mi orden, Carmelitas Descalzos, que tantos beatos y santos ha entregado a la Iglesia. Mi férrea voluntad se ha forjado despacio. Me eduqué desde niño en los rectos principios de la vida cristiana. Los santos mandamientos se cumplían en mi casa a rajatabla. El amarás a Dios sobre todas las cosas, no jurarás jamás su santo nombre en vano, santificar su fiesta… ni matarás ni fornicarás nunca… Una madre piadosa se encargó de inculcarme esos valores. Los sagrados principios por los que aún me rijo. El perdón y la renuncia han compartido mesa desde siempre conmigo. Perdonar, perdonar para ser perdonado. Parece tan sencillo, pero cómo nos cuesta. El odio y el perdón, dos líneas paralelas que marchan siempre juntas aunque nunca se tocan. Dos hermanos gemelos que parecen engendrados por distinta madre. Caminan de la mano odio y perdón sin que nos percatemos. No creo que exista el perdón verdadero, el odio sí. “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”, exhala Cristo moribundo en la cruz, en un acto sincero de perdón. Sólo de Él. Pero es gracia de Dios no de los hombres el perdón infinito. Yo no he visto en los hombres el perdón. Rencor e inquina, sí. Cada error de mi vida ha recibido un duro latigazo. Jamás una caricia me compensó de un fracaso ni conocí un regazo donde reposar llantos. La invalidez que me dejó la polio en una pierna no permitió la pena, porque la sabía burla. Todavía recuerdo de mi infancia la salida del colegio perseguido por una jauría de niños, compañeros de aula, imitando mi cojera. Y esas risas y gritos que yo

fingía no oír, con los que diariamente me crucificaban. Yo fui Jesús también, aunque sin el perdón. Se alimenta más fácil el fantasma del odio. Quizá lo nutre la condición humana. No hay conmiseración para esa chusma que arruinó mi vida. ¿Quién mantiene clemencia con el que lo apalea? ¿Cómo desarrollar misericordia con quien te ha pisoteado? ¿Qué compasión tener con tantos atropellos? ¡Qué fácil perdonar la dulce ofensa, la que apenas percibes, la que casi no notas! ¿Acaso es perdón eso? ¿No es más bien soberbia?

La renuncia también es carne de mi carne. Mi vocación ha sido la de hombre solitario. El verbo renunciar lo he conjugado tanto en largas disciplinas de silencio… Yo sí que he oído mi voz en cualquier tiempo de ese maldito verbo. Renunciar al presente, y al pasado y a un incierto futuro. Yo lo he hecho. Jamás sabré por qué, pero lo he hecho. Interminables horas de mudez me han incitado a ello. Hablar con uno mismo desde el miedo lleva a cosas extrañas. Así el pecado adquiere enormes proporciones, y acecha y acorrala, como el Saturno que devora a sus hijos. En silencio, mil veces deseé ser presa de los carnosos labios del pecado. Dejarme succionar por ese abismo que en tantas ocasiones me ha llamado. Su voz potente aún rompe en mi memoria como el mar en la roca. Una voz que me invita a zambullirme en sus tibias y oscuras aguas. Perderme en él hasta purificarme y volver yo. Henchido por la gracia de dejar fluir a la sangre en su apetencia de fundirse en otro cuerpo. Como los de estos hombres que ahora observo y tanto me conmueven. Quisiera amarlos hasta redimirlos de todos sus pecados. Con qué pasión recorrerían mis manos esas pecaminosas anatomías. Dejar que entren en mi quemante

herida hasta aplacar su sed. Y en ese sacrificio ofrendarles mi cuerpo enteramente desprendido de su impenetrable coraza.

9

Todo es olvido aquí. Hasta mi propio cuerpo me es extraño. Muchas caras se me han hecho confusas y sólo las recuerdo por las cosas triviales: la carcajada brusca, un mote malsonante, una manía obsesiva, un perfume barato, el olor de un maquillaje, el color de un carmín de labios… Jamás creí que hubiera de aferrarme a esas cosas absurdas para preservar los recuerdos. Pero aquí es así. Las caras que ayer vi hoy las he relegado. El olvido es el rey de estos páramos donde gobierna el viento. Un viento azul al alba y terroso y grisáceo por las tardes. Viento y olvido cabalgan juntos por esta locura donde penan más de ochenta hombres.

Se me desdibujan los recuerdos como si tuvieran estructura de nube. Densa niebla en la que me adentro hasta perderme en su inmensidad. Pienso en mi madre, a veces, sin lograr acordarme de su rostro. Evoco el pelo cano, los pómulos salientes, la tez blanca, los

vivarachos ojos negros… y, sin embargo, me es imposible recomponer su imagen. Ordenar las distintas piezas de ese rompecabezas que es el concepto madre. No logro encajarlas. Ni tampoco el de padre ni el de hermana. Se han vuelto etéreos, informes. Puede que la memoria pretenda disiparlos para evitarme así más sufrimientos. Una alarma interior que se dispara sin que uno sepa cómo. Un mecanismo que nos previene o, quizá, nos arrastre a la locura. Tan sólo los sonidos permanecen intactos. No entiendo a qué obedece, pero estoy bien seguro de que sería capaz de distinguir su voz entre mil voces. En mis ratos a solas ella habla conmigo. Es, entonces, cuando me reconforto. Sus dulces palabras ordenan este caos, y, todavía, sin lograr ver su imagen, ya no dudo de a quien pertenece. Estoy seguro. No cabe confusión. La melodía de su voz es la misma en la que tanto se guareció mi infancia, como si los recuerdos de esa etapa de la existencia fueran, en realidad, los únicos que hemos vivido, lo que en realidad permanece, y el resto, fuesen sucesivas capas de pintura que el tiempo va corroyendo hasta hacerlas desaparecer por completo.

Aquí todo es sonido. Los lamentos del viento al topar con las piedras o al enredarse entre las aulagas, el zigzag de un lagarto mientras huye, el canto de los pájaros, el runrún de las nubes cuando discurren rápidas hacia el mar…, hasta la calma chicha de los días plomizos donde un sol mortecino da de lleno, es rumor en Tefía: un letargo que incendia de añil las desgastadas y rojizas montañas del fondo. La misma lluvia es algarabía, un estrépito que ocasionalmente nos devuelve el pálpito de la vida habitando de verde la soledad de este paisaje. Puede que estos silencios se hayan hecho memoria y ya

no me abandonen. Quién sabe si es por eso por lo que los recuerdos andan disparatados. Nada es seguro ya. Temo volverme loco y que las cosas ya no sean como antes, que pierdan su sustancia, su frescura. Sé que nos pasa a todos aunque nadie lo dice. Lo noto en las miradas ausentes y en ese andar monótono, que no obedece ni a determinación ni a rumbo.

10

A Benito Rodríguez le dieron leña hasta en el centro mismo de la infancia. Recibía las palizas con un llanto de niño de apenas siete años. Porque eso es lo que era: un grandullón con mentalidad de niño. Los carceleros se cebaban en él. En especial, La Viga, que, por nada, descargaba sobre aquella desvalida criatura toda su inquina. Parecía el

muñeco de paja que utilizan militares y policías para adiestrar a los novatos en las técnicas de la tortura y de la muerte. El chivo expiatorio donde iban a parar las frustraciones. Tenía veintiséis años y, a poco que te detuvieras a observarlo, percibías al instante que estaba acostumbrado a vivir con la violencia. Tefía sólo era un paso más en el calvario de su degradada existencia. El más duro, quizá, pero sólo uno más, estoy seguro. Su mirada de animal huidizo lo dejaba entrever con claridad. Jamás me ha dado nadie tanta pena. Durante mi estancia en la colonia pasaron por allí varios más como él. Niños con armazón de hombres. En realidad, ninguno tenía más de cinco o seis años, aunque sus cuerpos lo desmintieran constantemente. Nunca entendí qué fue lo que los llevó hasta allí. Me era imposible creer que aquellos niños grandes hicieran daño a nadie. Además, la fragilidad de sus conciencias nos les daba para explicar el motivo de su destierro. “Me poté muy mal”, fue todo lo que alcanzó a responder Benito Rodríguez a mis preguntas. “Pero, ¿qué hiciste?”, le insistía con ingenuidad, para ver si le sacaba algo. “No sé, me poté mal”. Jamás he visto en un ser una mirada más inocente y triste a la vez. Sentía impotencia de ver su casi metro ochenta de infancia cargando uno tras otro los cestos de piedra. Ofendía a la razón ver a aquel ángel perdido en medio de tantos delincuentes. Las bestias que nos hacían sentir. En la colonia agrícola penitenciaria convivían varios grupos: las autoridades penitenciarias, un carmelita descalzo, homosexual reprimido, apartado probablemente de sus antiguas funciones por razones inconfesables; falangistas premiados por su participación en la cruzada; antiguos miembros de la extinta División Azul, reconvertidos

ahora en carceleros; los presos: matones profesionales, rateros con un amplio historial de hambre, borrachos habituados a la bronca y al pleito, “alcohólicos” e “invertidos” que en realidad eran presos políticos, chulos de barrio, consumidores de marihuana, maricones, capturados como perros en furtivas redadas y, aquellos seres…, indefensos ante la burla y el escarnio. Eso era lo que había en Tefía. Si por lo general era difícil coexistir allí, para estos deficientes mentales era algo dantesco. Les hacían de todo. Eran la mejor diana que tenían los presos contra la que lanzar su impotencia. Algunos homosexuales también, hay que decirlo. Siempre me he planteado si la dimensión de su sufrimiento era distinta. Quise creer que sí, que en su propio mal se hallaba su consuelo. Quién sabe. Se recuperaban de la amenaza y la burla a la velocidad del rayo. Como si la naturaleza los hubiese dotado de un mecanismo de perdón negado para el resto, su mayor virtud para sobrevivir a la tragedia. Llegué a pensar que, en el fondo, eran seres especiales. Individuos a los que la vida les había negado determinadas aptitudes para su pleno desarrollo, pero, que, al mismo tiempo, los había recompensado con una envidiable capacidad para vivir el momento. El pasado y el presente, se les fusionaba en un dilatado ahora, que los protegía de las tropelías. Su ingenuidad los hacía vivir en un presente eterno que, para mí, hubiese querido. Aquella risa de auténtico gozo al rato de cualquier pisoteo era la mejor prueba de esa maravillosa diferencia. El rencor y el odio eran para ellos sólo una expresión que se desdibujaba de sus caras apenas desaparecía la causa que los provocaba. Sí, el rencor y el odio, con los que yo, con setenta y dos años, todavía me peleaba, lo sorteaban esas

criaturas con increíble facilidad. Como si se tratara de frío, calor o viento, que cesa cuando uno se guarece. Eran seres extraños. En muchos de ellos su rostro manifestaba con claridad la magnitud de su deficiencia. En cambio, en otros, era un tic nervioso, o el lento y distorsionado movimiento de una extremidad. Pero en Benito Rodríguez, no. No existía nada en él que revelara su condición de náufrago de la memoria. Al contrario, la naturaleza lo había dotado de una belleza adormilada, maltratada por la violencia de las incomprensiones. Aquel niño de casi un metro ochenta, con su pelo rapado de un rubio reluciente por la fuerza del sol y unos ojos oscuros que se tornaban miel apenas lo mirabas, era portador de una ingenuidad que, en el bestiario de Tefía, rozaba con la demencia. Ni siquiera La Gilda, con la mirada alucinada que le vi mientras la arrastraban después de capturarla, rozaba la dimensión de su inocencia. Era un ser especial. Un torturado ser especial. Como si la vida no le hubiese castigado lo bastante, el delirio franquista por anular la más mínima diferencia, lo sacó de su medio hostil y lo lanzó a otro mucho más hostil aún; el lugar donde los ideólogos del régimen consideraban que debíamos estar.

Eran, por lo general, vagabundos, que erraban de un lugar a otro para conseguir, a base de limosnas y de lástima, un mínimo sustento cotidiano con que paliar el hambre. Violentados seres sin historia, débiles herederos del reciente fratricidio que había ensangrentado a nuestro país y, poco después, al mundo. Muchos no tenían un solo familiar a quién recurrir, y, si lo tenían, se habían desembarazado de él porque la miseria los había embrutecido

demasiado o los utilizaban como pedigüeños de barrio en barrio. ¿Quién no se ha topado con ellos a la salida de la iglesia, de un mercado, de un cine o de cualquier otro espectáculo? A su manera, estos desangelados individuos formaban parte del paisaje urbano. Los esperpentos que nos hacían recordar que, todavía, se podía ser más desgraciado. El último eslabón en la cadena en aquellos años de injusticia y hambre. Eran los *Cañadulces,* los *Caramonos,* los *Pepinos*… de un tiempo, por fortuna, ya acabado. Pero hoy son otros los desheredados; otros, los seres sin sombra que te tropiezas a la entrada de un hipermercado, una zona de aparcamientos o un semáforo; seres desesperados y esqueléticos que te amenazan o se pelean por conseguir unos céntimos. Hay algo en ellos que me recuerda a mí y no puedo evitar el escalofrío. Puede que sea un mismo azar torcido.

De Benito Rodríguez supe por La Inglesita. Según me dijo, eran del mismo barrio, del Risco de San Roque. Dicen que allí lo llamaban Bellotón*,* porque era muy bello pero tonto, y que por eso lo apodaron así. Cuentan que era tan lindo que en las fiestas que celebran por navidad siempre tuvo un lugar entre los personajes destacados de los belenes vivientes o en las trágicas pasiones que se representaban en el cine del barrio por Semana Santa. El cura lo propuso para representar al mismo Cristo en su calvario. Pero, después de muchos ensayos hubo de desistir, porque todo iba bien hasta que lo elevaban semidesnudo en la cruz. Apenas se sentía en las alturas, comenzaba a gritar blasfemias para que lo bajaran de allí. Poco después de morir su hermana, el único pariente que le quedaba, desapareció. Nadie se preocupó por él, aunque se comentaba que se lo

habían llevado al sanatorio psiquiátrico de la ciudad.

No fue hasta su ingreso en Tefía que La Inglesita lo volvió a ver. Todavía conservaba algo de su belleza pasada, según me dijo, aunque su mirada ya no era la misma. Llevaba casi siete años sin verlo y, cuando se lo tropezó, pensó qué demonios hacía aquel chiquillo allí.

—Ahí, donde tú lo ves, ése ha comido más pingas que tú y yo juntas —me dijo, pizpireta, La Inglesita—. A lo bobili bobili ese desgraciado se ha pasado por la piedra a medio barrio. Menudo maricón dormido el Bellotón. Y le gustaba, ya lo creo que le gustaba. Te lo juro por Dios. Más de una vez coincidimos en un barranco o en una casa abandonada con varios muchachitos que se turnaban para ponernos bonitas. Aunque, a decir verdad, yo los buscaba y a este pobre le caían siempre encima, quisiera él o no —añadió, como si se le hubiera despertado la pena—. En el fondo, siempre ha sido una víctima —sentenció.

Con los primeros fríos del invierno Benito Rodríguez se enfermó. Puede que alguien piense que exagero, pero en Tefía el invierno cala bien en los huesos. Apenas caía la noche un viento frío lo invadía todo y los barracones, de por sí ya húmedos, se transformaban en neveras. Además, como teníamos prohibido bajo pena de arresto cerrar los ventanales, las húmedas madrugadas se hacían eternas. Los estornudos y la tos eran, para nosotros, como el llanto de las pardelas por las noches. Nos habíamos habituado a ellos. Bellotón no aguantó aquel invierno y, una mañana, desapareció. Según supimos se enfermó de tuberculosis, así que se lo llevaron al sanatorio de la ciudad.

Últimamente, me lo he tropezado varias veces. Ahora es un viejo, como yo. Harapiento, arrastra siempre un carro de la compra atiborrado de bolsas grasientas y de algunos objetos que piratea en la basura. Siempre le dejo algo de dinero. Él me observa con la misma mirada que un día le vi en Tefía. Unos ojos oscuros que se volvían melosos.

11

Lo han llamado fanático, sádico, cruel, perverso… Cien mil calumnias han vertido sobre él decenas de perturbados individuos. Falsos historiadores, cronistas del marxismo y la masonería que han pretendido manchar con falaces relatos su santa imagen. De él han dicho que su mismo apellido olía a chamusquina. Algún fariseo ha escrito que durante su mandato envió a la hoguera a más de quince mil personas y que otras miles más se vieron sometidas a torturas

infames. También hay quien asevera que utilizó gran parte de las confiscaciones del Santo Tribunal en beneficio propio. El viejo panfletista don Benito le dio un puesto de honor entre los monstruos de nuestra amada España. Ninguno ha comprendido a este estadista, redactor de primeras instrucciones que ayudaron a disipar la niebla. La oscuridad de la que nos vimos obligados a emerger para crear la patria. Lo calumnian a él, sobrio, severo… Incapaz de vender su alma al Diablo por prebendas terrenas. No hubo gobernante que lograra comprarlo. Sus firmes convicciones no cedieron un ápice ni ante la misma reina, que tanto creía en él que lo nombro su confesor. A su tumba se llevó los secretos. Su modestia era tal que rechazaba honores por los que otros morirían. Como Cristo sabía donde estaba su reino.

En nuestra hagiografía no existe nadie más vilipendiado que el santo dominico, primer inquisidor de Castilla por expreso deseo de los papas. Él, que elevó su orden a cumbres jamás vistas, y llegado el momento abandonó riquezas y optó por la humildad en su retiro. Solo…, ante sus penitencias, su oración, su Dios…, con la certeza de la labor bien hecha y la tranquilidad de haber obrado con justicia. Cómo sufrió por cada uno de aquellos que se vio obligado a perseguir; cómo lloró en sus plegarias por esas almas descarriadas que se resistían a arrepentirse. Sé bien que su esperanza se cifraba en oír del condenado esas breves palabras que lo absolverían: me arrepiento, lo juro, me arrepiento ante Dios y los hombres, me arrepiento mil veces de andar en la ceguera, me arrepiento... Pero cuánto costaba sacarlas de sus bocas. Sólo un par de vocablos que habrían aliviado su calvario. Ante esa resistencia a la verdad, a admitir el error, a salir del pecado y

entrar en la pureza, ¿no es lícito el empleo de la violencia? ¿Había que permitir al reo seguir en el pecado? ¿No hay que salvar su alma de las garras del fuego eterno?

Tiene que haber amor en ese esfuerzo, en esa obstinación en salvar almas y dedicar tu vida a ese consuelo. Cuánto amor derramado e incomprendido. Cuánta esperanza rota. En verdad que él amaba. Lo sé porque yo amo en su misma medida. Siempre ha sido el ejemplo que han seguido mis pasos. Mi otro Caudillo. Yo sé que su pasión por esos hombres era igual que la mía. Una misma obsesión nos arrastraba a ambicionar en sueños sus caricias, a fundirnos en el otro, en una misma y esplendorosa llama. Qué grandeza contemplar el incendiado gozo, mientras su espíritu se eleva hacia el vasto reino de los elegidos. Con qué fruición sacrificados cuerpos lavarán hoy sus piernas, qué levedad de nube enlazará sus almas. Música celestial que para mí añoro. Vivir en el Edén en paz, con todos mis tormentos sosegados.

Cuánta basura vertida sobre él durante siglos. Quizá sea esa patraña lo que ha frustrado los diversos intentos para beatificarlo, para reconciliarlo con la historia y situarlo entre los ilustres. El lugar que en verdad le corresponde. Dio pruebas en su vida, pero incluso en la muerte nos reservó un milagro. Prueba definitiva de su santidad. Cómo explicar si no que cuando fueron a trasladar sus restos, entre cantos y rezos se hincaran de rodillas los presentes. Un perfume divino emanó de él. Dicen los que estuvieron que era un olor a ángeles y a flores imposibles que obligó a persignarse a los que contemplaban el milagro. Un aroma especial que nunca habían percibido y que siguió con ellos de por vida. Una exhalación que los llenó de gozo y

esperanza. Fragancia del otro mundo que impidió durante mucho tiempo que nadie osase tocar sus despojos. Prodigiosa señal enviada por Dios para que comprendiésemos la gracia de ese amado hijo. Divino almizcle que atrajo hasta su tumba a millares de piadosos fieles que, desde entonces, lo sintieron santo.

Pero el odio y la inquina, que tanto abundan en nuestro mundo, sepultó su figura relegándola a los cuartos trasteros de la historia. Desangelados sótanos que no han conseguido silenciarlo.

12

Puede que sea el destino. ¿Qué otra cosa podría ser si no lo que me llevó a vivir esta condena? Sólo él nos tiene a su merced. Como viento que arrastra hojas de un sitio a otro hasta depositarlas en un lugar incierto. Sólo ante él estamos vendidos de antemano. Atados. Todos nuestros esfuerzos cotidianos se derrumban por el más insignificante de sus caprichos. He visto a hombres como castillos desmoronarse en minutos por la mala fortuna. El hombre…, la obra más bella, compleja y perfecta de la naturaleza; fiel imagen del Dios que le otorgó ese don es, sin embargo, el ser más frágil de todos. Ningún otro depende tanto

del destino. Los hados que esparcieron el azar por el mundo pensaron sólo en él, el último peldaño de la especie. Quizá fuese Pandora quien abrió para mí la caja de la suerte. La suerte y la desgracia, porque van de la mano —aunque nadie lo dice— como niñas pequeñas que temieran perderse por los escabrosos caminos de un cuento. Tan parecidas son que sólo vemos una. Muy pocos las distinguen. Se mimetizan con gran facilidad ante nuestra presencia, confundiéndonos. "Compre, compre…, que la suerte es loca, y nunca sabe nadie a quién le toca", oí decir a un viejo que vendía lotería en una plaza. Siempre supe que nací sin estrella. Muchos nacemos así. Para otros, sin embargo, la vida es puro bienmesabe y, por más que se empeñan en errar, el destino los reconduce. Demasiadas veces los he visto salir victoriosos de sus propias calamidades. Pero, la suerte es loca… El destino conmigo ha sido cruel. Me ha castigado desde que era un niño. Alguien me lo advirtió, pero yo era muy joven y… ya se sabe… La juventud es un ansia con pocas entendederas. "Se te tuerce la vida en una esquina", me leyó un día La Angustias en la mirada. Yo huía de ella como gato del agua. Su cara de amargura y su perenne luto, hacían que la temiera. Tal vez me daba asco o quizá la evitara porque intuía el presagio. No sé. Lo he pensado mil veces, y no he hallado respuesta. Olvidé su barrunto porque tenía la vida entera por delante. Con diecisiete años la ilusión es el arma que mejor manejamos. Arma de doble filo, lo aprendí con el tiempo. A esa edad la ilusión se atreve uno a pintarla de color carmesí o lapislázuli. Olvidé… pero el destino no. Y el presagio de Angustias me esperó agazapado en una esquina. Con la enorme paciencia que los designios

tienen. Sólo era un muchacho atrapado por la sed de la vida. Y me lancé a sentir, para huir del secuestro de mi adolescencia por las hermanas de la caridad. Las de la toca blanca, cuyo temor por todo creció en nuestras cabezas. Qué envenenadas pócimas nos daban para "fortalecernos" el espíritu. "Tocarse es onanismo que conduce derecho hasta el Infierno". A saber qué era eso… "Andar en el pecado es como ir dando saltos al fuego eterno, del que nunca se sale", nos decían con frecuencia. Demasiada frecuencia… Soñaba entonces con un enorme y lúgubre pasillo, salpicado de monjas que me señalaban con sarcasmo, mientras una poderosa boca de fuego me succionaba. Después venían las hambres que daban entre rezos a la hora del almuerzo. ¿Hay mayor desconsuelo que repartir el hambre? Austeridad de monjas con duros corazones en clausura. Mujeres heridas por la vida. Arrastradas hacia la castidad por una fe dogmática. Muchas de ellas recluidas por desengaños que las expulsaron del paraíso. Hoy lo sé a ciencia cierta, porque también yo soy un ser convaleciente, aunque en verdad no odio. Podrán creerlo o no, pero no odio. Hace tiempo que sé que el odio es sólo un arma del mismo que tortura. Me costó comprenderlo, pero al fin lo he entendido. Tampoco olvido. Olvidar es de necios. Sería un temerario si borrase ese daño. Y no sólo por mí. Convivir con él sin dejar que sea sombra no es sencillo, lo sé. Me ha costado muy cara tamaña sutileza que, a veces, no funciona. De repente, te instalas otra vez en la inquina. Y es de nuevo el azar quien te golpea con su mayor fiereza. "Se te tuerce la vida en una esquina", el maldito presagio. Siempre ha ocurrido así. Como me pasó un día hace cinco o seis años. Yo andaba hacia mi casa, distraído, perdido en mis asuntos.

De pronto, en la mesa de una cafetería, veo un rostro conocido. Al principio fue eso: un rostro conocido. Seguí caminando, cuando sentí que me temblaban las piernas y se me aceleraba el corazón. Fui quedándome lívido por instantes. No anduve ni cuarenta metros cuando el recuerdo me dio ese escalofrío. Me apoyé en el quicio de una puerta. Sentía que me faltaba el aire, pero en medio de mi fatiga emergía la imagen del hombre que acababa de ver allí, charlando con otro, sentados en la misma mesa. Era él, La Viga, don Miguel, uno de los funcionarios del campo de concentración de Tefía. El más perro de todos. Uno de los que más se había ensañado con nosotros. Un sádico para el que fuimos carne de placer. Llevaba casi cuarenta años sin verlo, pero no me cabía la menor duda, era él. El mismo rostro de verdugo, más viejo. Aquella cara no se me podría olvidar nunca. Aspiré con fuerza para que no me flaquearan las piernas. Cuántas veces había temido y deseado esta situación, que el destino ahora me ponía delante. Caminé, en un acto casi involuntario. Mientras me aproximaba sentía que me adentraba en la etapa más dolorosa de mi vida. Todavía no sé por qué lo hice, pero necesitaba hacerlo. Una fuerza desconocida me empujaba. No hizo falta estar a un metro de él para reconocerle, poco antes un gesto suyo me lo confirmó. Hizo un gesto negativo con la mano, probablemente respondiendo a su conversación, que despejó cualquier tipo de dudas. Es curioso cómo mis miedos se habían apropiado de cada uno de los rasgos que definían a ese individuo. Creía que sólo sería capaz de reconocerlo por el brillo asesino de sus ojos o por los duros y fríos rasgos de su cara, pero no era así. De alguna manera todo él me pertenecía y mi

memoria, sin yo saberlo, había registrado las características que lo singularizaban para evitar, quizá, que pudiera esconderse tras las camaleónicas brumas del tiempo. Pasé junto a él. Se había vuelto a sentar y ahora era el otro, de espaldas a mí, quien hablaba. Ocupé otra mesa poco más allá. Solos, ellos y yo, en la terraza. Miró hacia mí. Sentí vértigo. Al instante volvió a lo suyo. Respiré. No me reconoció. Supe entonces que jugaba con la ventaja del esclavo. Una posesión más que el amo nunca ha visto. Los que llevan las riendas nunca ven a sus súbditos. La arrogancia no permite pensar que un día pueda volverse la tortilla. Comprendí que para él fui tan sólo un amasijo de carne más de los centenares que recalaron en Tefía. Aunque sea un alivio, duele pensar que ni siquiera existes para el que te tortura. Un agravio más. Consideré también que de haberme reconocido no haría el más mínimo gesto de sorpresa. No le interesaba. Para qué engañarnos. Para la Viga era uno más de los que, ocasionalmente, paraban por allí. Alguien taciturno y anónimo, que para nada podría intervenir en el placentero transcurrir de sus días. La gente como él justifica con facilidad sus desatinos. Es más, no creo que tan siquiera lo desvelara.

Estuve un rato allí observándolo de vez en cuando, mientras que por mi mente circulaban sus atropellos. Volví a pensar en lo injusto que es el destino, consintiendo que alguien tan vil continuara disfrutando de la vida. Pensé en su edad. Debía de rondar los ochenta. Se le veía bien. Fuerte y entero. Aparentaba algunos años menos. Hubiera deseado verlo decrépito, y poder sentir el paso del tiempo como un aliado que me resarciera de tanto daño, pero el destino ni

siquiera me otorgó ese placer. Comparado con él yo estaba bastante peor. Sobre todo mis manos. Mis frágiles manos que tanto se deterioraron durante mi estancia en el campo de concentración.

De pronto se levantó, depositó un par de monedas sobre la mesa y comenzó a andar en la dirección que yo llevaba cuando me tropecé con él. Lo seguí. Necesitaba saber dónde vivía. Como si ese dato pudiera facilitarme la venganza. Una venganza que para nada yo había planificado. Viéndolo andar consideré que los años le habían dejado a él también sus secuelas. Caminaba con dificultad, arrastrando casi la pierna izquierda, probablemente por una parálisis. Me alegré. A qué negarlo. Jamás he hecho eso con nadie. ¡Dios me libre! Soy una persona temerosa de Dios y nunca me he alegrado del mal ajeno. Pero reconozco que siguiendo a aquel hombre vencido en su pulso con la vida, disfruté. En la primera bocacalle dobló a la derecha. Aceleré mis pasos para evitar perderlo. Lo vi torcer a la izquierda, por una de las calles de las casas del Patronato Francisco Franco. Justo cuando iba a entrar en el zaguán, uno de los niños que jugaba en la otra acera corrió hacia él.

—¡Abuelo, abuelo…! —gritaba el chiquillo de unos diez años. Cuando lo alcanzó se abrazó a sus piernas, al tiempo que él le acariciaba la cabeza. Después metió la mano en un bolsillo y sacó un puñado de caramelos que entregó al niño, quien, tras cogerlos, se alejó brincando.

Aquella estampa de amor por parte de la Viga, uno de los hombres más crueles que he conocido, la viví como una burla más del destino. Sentí lástima por él. No sabía por qué. Ya en mi casa,

comprendí el verdadero significado de la escena que había visto horas antes… hasta en los seres más viles existe un recodo para la ternura.

13

No sé cómo llegaron hasta allí aquellas miniaturas. Eran, por lo menos, doscientos arbolillos medio secos aprisionados en pequeñas cubetas de barro que Remigio Brito, un funcionario de Jaén, había logrado trasladar hasta la colonia. Lo llamábamos El Andaluz, aunque también había quien le decía Cagomizmuerto porque era la primera frase que le salía de la boca apenas se envenenaba. Era un hombre delgado, de unos cuarenta años y no muy alto —la delgadez lo elevaba un par de palmos—, con el pelo negro azabache y unos hermosos ojos oscuros que recordaban su procedencia árabe. Flaco,

hasta decir basta, su enjuta musculatura la recorrían unas gruesas venas que se desproporcionaban, sobre todo, en los brazos. No era un flaco ceñudo, sino el típico hombre al que el malhumor y el carácter nervioso le devoran cualquier molécula de grasa. Sólo lo vi reír una vez, el día en que reunió a varios de nosotros delante de los esquejes de olivos que le acababan de llegar desde su tierra. Como a otros carceleros, solía írsele la mano con los presos, pero era otro el infortunio que éste nos tenía preparado. En una especie de disparate quijotesco, se había empeñado en extender sobre aquellos eriales un manto de olivos. Puede que no soportara aquel desierto, o que el constante viento de Tefía lo trastocara con locuras de infancia. El caso fue que, apenas nos hubo congregado allí, nos dijo, en tono solemne, como si leyera una nueva disposición reglamentaria: "Vamo a cambiar este dezierto. Desde mañana mismo, este grupo ya no va más a picá" —confirmó, dirigiéndose a la cuadrilla integrada por unos doce hombres—, "olivo, vamo a plantá olivo, pá que coja una pizca de verdó esto, cojone". Fue todo cuanto supimos de su chifladura. Nos indicó que cargásemos un par de carruchas, nos entregó unos picos y unas palas y nos perdimos tras él casi un kilómetro. Mientras lo seguía comprendí la absurda dimensión de su locura. Iba a llenar los campos de olivos. Y éstos, con toda probabilidad, constituían la primera remesa. Había que ser obstinado o demente para intentar tal dislate. Por un instante, preferí verlo lidiando con molinos. Yo no comprendía nada. Remigio Brito sabía de sobra que en Fuerteventura la lluvia era sólo una ilusión que no se cumplía nunca. Y que, cuando se cumplía, caía con tal fuerza que era una barranquera que arrasaba con todo.

Aunque, ocurría tan poco, que sólo eran recuerdos que la gente añoraba. Además, el llano era el reino del tabobo y la aulaga, que no permitirían germinar aquel sueño. Y, así fue, pero tuvimos que penar varios meses porque no había quien le metiera en la cabeza lo contrario. De la noche a la mañana, nos vimos transformados en agricultores de quimeras. Hasta el más palurdo de nosotros sabía que se trataba de un imposible, pero a esas alturas andábamos ya acostumbrados a las irrealidades. En Tefía, ése era el pan de cada día. Y si no comulgabas con los disparates podías darte por loco o por muerto. Pensamos también que el empeño de este alucinado era *pecata minuta* comparado con el trabajo en la cantera. Craso error que, al principio, ni siquiera intuimos. Creímos que apenas viera arder las raíces en las abrasantes entrañas de la tierra, desistiría de su empeño. Pero no fue así, y desde el amanecer nos lo pasábamos acarreando baldes de agua salobre para regarlos. El agua la sacábamos de un pozo que estaba a más de un kilómetro de donde Cagomizmuerto, decidió comenzar su repoblación forestal. Por mi parte, desde que escarbé el primer hoyo y hundí en la tierra una de aquellas apelmazadas raíces, comprendí que sólo era cuestión de tiempo su fracaso. La hambrienta tierra las desecaría en menos de lo que cantaba un gallo. Las remesas de olivos continuaron llegando. En apenas dos meses plantamos casi medio millar de olivos. Remigio Brito, se pasaba el día espantando pájaros y cazando conejos y lagartos en su coto privado, con la única intención de que nada los perjudicara. Nosotros nos reventábamos acarreando agua de un lugar para otro o con un sacho limpiándolos de aulagas o tabobos que, atraídos por la humedad, crecían de la noche a

la mañana. Cuando se dio cuenta de que los pájaros que espantaba por un lado, amenazaban, al poco, por otro, decidió llenarlo de espantapájaros. Y así lo hicimos. Un día entero anduvimos clavando estacas llenas de tirijalas de periódicos, que dieron a aquellos campos un aspecto mezcla de aquelarre y olvidado lugar en fiesta al que no había acudido ningún invitado. El matiz que día a día adquiría aquel inútil empeño empezó a preocuparnos. Nos preguntábamos cómo era posible que el director le permitiera esto. Y también, hasta cuándo iba a tolerar el carmelita descalzo la enajenación de aquel subordinado. Mientras tanto, la cuadrilla de hombres a su servicio se limitaba a cumplir con esmero sus dictados. Sobre todo, después de que se dedicó a castigar con una vara a todo el que se olvidaba de arrancar cualquier hierbajo. Si se trataba de una aulaga, se enfurecía de una manera especial y golpeaba al olvidadizo hasta la extenuación. Comenzamos a sentir terror. Para evitar que nada perturbara la buena marcha de su disparate, Remigio Brito se dedicó a pasear por la finca en los ratos libres gritando improperios a cualquier bicho que consideraba nocivo. Corría de un lugar a otro agitando el palo que llevaba en la mano, como si entablara una fantasmagórica batalla. Por desgracia, los olivos comenzaron a retoñar y, en apenas un mes, se llenaron de diminutas hojitas de un intenso color verde. Enseguida se lo comunicó a Don Prudencio de la Casa de Dios, el director, quien se paseó a la mañana siguiente por la finca como si anduviera por el Huerto de los Olivos. Creo que fue eso lo que hizo que el director le prorrogara su locura. Cagomizmuerto prácticamente se traslado a vivir allí. Únicamente por las noches se quedaba la finca sola, aunque había quienes juraban que,

en las noches de plenilunio, lo habían visto apaleando fantasmas de madrugada. Todo fue bien hasta el domingo en que volvimos de la misa en Casillas del Ángel, lo único que el director no le consintió saltarse. Desde primeras horas de la mañana los presos formábamos en fila india, vigilados por los funcionarios. Permanecíamos así un buen rato, hasta que el director y el administrador de la colonia se ponían delante e iniciaban el paso. Nosotros los seguíamos cabizbajos. La tortura de los domingos. En nuestro trayecto hacia la iglesia atravesábamos varios caseríos y los chiquillos corrían para vernos. "¡Los presos, mamá, los presos!, gritaban a sus madres, quienes, a su vez, se asomaban con el resto de la familia a la puerta o a los ventanales. Yo sentía aquella burla como si fuésemos las fieras de un circo que llegaba hasta una recóndita isla situada al oeste de África para distraerlos de sus penalidades. La misma vergüenza que viví la vez que, esposados, nos metieron en el correíllo que nos trasladó a Fuerteventura. Nos hicieron pasar por delante de los viajeros, con los que, además, nos forzaron a convivir durante el viaje. Las miradas de espanto y desdén de aquellos seres, es algo que no se me borrará nunca. Todavía siento, a veces, que me miran así, desde el asombro; pienso, entonces, que de alguna manera, conocen mi pasado y, en ese absurdo soliloquio mío, me sonrojo. Sobre las doce emprendimos la vuelta de Casillas del Ángel. Aún no habíamos llegado, cuando Remigio Brito se desprendió del grupo y echó a correr como alma que lleva el diablo. Al instante lo comprendimos. Más de un centenar de cabras devoraban sus olivares. Sentí pavor. La cabra es Fuerteventura misma. Un elemento móvil del paisaje. Negras, canelas, grises,

blancas… se desplazan por los barrancos y llanos con la libertad del viento. Fertilizan y arrasan una naturaleza que sólo ellas dominan, aunque por donde pasan en manadas son como la langosta. El director hizo una señal a los de la cuadrilla para que fuésemos a ayudarle. Cuando llegamos ya no había nada que hacer. El rebaño se había saciado a gusto con el manjar. No quedó un solo árbol sano. Ni el pedrisco le hubiera hecho más daño. Cagomizmuerto entre alaridos daba palos a todo bicho que se moviera, hasta que logramos espantarlas. El pobre hombre —me dio pena ese día—, se sintió abatido al contemplar la debacle y en un acto de ira, que siempre me ha hecho recordar a Escarlata O´Hara, en *Lo que el viento se llevó,* cuando dice: "No volveré a pasar hambre", comenzó él mismo a arrancar los olivos que quedaron intactos. De pronto, comenzó a perseguir a una de las cabras. La alcanzó, y se lanzó sobre ella retorciéndole el cuello. El animal gemía desesperado. Le echó una soga al cuello y, entre la resistencia y los gritos del animal, la arrastró como pudo hasta la viga que había en el centro del patio. Lanzó con furia un extremo de la soga con la que tenía atada a la cabra por encima de la viga, y, cuando, después de varios saltos, le dio alcance comenzó a tirar hasta que la levantó en el aire. Los alaridos del animal, ponían los pelos de punta. Hizo un par de convulsos movimientos en el aire y, al par de minutos, quedó sólo un ingrávido balanceo. Dos semanas después, hizo lo mismo con un perro bardino. El famélico animal se había zampado una gallina de la colonia. Nos convocó a todos en el patio y nos obligó a presenciar la escena, mientras él gritaba barbaridades y lanzaba amenazas a diestro y

siniestro. Después un par de presos lo cargaron en una carrucha y lo arrojaron a una fosa séptica. Las miradas de horror de los pobres bichos, víctimas de aquel asesino, todavía me persiguen. Después de aquel desbarajuste nos reintegramos al trabajo de siempre. Remigio Brito continuó con nosotros, vejándonos, pero le había cambiado el carácter. Creo que la pena lo abandonó en Babia.

14

Tefía,

Primavera.

Querida madre:

A veces me planteo si en verdad soy culpable. Esa idea me atormenta, madre. Indago en mi interior sin hallar los indicios del delito. No los encuentro. Entonces, ¿por qué esta amargura, esta incertidumbre? ¿Por qué este estigma del pecado? Por más que busco no hallo respuesta. Aunque la astuta culpa me enreda en sus meandros, no encuentro el crimen merecedor de este castigo. Creo que la culpa es fuego que cada cual airea a su capricho hasta arder en su llama. Nunca robé, ni ofendí, ni he matado…, he respetado siempre los

santos mandamientos de nuestra amada Iglesia, usted lo sabe. Como sabe también que nunca he sido un santo, ¿quién lo es? “El que esté libre de culpas que lance la primera piedra”, decía el hijo de Dios ante una despiadada turba. Qué acto de entereza y de humildad. La turba de Tefía lanza antes la piedra sin esconder la mano, se creen poderosos. Es así, madre. ¿Cómo un hombre de Dios, carmelita descalzo, es capaz de tanto atropello, tanta injuria…? Si usted supiera las cosas que yo he visto… “Honrarás a tu padre y a tu madre”, el cuarto mandamiento, ¿me lo he saltado, madre? Siempre he sido un buen hijo, quizá un poco díscolo, pero noble por dentro, respondón, revoltoso de niño… mi marqués consentido, como me llama usted —cuánto añoro escucharlo—, un buen hijo que ama a su familia, si alguna falta tengo es querer demasiado. Si de algo soy culpable, es de intentar acaparar su amor. Por ese error que usted no me ha recriminado, ¿quién podría castigarme? Santifiqué la fiesta, nunca juré su santo nombre en vano, no he hurtado, no he matado, no he levantado falsos testimonios…, de ninguna de esas cosas soy culpable y, si en algo fallé, sólo le otorgo a Él el poder de juzgarme, como sólo Él tiene el don de perdonarme. Querer es mi delito, madre, y por eso estoy preso. Dicen que es un peligro el amor que profeso que es escándalo público, que va contra las reglas…, yo no lo entiendo así. Cómo me he fustigado por ello. Nadie sabe de mis noches a solas con la duda, cavilando su peso. Cuánto dolor en el más miserable de los secretos. Desde que era un niño sabía mi diferencia, latía en mí una inquietud distinta. También de niño conocí el desprecio, el dardo envenenado con el que te señalaban. Nuestro deseo era un coto de

caza donde cualquiera podía entrar a capturar su pieza, nuestra pasión las dianas de ferias ambulantes. Hube de silenciar mis sentimientos, la incomprensión me obligó a ello. No eran buenos tiempos para hacerse ilusiones, madre. Cómo me habría gustado gritar a los cuatro vientos que estaba enamorado. Qué lindo es el amor adolescente, ese magma que te quema por dentro. Yo también lo sentía, pero tuve que ocultarlo desde que comprendí, con sólo doce años, que mi forma de amar estaba relegada a las cavernas, al mundo de los muertos. Como los antiguos cristianos, yo he vivido el amor en esas catacumbas, eso me enorgullece. Nuestro deseo no existía, era así de sencillo. Pretendían hacerlo desaparecer. Todos los homosexuales hemos estado desaparecidos alguna vez. En un santo aquelarre decretaron que éramos los hijos del Demonio, la ignominia y el vicio. Cómo ha sufrido por ello su marqués consentido, madre. Tanta injusticia ha abierto en mí una herida que aún no se ha cerrado, quizá nunca se cierre. No siento que mi amor ofenda a Dios, a muchos hombres, sí, a los necios que no oyen sus palabras, a los pobres de corazón. El Dios en quien creemos, madre, sólo es bondad, jamás ira ni ofensa. Usted me lo enseñó. Sólo sigo sus pasos, la palabra del hombre hace ya tiempo que no la escucho, me suena hueco, le he perdido confianza. Sé bien que para Él el amor que yo siento es puro y verdadero. Eso me basta. Las injurias que sobre mí han sembrado los hombres, me duelen, y aunque no han conseguido ennegrecer mi alma, sí que han logrado, lo confieso, despertarme el rencor y la rabia, pero suplico a Dios que me ayude a apaciguar a la fiera. De todas formas, madre, si a alguien he ofendido ha sido a Dios y a usted, los únicos altares ante los que, con

humildad, me postro.

Afuera se oyen gritos, aún no sé lo que ocurre. Debo dejarla, reciba usted un abrazo.

15

Uno llamado El Moro fue quien me traicionó. Se cometen locuras en momentos extremos, si no jamás me habría confiado a ese cretino. Puse en sus manos una denuncia de lo que ocurría en Tefía y, al mismo tiempo, la posibilidad de verme sometido a peores castigos. Por mucho que me esfuerzo no recuerdo su nombre, sólo me viene a la cabeza su apodo. Nunca entendí por qué llamaban así a aquel hombre alto de piel clara y con pinta, más bien, de alemán. Quizá fuera una burla, o quizá aludiera al prejuicio ancestral que califica a los moros de traicioneros. No sé a qué obedecía. Llevaba ya seis meses sufriendo aquel infierno y estaba desesperado. El Moro fue el clavo ardiendo al

que me aferré. Se había corrido la voz de que iban a concederle la libertad en menos de un mes. Vi los cielos abiertos desde que lo supe. Sentí que era mi oportunidad y decidí aprovecharla —mirado desde hoy me dan escalofríos—. Preparé mi estrategia en menos de diez días que seguí paso a paso en la consecución de mi objetivo. Primero era la carta. Debía pensarla bien, para dejar claro qué pretendía. Tenía mis cuatro reglas aprendidas en el colegio de las Hermanas de la Caridad, las de la toca blanca y la mano de hierro. Podía defenderme, aunque jamás había realizado un escrito donde tuviera que poner a alguien al corriente de tantos atropellos y vilezas. Dudé de su eficacia al tiempo que lo hacía, pero una rabia muda me empujó a escribirla. Cuando la tuve escrita la leí varias veces hasta que me cansé porque ya no sabía si estaba bien o mal. La escondí dentro de mi petate. Temía que la pudieran encontrar en un registro. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si me hubiesen pescado. Quizá no estaría aquí o sería ahora piltrafa en algún manicomio. Mejor no especular. Lo segundo que hice fue convencer a El Moro para que me ayudara. Llegué hasta él a través de La Carmen, una mariquita andaluza que presumía de artista de la copla española y que me ayudó cuanto pudo. Tan sólo me advirtió que aquél era su hombre. “Del chochi de esta nena”, fue todo cuanto dijo, señalando con descaro a su entrepierna. Yo la tranquilicé. Eso me permitió ganar la confianza de El Moro. Hasta los más canallas tienen debilidades, la de él era La Carmen. Le mentí, por supuesto. Mi ingenuidad era grande sin llegar a ser tonto. Él prometió ayudarme y yo le pedí que le entregara la carta en mano al obispo Pildain. Le indiqué cómo hacerlo. Sólo debía esperar a que la

gente abandonara la catedral tras la misa que oficiaba el obispo, y dársela. Si era posible, a solas. Ya él vería el momento. Dos días antes de irse se la entregué. Reiteró varias veces su promesa de cumplir lo acordado. Pero no confié demasiado. Me extrañó su desinterés por conocer a qué obedecía aquel embrollo. No me dio buena espina. Sin embargo, era la única posibilidad que tenía de poner a la máxima autoridad eclesiástica al tanto de lo que ocurría en Tefía. Sólo consideré la posibilidad de que no la entregara. No imaginé que quisiera hacerme daño.

En La Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía, Fuerteventura, diciembre de 1955.

Me dirijo a Su Ilustrísima, implorando de antemano no juzgue como faltas mi inexperiencia en dirigirme a tan Alto Dignatario.

El talante de Justo y de Magnánimo precede a Su Ilustrísima. Eso es lo que ha motivado a este humilde siervo de Nuestra Santa Madre Iglesia a dirigirse a Vuestra Ilustrísima. De antemano, permítame aclarar que no escondo intenciones de obtener ningún beneficio personal ni cualquier otro tipo de prebendas. Tampoco fueron odio ni venganza ni inquina los motivos que me inducen a escribirle. Sólo el Amor, un amor fuerte y profundo por los seres humanos, ha inspirado estas letras que, con ansia, espero Su Ilustrísima lea. Dicen que son la Probidad y una Honestidad máximas Vuestras más fieles normas de conducta, y que la Ecuanimidad es la

luz que ilumina cada uno de Vuestros nobles actos. A todos ellos apela éste, vuestro humilde siervo, Octavio García.

Soy un hombre de fe, temeroso de Dios, único afán que en mi vida procuro. Pero también, como los otros hombres, soy criatura del barro que algún día será polvo. Y como tal criatura, frágil, ante las tentaciones del pecado. Me confieso ante Vos, como lo he hecho mil veces ante un representante del Señor. Aunque sé bien que el Alma y el Corazón de Vuestra Ilustrísima andan más cerca de la Voz Celestial. Pero la confesión es sólo una a oídos del Señor, que es quien todo lo escucha y todo lo perdona.

Soy un pecador más de su rebaño. Quizá mi culpa sea más grave si cabe. Pues mi pecado dicen que es contra natura. Soy un homosexual que también desea estar en el seno de Dios. Por mucho que lo intento nada he podido hacer contra ese desafío con el que vine al mundo de su santa mano. ¿Acaso soy culpable por nacer invertido? ¿No es el Señor quien dicta los destinos? Ni siquiera nuestros primeros padres escaparon a la tentación. ¿Cómo iba a hacerlo yo? Barro después del barro. ¿El perdón no es el mismo para todos? Su Ilustrísima lo sabe. Nada podría enseñar este humilde siervo. Si el perdón del Señor es infinito para cualquier pecado y cualquier pecador, ¿por qué condenan con este infierno de Tefía a los homosexuales? ¿Quién dicta que hay pecados con condena a galeras y otros que se saldan con cuatro penitencias? El perdón es el mismo para todos. Que sepa Su Ilustrísima que ninguno de los homosexuales que sufrimos condena hemos cometido delito alguno. Nadie ha matado ni ha robado nada. Ninguna de esas faltas las hemos

cometido. Hemos pecado, sí. Quizá un pecado horrendo, deleznable a los ojos de muchos. Pero sólo es pecado de la carne. Ahora mismo esa falta la cometen millares de hombres por todos los rincones. No es quitarnos culpas, pero nuestras manos están limpias del hurto y de la sangre. Nada de eso hemos hecho. ¿Qué se castiga aquí, nuestras inclinaciones sexuales? ¿Es lícito este horror porque el ser que uno ama es otro hombre…? Amaos los unos a los otros como yo os he amado, fue el mismo Jesús quien dijo eso.

Sepa Vuestra Ilustrísima que en la Colonia Penitenciaria de Tefía, Fuerteventura, hay decenas de homosexuales sometidos a castigos y vejaciones terribles. Las palizas son diarias y la burla constante. Se hace irrespirable esta atmósfera de terror y castigo. La dignidad en Tefía es lo primero que se le mata al preso. El hambre aquí hace estragos, Ilustrísima. Somos seres famélicos sometidos a una disciplina férrea. No creo que a un asesino se le trate con más saña y más inquina. Ni un animal merece un trato tan indigno.

Suplico a Su Ilustrísima, que haga lo que esté en sus santas manos para frenar todo este desatino. El Dios en quien creemos no lo consentiría. Permítame apelar a Vuestra Magnanimidad, para que así se pueda hacer justicia y acabar con el infierno de Tefía.

Atentamente, su humilde servidor: Octavio García.

Una semana después de que El Moro se fuera, me mandaron llamar. No me dijeron de qué se trataba. En el camino especulé con todo. Mi cabeza dio vueltas sobre posibles faltas. Llegué hasta la oficina del administrador de la colonia tembliqueando. En la puerta

me esperaba el médico. Estaba solo. Por un momento, creí que la dolencia de mis manos había llegado por fin a sus oídos. No fue así. El médico, al que siempre había visto aparecer tras el rastro de polvo rojizo de su moto, miró a su alrededor y, tras comprobar que no había nadie, me preguntó:

—¿Es usted Octavio García?

—Sí –le respondí.

—Entonces, tengo algo que le pertenece —dijo con sequedad, tendiéndome la mano para que cogiera la carta.

Me quedé obnubilado unos instantes. Sin poder pensar nada, sintiendo sólo el ritmo de mi corazón asustado. Acto seguido, en un acto mecánico, la cogí.

—No vuelva a cometer este disparate. Ahí afuera están los peores —dijo tras entregármela. Dio media vuelta y se fue sin despedirse.

Me quedé desolado, pero enseguida puse la carta a buen recaudo y me encaminé a mi nuevo trabajo de agricultor de olivos. Tiempo después supe por azar que el sinvergüenza de El Moro había lanzado la carta, desde la camioneta en la que se iba, contra el puesto de guardia. Sin duda, pretendía fastidiarme. Con tan buena fortuna que, el médico, fue el primero en pasar por allí. Nunca sabré por qué no me delató, pero siempre le he estado agradecido.

16

Me sabía herido, aunque nunca conoces lo vulnerable que eres hasta que tropiezas con tus fantasmas. Y Tefía era el mío. Fueron muchas las secuelas que quedaron en mí después de varios años de prisión. Creí, no sé por qué, que aquel lacerante pasado había logrado aprisionarlo en un lugar remoto de la memoria. Estaba convencido de

que cada año que pasaba añadía una cerradura en el recuerdo. No era así. Continuaba presente en mis sueños, en la desconfianza cotidiana, en mis resquemores y recelos. No en vano, mi mayor pesadilla estaba relacionada con ello. De repente, me veía en la colonia de nuevo, la cabeza rapada, el miserable mono azul de la faena, el ácido y apestoso rancho, el incesante acarreo de piedras… Otra vez allí, de pie, junto a la puerta del barracón donde maldormíamos. Enfebrecidos, mis compañeros entraban y salían en un ritmo automático, como abejas en un panal. Ninguno me hablaba. Parecían no reconocerme, quizá ni me veían. Yo observaba mudo. Temía que el hablar me hiciera visible e impidiese la única posibilidad de fugarme. Esperaba a que pasara el director o el administrador de la colonia para decirles que todo era un error, que ya había cumplido mi condena, que no sabía a qué obedecía mi reingreso, que en el juzgado de Las Palmas no tardarían en aclarar la confusión. Así, atormentado, pasaban las horas sin que nadie me viera, mientras el terror se iba apoderando de mí. Un miedo sólo comparable al que sufrí la primera vez que di con mis huesos en Tefía. Los veo venir. A medida que se aproximan, dudo. Sus rostros están distorsionados y me es difícil identificarlos. Conversan. Son voces familiares para mí. Presto atención. Todo mi ser es un tremendo órgano auditivo, capaz de reconocer cualquier sonido. Son ellos, el director y el administrador. Sin duda, el timbre de esas voces forma parte también de mi memoria. Podría distinguirlas entre miles.

—Todos vuelven —comenta con frialdad el director a su acompañante—. Sólo hay que esperar un poco para verlos por aquí de nuevo. Dios los cría y el Diablo los junta. No podía ser de otro modo

—añade con desdén señalando hacia otro lugar.

Me giro hacia donde señaló y compruebo que, al igual que yo, hay otros esperando de pie. Son todos maricones petrificados, distribuidos por todos los lugares. Reconozco a La Gilda, La Pampanini, Marlene, La Inglesita, La Castañuelas, La Leonor, La Muda… ataviadas con trajes de flamencas. Verdes, azules, amarillas, negras batas de cola que el viento agita. Lo único que se mueve en su rigidez de estatuas gitanas. Banderas de color en medio de la aridez del páramo. Cantan, pero la única voz que escucho es la de La Castañuelas, que lamenta con su vozarrón ronco los amores de la Zarzamora… ¿Qué tiene la Zarzamora que a toas horas llora que llora por los rinconeee…? Ella que siempre reía y presumía de que partía los corazoneee… Lloro. Siento esa canción como un himno. Comprendo que ellas también acaban de llegar a la colonia y esa canción es la alegría con la que nos lamentamos por nuestro destino. Algunas continuaban allí cuando yo me fui; otras, hacía ya tiempo que habían obtenido la libertad; pero ahora, todos, volvíamos de nuevo…

—No debimos dejarlos marchar —dice el administrador—. En el fondo, ésta es su verdadera casa. ¿Por qué vuelven si no? —recalca con una naturalidad que hiela la sangre.

Se detienen al llegar junto a mí. Sus rostros se vuelven nítidos. Si alargara una de mis manos podría tocarlos, pero no me atrevo. Estoy paralizado. Don Prudencio, el director, me escruta tras la montura de pasta negra de sus gafas, con ojos de rapaz, como ave que atemoriza al bicho que está a punto de devorar. Siento que, en cualquier instante, del rictus de amargura de sus delgados labios

saldrá un enorme pico con el que me engullirá. Es entonces cuando, en tono de burla, comenta al otro:

—Mira ése —dice el director refiriéndose a mí—. No ha pasado ni medio año y ya está aquí otra vez. Los últimos meses sustituyó al maestro en las clases de catecismo, ¿recuerdas? De verdad que pensé que era de los pocos que podrían recuperarse. Pero ya ves… Tonto de mí… Creer que un tipejo así iba a rehabilitarse —remata con desprecio.

El administrador, con cara de no romper un plato, asiente con la cabeza, dejando ver su cráneo pelado. Después, me observa con detenimiento. Me siento desnudo, como pieza de carne en el mostrador de una carnicería. Se humedece los labios con la lengua…

—Son los peores, porque son de vicio —sentencia—. Ya sabe usted lo que pienso de estos invertidos. Hay tres especies. Lo tengo más que comprobado. Los que vienen de un error de la naturaleza, un fallo biológico que los inclina a ese tipo de aberraciones, pero que a medida que la medicina avance serán recuperables; los excesivamente mimados por una madre protectora, enfermos para los que la ciencia ya ha hallado respuesta; el tercero, lo forman los hedonistas, los que han encontrado placer en esas perversas prácticas. Ellos son los auténticamente peligrosos —dice mirándome fijamente, al tiempo que esboza una sonrisa—. Y éste, pertenece al último —concluye, señalándome.

—Tienes razón, Vicente, pensé que no era de los peores —dice, mientras angustiado sigo a la espera de que su pico me devore —. En verdad que al principio casi me engañó con su pasado en

colegios religiosos y su piedad. Nunca termina uno de aprender, Segura —continúa, nombrándolo ahora por su apellido—. Pensar que me advertiste de que García no era trigo limpio. Porque éste es Octavio García, ¿verdad? El que andaba siempre quejándose de la debilidad de sus manos —dice irónico.

—El mismo. Si hace nada que no lo vemos —afirma el administrador sonriente.

—Por muy pinta de bueno que aparente, jamás confíe en un invertido —añade el director—. Terminan corroyendo todo lo que tocan. Son como los vampiros, una vez que han probado la sangre son esclavos de su propia lujuria. ¿Fue eso lo que me dijiste, no?

—Sí, señor director —confirma el otro, sumiso por lo que considera un halago.

Siento, entonces, que me fallan las piernas, que, de un momento a otro, voy a desmayarme…

No sé ya cuántas veces he tenido sueños similares a éste. Cambian las voces, los personajes, la historia… pero siempre es Tefía el escenario. La pesadilla de verme allí de nuevo, condenado por mi subconsciente a repetir el sufrimiento.

La injusta condena rompió mi vida en dos. Nada ha sido igual desde ese entonces. Ni el odio ni el amor. Al comienzo de mi libertad, creí que aquel infierno me había hecho pasar de niño a viejo. Ahora que soy viejo, sé que me equivoqué. Aquellos monstruos, destrozaron mi juventud, pero, también, encarcelaron mi madurez y han mancillado, incluso, mi vejez. Nada de lo que he vivido desde entonces ha seguido el ritmo natural de las cosas. No. El más mínimo

acontecimiento de mi vida se ha enturbiado por lo sucedido en Tefía. La simple sirena de una ambulancia continúa siendo para mí una alarma que dispara las pulsaciones de mi corazón. Es un avance, porque durante años corría a esconderme desde que la oía. Nadie puede ponerse en la piel del muerto. Por eso quien no lo ha pasado no puede comprender las batallas diarias con el insomnio ni la desconfianza, que todavía mantengo, de mirar hacia atrás cada cierto tiempo para comprobar que no me siguen. Nadie. No es fácil entenderlo hasta que no se vive y sientes, como yo, que te aprietan las ganas, porque ya llevas meses sin dejarte perder en otro cuerpo, y todo por el miedo de que puedan volver a detenerte. De mi casa al trabajo y de él a mi casa. Mucho tiempo así, como para mantener templados los nervios. Te das cuenta de que la prisión no se limita a las dimensiones de la colonia. Es tan inmensa como uno mismo. Tefía estaba en mí y, tras salir de allí, la llevaba conmigo a cualquier parte. Todavía no he logrado quitármela de encima. He tenido que hacerle un hueco en mi existencia. Un miembro más de la familia, que en realidad detestas y con el que, sin embargo, te ves obligado a convivir. Hasta mi intimidad se vio invadida. La ansiedad con la que vivía las escasas relaciones sexuales que me atreví a mantener después de la prisión influyó mucho en ello. Cuando, después de sopesarlo detenidamente, me arriesgaba a tener un encuentro sexual, quedaba insatisfecho. Era raro que el miedo y la culpa no estuvieran presentes; miedo a que nos sorprendieran y la maquinaria se pusiera en funcionamiento de nuevo; miedo a que el hombre con el que intentaba obtener placer me tendiera una trampa y terminara en los calabozos

de la comisaría; miedo a mantener una relación estable porque la frecuencia de los encuentros, disparaba las posibilidades de que pudieran pescarte; miedo, en fin, de haber perdido para siempre la espontaneidad y la libertad con la que antes de mi detención solía moverme. A la culpa también hube de hacerle un hueco. Yo ya la conocía. Las hermanas de la caridad se habían encargado bien de mostrármela. Y una vez que te ha identificado te parasita con gran facilidad. La culpa es así, se alimenta de tus debilidades, aumentando en la misma medida en que disminuye tu fortaleza. Pero la culpa de la infancia era de muros bajos y uno podía saltarlos con facilidad. La de Tefía, no. Sus paredes
eran altas y sólidas. Levantadas, probablemente, con la piedra que día a día sacábamos en las canteras de la colonia penitenciaria. Ésa sí que era grande y difícil de vencer. Una culpa introducida en tu interior a base de castigos y que, poco a poco, fue creciendo hasta invadirme todo. Como un cáncer que toma posesión de ti. No es fácil convivir con el monstruo que nos hacían sentir. Creo que ése era su mejor trabajo: salir de allí creyéndonos bichos raros. Seres enfermos y perversos, sin derecho tan siquiera a la vida. Cada uno de sus insultos, de sus golpes, de sus desprecios… tenía esa finalidad. Anularnos. Castrarnos sentimentalmente para el resto de nuestros días. Como si el dolor infligido no les fuera suficiente. Confieso que conmigo consiguieron parte de su objetivo. No he vuelto a ser el mismo desde entonces. Todavía lucho con ese animal que marcaron a sangre y fuego en Tefía.

17

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Hijo, ¿cuánto tiempo hace que no te confiesas?

—No lo recuerdo, padre.

—Piensa.

—Siete años. Puede que más. No estoy seguro, padre.

—La muerte, hijo, está más cerca que la pestaña del ojo. Podrías haber muerto en pecado. ¿Lo has pensado?

Se hace un silencio. El hombre arrodillado ante la oscura tea

del confesionario no responde. No sabe qué decir. Se llama Juan Valencia, pero es más conocido por su apodo, La Viuda. Tiene veintiséis años. Es alto y de complexión fuerte. Poseedor de una belleza de la que no tiene conciencia. Su ruda vida no se lo ha permitido. Es un ingenuo y peligroso Apolo. Sabe, eso sí, que hay algo en él que despierta en los otros el deseo. Pero eso no lo hace más seguro. En su mirada azul —que el cura, oculto en el confesionario, no puede ver—, se aloja una tristeza de golpes en la infancia. Las manos, que tampoco ve, fueron las del David de Miguel Ángel, pero ahora están cuarteadas por la dureza del trabajo. El compungido hombre cree en Dios, pero en los curas, no. Múltiples experiencias han producido en él la desconfianza. Mucho rufián vestido de sotana, considera. Sin embargo, está ahí, en la pequeña iglesia de Casillas del Ángel, postrado ante otro hombre al que apenas conoce. Lo ha visto varias veces en las obligadas misas de domingo. Se encuentra tan cansado que aprovecha la paz de esa escasa hora para dormir despierto. Siente que la vida desde que está en Tefía se le va cada día en un suspiro. De los ochenta y cinco kilos que pesaba al entrar en la colonia, ha perdido más de treinta en sólo cinco meses. Lo llaman La Viuda, porque fue su mujer la que lo denunció por invertido. Quizá también porque por nada llora. El desahuciado hombre viste, como otros presos, un mono añil. El mismo que le cubre las cicatrices que los latigazos han dejado en sus espaldas y que él no ha visto. Sólo le han dolido mientras se enjabonaba en esas duchas rápidas. Está vencido y ha decidido confesarse con la esperanza de morir en paz. Quiere también denunciar ante Dios —con la intermediación de este

cura de pueblo—, al que él considera su homicida.

—¿Sigues ahí, hijo mío?

—Sí, padre —carraspea.

—¿Entonces…?

—No sé, padre, pero me arrepiento.

—¿De veras?

—Sí, padre, por mi santa madre —jura con voz débil.

—Te creo, hijo, pero no vuelvas a jurar por tu madre.

—Perdóneme, padre, pero estoy muy nervioso.

—Tranquilízate y dime

El viejo párroco, don Ignacio Lozano, piensa en él. No sabe quién es, aunque por su voz intuye que se debe de tratar de un hombre joven. Como mucho de unos treinta años, considera. Por los datos que tiene, procedentes del administrador, sabe que es uno de los presos de la colonia agrícola. Uno más de los delincuentes encarcelados a los que él auxilia. Sólo eso. Su voz cansada y seca no le suena. Debe de ser uno nuevo. Ladrón, matón, borracho…, pero invertido, no. Su voz es la de un hombre. Eso es seguro. Lleva ya muchos años rigiendo las vicisitudes de esa iglesia y, en los últimos tiempos —desde que se instaló el campo de concentración en Tefía—, ha escuchado numerosas confesiones de los allí detenidos.

—Cuéntame, hijo, anda.

—¿Por dónde empiezo, padre?

—Por donde más oscura esté tu alma.

—Está toda muy negra, padre.

—Deja entonces que Dios guíe tu palabra.

Juan Valencia no sabe qué decir, ni por dónde empezar. Sabe, eso sí, que ésa puede ser su última carta. La última vez que se confiesa. Cree que si hay alguien que pueda interceder por él en la otra vida, será este hombre maduro, bajito, semicalvo y de voz ronca, que oficia misa los domingos para los presos en Casillas del Ángel. Sólo él, considera, es capaz de impedir que yo dé con mis huesos en la tierra.

Hace tiempo que lo viene pensando. Sus insomnios son eso: miles de tortuosos pensamientos, que lo asaltan sin que sepa cómo. Son, también, una misma obsesión. Que lo dejen cumplir con su condena en paz y marcharse a su casa. Pero no lo consigue. Desde que lo cogieron follando con Cecilio Mendoza, El Palomero, entró en las calderas del infierno, si llegan a saber que esa misma noche hubo otros dos, quizás ya estaría muerto. Aunque es él, Juan Valencia, el único que paga todos los platos rotos. Al otro lo patearon, le rompieron la boca, lo mataron de hambre por lo menos un mes, pero ya lo han dejado seguir con el dolor de su condena. A él, en cambio, no. Continúan apartándolo como a un perro rabioso de los otros reclusos. Desde que ocurrió aquello, cada mañana le colocan un pan —lo único que come— en el alféizar de una de las ventanas del barracón, con absoluta prohibición de cogerlo hasta la cena. Resistir diariamente hasta la noche, con la mente perdida en esa hambre que se reseca al sol. Un pan mohoso y duro acompañado con un tazón frío de hierbaluisa, que al bajarle por el gaznate le provoca la tristeza de no saber morirse, y acabar con el tormento. Solo una vez el hambre lo

empujó al desatino de coger el mendrugo contrariando la norma. No lo volvió a hacer más. Con indiferencia que helaba la sangre, lo tuvieron tres días sin permitirle que probara bocado. Creyó que iban a dejarlo morir. Al cuarto día apareció de nuevo el pan sobre el alféizar. Cuando vio ese espejismo lloró de desconsuelo. Don Prudencio, el director, lo observaba. Él mismo lo había puesto. Le lanzó una sonrisa, de esas que sólo lanzan los que saben que tienen la sartén por el mango. Lo miró desde el miedo, desde el terror del que sabe que ese hombre es dueño. Su único amo. Señor de horca y cuchillo decían en la escuela para hablar de los nobles medievales. Así se sintió él. Un cristal en sus manos.

Juan Valencia es consciente de no haber hecho bien burlando su confianza. Camelándoselo para salir cuanto antes de allí. Mintió. Y mintió deliberadamente. ¿Qué otra cosa podía hacer si no? ¿Era acaso culpable de estar entre sus miedos? ¿Por qué había de pagar él por sus pesares? No pasó una semana de su ingreso en Tefía cuando lo comprendió. Hay miradas de un invertido que sólo otro es capaz de leer. Un código secreto forjado en la vergüenza y el desprecio. Un destello inconsciente que te desnuda el alma y te hace transparente ante otro hombre. Y él se aprovechó. Nadie imagina cómo se arrepiente. Esa debilidad que descubrió en el director la está pagando cara. Quizá su propia vida sea el valor que haya puesto. No le extraña. No cree que sean muchos quienes hayan penetrado ese muro. Le tocó a él esa pena.

—Decídete, que hay otros esperando también la confesión —lo apura el sacerdote, ante su prolongado silencio.

—Me llamo Juan Valencia, aunque aquí me conocen por La Viuda. No sé quién me lo puso, pero ese es mi apodo entre los presos, padre. Unos, los menos malos, dicen que porque lloro por cualquier cosa, como una Magdalena; los otros, los malvados, porque fue mi mujer la que me denunció por invertido para irse con otro a Venezuela. Nunca he robado ni he matado, padre, aunque sí que es verdad que en el sexo el vicio me ha arrastrado. Yo me negaba, padre, pero él era más fuerte, y, al final, terminaba venciéndome.

En el silencio del confesionario, tiembla el cura al oírlo. Sin pretenderlo deja de escuchar. Se acalora. Acomoda su cuerpo en el sillón y, tirando con sus manos del hábito a la altura del pecho, airea la sotana.

—¿Y es cierto?

—Sí y no, padre —arguye temeroso.

—Se es o no se es. En estas cosas no caben medias tintas –lo acorrala.

—Entonces, creo que sí.

—¿Lo crees…? ¿No estás seguro? Te recuerdo que estás en confesión —dice el cura ofendido.

—Lo soy, padre –reconoce inseguro.

—Has mancillado el sexto mandamiento, ¿lo sabes? De los pecados, ése es el más terrible. Has ido contra todo: Dios, tu mujer y tú. ¿No te arrepientes? —lo recrimina.

—Sí, padre –dice el hombre en un acto sincero—. Me arrepiento de todo corazón —insiste.

—Bien, bien…: Así me gusta, que seas hombre —dice el cura.

—Soy invertido, padre, pero también lo es él.

—No te comprendo, hijo —le aclara el cura.

—Sí, padre, el director —dice bajando la voz.

—¿Cómo…? —lo interroga el cura.

—Que don Prudencio, el director de la colonia, también es invertido —le confiesa.

—Te recuerdo que estás en confesión, y que es un sacrilegio levantar falsos testimonios y mentiras sobre un superior tuyo —lo censura.

—Se lo prometo, padre. Yo no podría mentir en un confesionario. Para mí, usted es ahora el oído de Dios —afirma convencido Juan Valencia.

—¿Has tenido contacto carnal con él? —pregunta el cura.

—No… pero —titubea.

—Entonces, ¿cómo te atreves a decir esa infamia? —lo recrimina el cura.

—Pero, padre, es por él por lo que estoy así. Muriéndome de hambre y apartado como un perro rabioso. Son celos, padre, se lo prometo. No me perdona que anduviera con otros

Es verdad que amó a un hombre, pero eso fue hace tiempo. Mientras hacía la mili. Hace cinco o seis años. Un sargento de Úbeda que le tocó de mando. Allá en el Sahara, un tórrido pedazo de la España africana. Fue en esa polvareda donde hizo el servicio militar. Al mediodía sentía el calor derretirlo. Tefía era un oasis comparado con aquel suplicio. Los tres primeros meses transcurrieron sin que ocurriera nada. Quién iba a imaginar que a aquel apuesto hombre, de apenas treinta años, iba a gustarle eso…, estar con otros hombres. Un

invertido más en medio de una fauna donde sólo los machos podían respirar. Alguien que se movía a sus anchas en la asfixiante atmósfera de la virilidad castrense. Así era Matías Oreyana, el sargento de Úbeda. Un hombre introvertido y rígido, que reservaba sus encantos para la intimidad. Flexible y bello como el pie que se libera de las estrecheces de un zapato. Por la cabeza de Juan Valencia jamás pasaron las inclinaciones sexuales de aquel militar ni escuchó un comentario acerca de sus gustos. Él tampoco sabía de esas cosas. Cuando niño, como todos los niños, hubo algún escarceo con amigos de la escuela. Tonterías de chiquillos confundidos por tempranas pulsiones. Un masturbarse juntos, un mezclar de salivas, oler el tibio sudor de torpes y temblorosos cuerpos que se reconocen por primera vez. Después acabó. Sin pretenderlo casi, relegó aquella etapa a una zona remota del placer. Una geografía extraña en la que nunca imaginó perderse. Pero el deseo es magma que se alimenta de las profundidades. Y el sargento Matías Oreyana supo extraerlo hasta la superficie.

Juan Valencia tenía novia hacía años y esperaba tan sólo a terminar la mili para casarse. Ya estaba todo hablado. Dónde iban a vivir durante unos cuantos años. Ella no trabajaba, para eso estaba él. Sería ama de casa. De los hijos que tendrían, dos, por lo menos, serían niñas. La gran ilusión de Amparo, porque ése era el nombre de su futura esposa. Él ansiaba un niño para ponerle Ernesto, como el abuelo. Le gustaba el nombre, y adoraba a ese viejo. Lástima que a él le tocara el nombre de otro abuelo, más bruto y más distante. Amparo, en cambio, ansiaba una niña con el pelo azabache y la mirada azul de

Juan Valencia, que se llamaría Adita, como su amada amiga de costura y de infancia. Los demás no importaban. Había tanta familia para pelear por ellos. Todo planificado a poco más de un año. Pero el destino puso en su camino al sargento Matías Oreyana. Él fue quien lo llevó por recodos de infancia donde viejos sabores se le hicieron presente. Nueve meses así, navegando entre tristeza y dicha. Dicha, las noches que el sargento Matías Oreyana lo llamaba; tristeza, el diario desconcierto que suponía verlo sin poder mirarlo, tenerlo delante y sentir su mirada como un punto perdido en el espacio. Juan Valencia se habituó a quererlo de lejos. Como a Amparo en las cartas. Hasta que una mañana ya no volvió a verlo y supo del rumor sobre el traslado del sargento.

—Me arrepiento de todo corazón —repite Juan Valencia, en un acto mecánico.

—Lo sé, hijo, lo sé… —lo calma el cura.

—Pero ayúdeme, padre, porque esta gente aquí me está matando. Parezco un guirre, padre —se lamenta lloroso—. Me han dejado en los huesos de tanta hambre que paso. El trato no me importa. Ya estoy acostumbrado, padre. A todo se hace uno —comenta resignado.

—¿Y qué puedo hacer yo? —dice el cura lavándose las manos.

—Hable con él. Seguro que a usted le hace caso —suplica Juan Valencia.

—¿Con quién? —pregunta el padre Lozano, sintiéndose enredado.

—Con el director de la colonia. Con don Prudencio —le aclara—. Sé que a usted le hará caso. Él es hombre piadoso y respeta las cosas de la Iglesia. Por Dios, hable con él. Coméntele que estoy arrepentido, padre. Sólo eso. Para que me quite este arresto de hambre que me está matando —le ruega bebiéndose las lágrimas.

—Veremos lo que se puede hacer —le replica el cura.

—Se lo suplico, padre —insiste.

—Veremos, veremos… —repite quedamente.

—Por Dios, padre —se arriesga Juan Valencia.

—Veremos lo que buenamente se puede hacer.

—Gracias, padre —agradece sincero.

—Ve con Dios, hijo, y no olvides que Satanás acecha —lo bendice el cura.

18

No me ocurre a mí sólo. Nuestro mayor temor es que crean que es

mentira. Que el horror que vivimos fue una alucinación, un disparate. Un invento perverso, algo que nunca sucedió. El olvido es una fosa extraña donde cabe de todo. Sus insaciables tragaderas digieren cualquier cosa. Pueblos enteros han desaparecido fagocitados por el olvido. Un gigantesco estómago donde se descomponen lentamente las mayores calamidades cometidas por el hombre. Las traiciones, la tortura, las guerras… se pudren en esa enorme panza hasta formar una masa hedionda y viscosa que el tiempo termina deshaciendo hasta transformarlo en materia irreconocible. Tiempo y olvido son las grandes ventajas del verdugo. Los aliados con los que siempre cuenta. Son conscientes de ello. Por eso es necesario que mantengamos intacta la memoria. La única arma que tenemos contra estos desatinos. Sólo memoria contra la barbarie. Aún mantengo frescos mis recuerdos. Los buenos y los malos, porque de todo tengo, como cualquier persona, aunque los malos míos no se los deseo a nadie. ¿Quién podría quererlos? Son duros de pelar esos recuerdos. Como otros compañeros yo he sido seducido también por el olvido. Sus cantos de sirena atraviesan con facilidad cualquier barrera. Dulces palabras que embelesan nuestros razonamientos. Deja cicatrizar esa herida, Octavio, me dicen y me digo. Nada peor que hablar con ese enajenado. De nada sirve que el rencor te acorrale. Desgrana la paciencia. Es buena consejera. Tanto hurgarla te la abrirá de nuevo, me recrimino. ¿Crees que alguien iba a mover un dedo por problemas de maricones viejos? ¿Acaso alguien se prestó alguna vez a escuchar tus lamentos? ¿Tu familia…? ¿Los que decían llamarse tus amigos…? ¿Se acordó alguien de ti mientras estabas preso? Fuiste como una gota

de limón en una mancha de aceite. Corrieron todos despavoridos, apenas se enteraron. “Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces” Y era el hijo de Dios. Tú ¿qué pretendes? El miedo, claro; el miedo y la vergüenza. Disculpas para poder vivir, porque sin ellos no eres nada. Lo sabes. Tefía fue una pócima amarga. Malos tiempos, resuelves, engañándote, porque tampoco quieres más trincheras, más frentes. Son demasiados ya. No es bueno coquetear con el abismo. Puedes perderte en él. Sé sincero. Los habías engañado ocultándoles tu verdadera naturaleza. Lobo con piel de oveja. Eso eras, ¿verdad? En el fondo tú mismo tampoco te aceptabas, puede que aún no te aceptes. ¿Lo has pensado? Aquél Saturno devoraba a sus hijos. Fuiste sólo uno más. Pero estás vivo. Olvida, Octavio, olvida… No permitas que el odio te domine. Tus principios cristianos no deben consentirlo. Olvida, Octavio, olvida… Si remueves la mierda terminará apestando. ¿Para qué…? ¿Qué ibas a conseguir? ¿En verdad crees que alguna vez castigarán a tus carceleros? ¿Vas a ponerle tú el cascabel al gato…?

El olvido hace estragos en nosotros. Lo comprendo. No es fácil mantener esa bandera. Entablar una lucha que nunca ha sido tuya. Sólo queríamos vivir. Seguir nuestra propia senda. Con sus aciertos y sus desaciertos. No nos lo permitieron. Siguieron persiguiéndonos, sembrándonos la alarma. No se conformaron con ganar una guerra. Su hipócrita obsesión los llevó a decidir quiénes iban al Cielo o al Infierno. Ellos tenían la llave e hicieron de la tierra el Purgatorio. Por más que me interrogo no comprendo el por qué. Quizá jamás lo entienda y me vaya a la tumba sin que eso se resuelva. Será lo más probable. Mis propias convicciones religiosas me han tembliqueado.

¿Cómo es posible, Dios, que consintieras eso? ¿Hacia dónde mirabas mientras todo ocurría? Es tan grande el silencio. ¿Qué tendrá que ver Él con esos hombres? ¿No pasó el mismo Dios su propio escarnio? "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" Perdona tú también dice mi voz interna. Y en verdad he perdonado, pero no sé olvidarlo. Mi yo profundo no me lo permite. Cree que es resignación. Los que han silenciado su existencia, después de aquel mal trago, ¿son ahora más felices? Ojalá. Me alegraría por ellos, pero no es cierto. Es miedo. Ni olvido ni perdón. Sólo miedo. Yo conozco muy bien ese fantasma desde antes de ingresar en el campo de concentración de Tefía. Lo palpé en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, durante los interrogatorios tras mis primeras detenciones, después de unas redadas que eran auténticas cacerías de animales. Las bestias cuando eran llevadas en camiones camino del matadero eran mejor tratadas que nosotros. Más de una vez se me ha erizado la piel cuando me he tropezado con uno de esos vehículos hacinados de animales. Hay en sus miradas un susto, un pavor, una súplica… que es mía, y que me hace sentirme consentidor de ese atropello. Sé que es difícil de comprender, pero es lo que me sucede. Es un espanto con el que empecé a convivir tras mi ingreso en la Prisión Provincial de Las Palmas. No sufrí en la prisión las vejaciones que pasé en el campo de Tefía, pero los malos tratos eran constantes. Fue allí donde conocí el miedo. Un temor sin rostro que llenaba el ambiente de zozobra. Una alarma que se respiraba de la mañana a la noche y que terminaba filtrándose en los sueños.

No existe cosa peor para un ser humano que ser un reo, sin

comprender el por qué. Sin saberte culpable. Los invertidos que padecimos Tefía no habíamos hecho nada. Sólo ser cómo éramos. Hombres que deseaban a otros hombres. Sólo eso. Yo conocía a muchos de los que sufrieron aquello y, en su mayoría, era gente humilde y trabajadora que jamás hizo daño o puede que sí, a una moral retorcida y caduca que casi nadie respetaba. Los mismos que sembraban el terror para que se mantuviera, eran los primeros en saltársela a la vista de todos. Quienes andábamos en el mundo de la noche veíamos con frecuencia a poderosos de todos los sectores del régimen salir alegres de los lupanares. Muchos de ellos tenían como queridas a prostitutas que eran amigas nuestras. En alguna ocasión aquello nos salvó de alguna redada, poco más. Truenos, vestidos de nazarenos, como tan bien los definió Machado. Eso eran. Pero había de todo. Existían también invertidos semiprotegidos por el poder, con los que las autoridades hacían "la vista gorda", permitiéndoles cierto respiro. Ninguno, al menos que yo sepa, dio con sus huesos en la colonia agrícola de Tefía. Sé que con alguno lo intentaron. Eran maricones pudientes, pero de familias no adeptas al Régimen y, junto al marchamo de invertidos, llevaban el de comunistas o masones. Eran los menos. Los otros —los que estaban sin mácula política—, pertenecían a poderosas familias locales, en cuyos lujosos salones celebraban copiosas cenas a las que acudía el puritanismo franquista. Eran homosexuales ricos que —con secretismo— utilizaban a los invertidos pobres para satisfacer lo que consideraban aberrantes necesidades. De la misma manera que los machos del Movimiento iban con putas. Ninguno de ellos movió un dedo por nosotros, los que

padecimos las penalidades. Al contrario, conozco casos de algunos que dieron con la puerta en las narices a desoladas madres de presos que imploraban su ayuda. “Lamento no poder ayudarla, pero son asuntos que están fuera de mi alcance”. Era toda su respuesta. “De todas formas me imagino que algo habrá hecho, ¿no?” Ironizaban cuando las mujeres salían del despacho. Éste era el caso de Marlene. Ella misma me lo contó. Un suceso de lo más lamentable. Con el agravante de que Manuela, la madre de Marlene, era ama de llaves de esa familia desde hacía muchos años. Pero el conocido y todopoderoso invertido apenas la escuchó. Otra historia terrible la protagonizó uno al que conocíamos como La Moby Dick —el apodo le venía, imagino, de las colosales proporciones del individuo—. Solía acudir los fines de semana a los lugares que frecuentábamos los invertidos, en busca de ocasional compañía a cambio de algo de dinero. Una noche, el muchacho del que se había encaprichado le pidió trescientas pesetas para irse con él, diez veces más de lo que normalmente le cobraba. La miseria era mucha, y no es de extrañar que el pobre chico intentara sacar algo más de beneficio de aquella situación. Además, un par de días atrás, la policía le había puesto una multa de quinientas pesetas. Hoy podrá parecernos ridícula, pero era una considerable cantidad en aquel entonces. El chiquillo, porque era un niño de apenas diecisiete años, vio en él la tabla de salvación con la que evitar el seguro arresto por el impago. A La Moby Dick le pareció desproporcionada la cantidad exigida y se marchó ofendido. Pero la cosa no quedó ahí. El muy canalla se lo contó a su madre para que intercediera en la situación. Y la mujer medió, vamos que si medió. Denunció el caso a

un amigo, alto cargo de la policía, para que le diera un escarmiento. Y así fue. Ese mismo día le detuvieron. Pocos meses después ingresó en el campo de concentración de Tefía, donde cumplió tres años. Las poderosas influencias de la vengativa mujer fueron nefastas para él. Fue uno de los que más leña recibió.

Pero el pavor no se acababa con la libertad. Tras Tefía se iniciaba otro exilio cuya duración mínima era de un año, prorrogable con otros cinco de libertad sometida a Vigilancia de Delegados. Daba igual que tuvieras posibilidades para subsistir o no. Eso nada importaba. Había que vivir en otra isla —era el segundo apartado de la condena por peligrosidad social— o, como mínimo, en otra ciudad, lejos de la que residías. Esa situación obligó a muchos de nosotros a aceptar trabajos en condiciones de semiesclavitud y con el constante sobresalto de atravesar la imaginaria raya que era la otra acera. La peligrosa acera de enfrente. A otros, en cambio, los forzó a ejercer la prostitución. Precisamente aquello por lo que, supuestamente, eran apresados. Por lo que la mayoría de nosotros tuvimos que acostumbrarnos a convivir con los insultos, las multas y las palizas en la comisaría y, por supuesto, con la constante alarma de la deportación.

En Tefia el miedo era como el viento. Siempre estaba presente.

19

Pedro El Guirre temblaba todavía cuando nos lo encontramos. Por lo desencajado de su rostro parecía que hubiese visto un fantasma. Se le atoraban las palabras y, con los ojos desorbitados, señalaba una y otra vez hacia el oscuro vacío de la llanura, siempre en dirección hacia la vega de Tetir. “Relájate, joder, que me estás asustando”, le gritó El

Lagartija, mientras lo sacudía con fuerza para tranquilizarlo. Aquello lo calmó. Fue entonces cuando empezó a contarnos lo que le había ocurrido. A eso de las dos de la madrugada, minutos antes de que llegáramos El Lagartija y yo a relevarlo de su turno de guardia, vio una luz extraña. Al principio creyó que se acercaba alguien y que el resplandor era la luz de su linterna. Como continuaba quieta, a cien metros de él, con un brillo intenso entre verde turquesa y azulino, pensó que podía ser el faro de algún coche. Pero lo descartó. En aquel pedregal, dominio de la aulaga y la tunera, era imposible que entrara algún vehículo. Además, la carretera más cercana estaba, al menos, a un par de kilómetros. En eso andaba cuando la luz comenzó a aproximársele. Era una bola azul del tamaño de un balón de fútbol, que oscilaba como si una mano la rebotara contra el suelo. Así se le acercaba aquel zigzag de fuego. Yo ya había comprendido que esa luz no era de este mundo, que era la luminaria de aquel páramo, la que aquí se conoce como Luz de Mafasca. Almas en pena que otros también han visto por distintos lugares. Desde Tiscamanita a Jandía, toda la isla sueña con ese espectro. Sólo el viento se oía. El viento y el latido asustado de su pecho. En menos de un minuto la extraña luminaria se posó sobre un árbol, una pelada higuera medio muerta, a escasos veinte metros de donde se encontraba. Todo se volvió diáfano, como si amaneciera. Aquel encantamiento lo tenía agarrotado, aterido de frío. Sin poder evitarlo miraba fijamente el fuego fatuo detenido ahora sobre el árbol. Era una enorme bola de más de medio metro de diámetro, pero su azul intenso se había tornado rojo, como un disco solar que no cegaba. De su halo de fuego se desprendía un destello,

que semejaba el chisporroteo de la hoja de un cuchillo al contacto con la piedra de afilar. Después se acercó más, a solo un par de metros, casi a la misma altura de su cara. Entonces se meó. Sin embargo, pensó en tocarla. No se atrevió. Temió que le pasara algo. No sabía qué, la verdad, pero las manos no le obedecían y no pudo levantarlas. Pasaron tantas cosas por su mente en ese instante, que era incapaz de razonar ninguna. Había oído decir que quien la tocaba pasaba una eternidad condenado a galeras en el purgatorio; una condena que tenía como perpetua misión transportar almas nuevas por la ruta de estrellas del ocaso. También había escuchado que el que osaba acercarse demasiado corría el riesgo, pasados cinco días, de transformarse para siempre en luz. Otros decían que no había que mirarla, que había que hacer como si no existiera, para que las ánimas se concienciaran de que estaban muertas. Me gustaba oír esas historias que los prisioneros contaban en el campo, pero jamás les di crédito. Me recordaban a las que escuchaba de niño, sobre ahorcados que penaban por los lugares donde habían llevado a cabo su suicidio, muertos prematuros con asuntos pendientes de resolver, que regresaban para saldar sus deudas. Como la de la loca Evarista que presenció el fusilamiento del menor de sus hijos y, para vengarse de sus asesinos, vendió su alma al diablo con la única condición de que le permitiera perseguirlos hasta el mismo infierno. Pedro el Guirre sintió terror. Temía que de un momento a otro lo atrapara la luminiscencia y aparecer después en un lugar desconocido y remoto con la cordura perdida para siempre. Como esos locos de pueblo que arrastran tras de sí un enjambre de despiadados niños. Entonces se acordó del

Cañadulce y del Caramono. A saber si les había ocurrido algo así. Todo el mundo decía que procedían de lugares lejanos, sin que nadie jamás lo precisara. Su enajenación desdibujaba la posibilidad de cualquier gentilicio. Eran de todas partes, pero de ningún lado. En cualquier lugar al que llegaban los despreciaban y los hacían suyos. La eterna condena de los locos errantes. Sintió pavor de terminar así, transformado en el hazmerreír de una caterva de seres postergados.

De repente, y con el mismo vaivén con el que vino, la extraña Luz comenzó a alejarse. Así anduvo por lo menos un minuto, hasta que en un instante se la tragó la tierra, como llama que cae por un despeñadero. La oscuridad se hizo de nuevo, y con ella la conciencia del miedo. Petrificado, miraba enfebrecido hacia un punto perdido de la noche. Temiendo y deseando que apareciera. No sabe cuánto tiempo estuvo así, observando aterrorizado la nada. Ni siquiera se enteró de que llegábamos hasta que estuvimos a su lado. Daba lástima verlo temblar de aquella manera. Obsesionado con señalar el lugar donde, después lo comprendimos, desapareció la Luz de Mafasca.

Por suerte o por desgracia, he visto muchas veces los estragos que el miedo deja en algunas caras. Como si el canguelo, el pavor o el espanto, tuvieran su marchamo, su identidad, su huella singular. Puede que cada miedo tenga su propio rostro, su propia orografía. Hay miedos que se quedan para siempre en la cara y es imposible disimularlos; otros son transparentes, no detectables a primera vista, pero van depositando un limo que, con el tiempo, nos emponzoña el alma. Hay miedos que desgarran para siempre los ojos de sus víctimas; miedos que abarcan todo, indefinidos miedos, capaces de moverse con

el viento hasta la más absurda geografía; miedos oblicuos, rectilíneos, curvos… El miedo, el viejo miedo, esa sombra que nos persigue siempre y acota los silencios. No sé cuál atrapó aquella noche a Pedro El Guirre. Yo, que los conocía, no salía de mi asombro. No era un terror humano. Ese lo he visto mucho, lo he palpado de cerca y soy capaz de percibir su aliento. En sus ojos perdidos gravitaba una especie de felicidad que ponía la piel de gallina. Como si la experiencia vivida lo hubiese arrastrado hasta un punto del que era imposible regresar. Su mirada no volvió a ser la misma, y al apodo de El Guirre se le añadió el de Santo, porque su semblante nos recordaba a la de los santos pintados que dormitaban en las hornacinas de las iglesias.

Me costó convencer a El Lagartija para que se quedara en el puesto de guardia. Tuve que prometerle que en menos de una hora volvería. Me obligó a que se lo jurara. Fue la única forma. Pretendía que le hiciera yo el turno. Él sabía que no podía ser. Mi obligación era acompañar cada cuatro horas a los relevos y comunicar al instante, si las hubiera, las novedades. Lo hice entrar en razón. Las posibles consecuencias de saltarse las estrictas reglas me ayudaron. Me tranquilizó que le tocara a él. Yo era bastante más cagón y, quizá, no lo hubiera podido resistir. Eso sí, volví y lo acompañé un buen rato. El suficiente como para no dejar en entredicho mi palabra y tranquilizarlo un poco.

Los días siguientes la Luz fue la comidilla. De la mañana a la noche, apenas se comentaba otra cosa. Desde los que trabajan en la cocina hasta los que se rompían el espinazo partiendo piedras en la

cantera, todos hablaban del prodigio. La Luz de Mafasca era la protagonista. Sabíamos de ella, pero era solo un elemento más del paisaje. Como el malpaís o la aulaga, los tabobos o las peladas higueras cuyas retorcidas ramas seguían los derroteros del viento. La habíamos oído nombrar, pero era una leyenda más de las muchas que poblaban Tefía. Sólo eso. Cosas que sólo les ocurren a los otros. Los mismos que las dejan detenidas en el insólito calendario de las perplejidades que, después, se deforman y son lo que no eran y cada uno añade su granito de arena hasta que nos llegan disfrazadas. En la colonia había gente de los más recónditos lugares de las islas. No había ninguno que no supiera de ella. Existían tantas versiones de la Luz como individuos había en la colonia. Aunque todas coincidían en un punto. Eran bolas de luminosas que se le aparecían a seres solitarios. Una Luz que guiaba sus pasos, sin hacer ningún daño. Lo demás era puro añadido, el aspecto morboso de la historia.

Después de lo ocurrido, en torno a Pedro El Guirre se creó un halo mágico que todos respetábamos. Él ni se daba cuenta. Pero desde ese día se movía entre nosotros como si fuera un ángel. Un ángel desterrado a los confines donde nacen el viento y el polvo. Un espíritu manso enviado por no sé qué designios a aquellos pedregales. Como si de pronto, en las alturas, se acordaran de los que allí sufríamos. Cogimos la costumbre de tocarlo, al pasar junto a él. Parecía que era un santo. Él se dejaba hacer, como si ésa fuese una faceta más de su destino. Y es que ya no era el mismo Pedro El Guirre, algo lo había cambiado. No sé qué exactamente. Existía en él un aura de ermitaño, de loco anacoreta, que casi venerábamos. Así rapado, flaco como un

galgo y con la mirada de alucinado que se apoderó de él después de aquel encuentro, lo sentíamos como un mártir. Alguien llegado allí para ayudarnos. Un analgésico para los que penábamos. Pero el aura de santo que otorgamos a El Guirre no les gustó nada a las autoridades del presidio, así que decidieron que no podíamos tocarlo. Aquello acrecentó su fama de beato y nadie se iba a dormir sin, clandestinamente, estar en su contacto. Cuando alguien no podía, tocaba algo que había estado en sus manos. La extraña rebelión colmó un día la paciencia del director del campo. Cortaron por lo sano, y lo apartaron. Desterrado en cocina, se hizo correr la voz de que el mísero pan que nos daban lo elaboraba él. Fue así como él pasó a ser nuestro alimento, el pan de cada día. Enterados del fracaso de sus nuevas medidas, optaron por publicar un bando. Durante varios meses estuvo pegado a la entrada de los barracones y, como había una mayoría de analfabetos, se pasaron meses leyéndonoslo cada vez que formábamos, para que no lo olvidáramos.

"No hay más que un solo Dios", se titulaba. Y continuaba después:

> "El único Creador de todo lo visible y lo invisible. El hacedor de todo. El mismo Dios que separó las aguas de la tierra. Único. Indivisible. El que lanzó las Tablas de la Ley contra el becerro de oro. El Dios que todo lo ve y todo lo perdona. El dios que no tolera que alguien incumpla sus Santos Mandamientos. El mismo que expulsó a los mercaderes del Templo. El justo. El de la ira. Sólo Él elige a sus discípulos, y, aquí, a nadie eligió. Lo ofenden y calumnian quienes veneran a

El Guirre como si fuera un santo. Es del todo imposible que Dios ponga su mano sobre esa hez humana. El Guirrre no es un santo. Un Satanás, quizá. Lobo con piel de oveja, que el demonio ha dejado entre nosotros con la finalidad de confundirnos. Una artimaña más de Lucifer.

No es tampoco verdad que la Luz de Mafasca sea una luz verdadera. Esa luz sólo existe en la imaginación de aquel que la inventó. Sólo supersticiones. La única Luz es Él. Las otras solo son cosas de desviados. Delirios de dementes que alimentan ignorancia y pecado. Todo es mentira pues. Solo cosas de un Loco que han traído a Tefía equivocado".

20

Jamás pensé que aquel juego de infancia pasara a ser un día algo tan necesario. Al principio fue eso, una aventura que adquiría forma a medida que amaestraba mis sueños. Recuerdo que la primera vez que lo hice fue la noche de Reyes. Sabía de antemano que al día siguiente ninguno de los magos de oriente pasarían por mi casa a dejar un regalo. A la precaria situación económica, se añadió la enfermedad de mi padre. Se pasó meses tumbado en la cama después de un accidente en el trabajo. Vivíamos de sus apaños como albañil, que apenas cubrían los desconsuelos y el hambre. Escapábamos gracias a las habilidades como costurera de mi madre. Yo, que era el mayor de los tres, todavía no había cumplido los diez años. Mi padre quería meterme de peón en la obra donde trabajaba, pero mi madre se negaba. “Por lo menos, que termine los estudios elementales”, decía cada vez que lo intentaba. Él la dejaba hacer. Conocía la tozudez de aquella mujer de Gáldar. Al poco, volvía a insistirle. “Ya, ya… pan para hoy, hambre para mañana”, le respondía ella. “Es que no te das cuenta de que en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Y si no, mírate”, le espetaba cuando la tenía harta. Ella fue la que se empeñó en que estudiara interno. Los reclamos de mi padre para que trabajara, eran cada vez más frecuentes. Con doce años me sacó de purgatorio de

las Hermanas de la Caridad y me dejó en el infierno de los jesuitas. Gracias a ella hice algunos años del bachillerato. Quería ser militar, pero me lo impidieron las circunstancias.

Ese día, antes de dormirme, deseé soñar con los reyes, y que éstos me trajeran en sueños los regalos que por la mañana no iban a estar en mi casa. Pasé la noche abriendo cajas envueltas en papel de regalo. Satinados paquetes de colores esparcidos por el pequeño salón que, mis hermanas y yo, abríamos ansiosos por descubrir lo que escondían. Había peponas rubias de quietos ojos azules, trenes de latón, triciclos, pistolas y atuendo de vaqueros, y, por supuesto, material de escuela: lápices de colores, gomas que olían a aceite de linaza, libretas de dos rayas, cuadernos de dibujo… Junto con mis hermanas jugué hasta decir basta. La desolación de la mañana siguiente fue recompensada por mi sueño. Poco a poco, hice de aquel sortilegio una costumbre. Un secreto que dormía conmigo diariamente y que me llenaba de dicha. Me habitué de tal forma a añadirle deseos a mis sueños, que casi llegué a tener una vida paralela a la que se desarrollaba después de cada amanecer. Mi actividad noctámbula era tan agitada que andaba toda la vigilia taciturno, con mi madre preocupada por mis últimos cambios. Cada noche inoculaba un nuevo asunto en mis sueños, con el que viajaba hasta el amanecer. Eso sí, aprendí a ser precavido. Una vez me pasé de listo e intenté solucionar de un plumazo varias cosas que me preocupaban. No lo quiero ni recordar. Anduve toda la noche envuelto en macabras historias que se mezclaban a una velocidad de vértigo. Una pesadilla que no le deseo ni a mi peor enemigo. Cuando me desperté, estaba empapado en

sudor, y, además, lo confieso, me había meado en la cama. Era la primera vez. Aprendí la lección y no volví a repetirlo. Desde ese momento, si lo que debía arreglar eran mis desacuerdos con el profesor de matemáticas, los conflictos con un compañero de aula, hincharme a comer las primeras sandías del verano o recuperarme con un buen bistec con papas fritas del odioso potaje de berros del almuerzo, procuraba no mezclarlos. Elegía uno y lo enmendaba hasta el amanecer. Era maravilloso vencer en una pelea, a la vista de todos en el patio del colegio, a Jaime, el matón de la escuela, que nos tenía amedrentados. Incomparable era también el cambio que se operaba en mi timidez. El ser pusilánime se transformaba en los sueños en alguien aventurero e intrépido, capaz de ponerse a la cabeza de cualquier hazaña. Fue así como me hice el líder de tercero en el colegio, o me atreví —sin necesidad de encerrarme en el retrete—, a mear en los urinarios junto a los otros niños, fue así también como tuve mi primera relación con Orlando, el compañero que más me gustaba de la escuela. Fue lindo sentir nuestros cuerpos de niños enlazados hasta el amanecer. Hoy, después de tanto deterioro, cuando quiero pensar en la ternura, rememoro ese sueño. Orlando era mi mejor amigo, otro tímido enfermizo. Un ser bello y delicado al que, aún no se por qué, siempre me lo imaginé con alas. Con el tiempo lo comprendí mejor, era imposible no añadirle alas a aquel ángel que, con estoico silencio, sobrevivía a las ruindades de aquella turba. No sé qué nos unía. Apenas hablábamos. Sabía tan poco de él como él de mí. Nos movíamos en el lenguaje de las complicidades. Un lenguaje del alma, que nos llevaba a esperarnos a la salida de la escuela, a quedar para ir

al cine juntos, o a tirarnos sobre la tierra, boca arriba, para contemplar el efímero transcurrir de las nubes. Sólo una vez nos besamos. Fue un beso leve. Todavía lo evoco. Creo que me he pasado media vida persiguiendo ese beso. Me distancié de él cuando mis padres, para solventar sus eternos apuros, me internaron en el otro colegio. Aquello supuso el primer desgarro de mi vida. Quería a aquel amigo, en una dimensión que yo mismo no alcanzaba a comprender. Fue mi primer sufrimiento de amor.

Con los años aumentó mi experiencia en el amaestramiento de los sueños. Llegué a hacerme exquisito y a seleccionar con precisión lo que quería obtener. No siempre lograba mi objetivo, pero solía sentirme compensado. Cuando alguien me gustaba y mi timidez o su desinterés no lo propiciaban, recurría a mis sueños. Y, por una noche, el ser inaccesible y añorado, navegaba conmigo por los imaginarios confines de la ternura, o por las azules playas de un sexo que me hacía llorar de felicidad. Cuántos hombres que nunca tuve compartieron conmigo el sexo de ese modo. Cuántos hombres que después tuve, se iniciaron así en esa sed. Son incontables. Me atrevería a decir que, al menos en sueños, soy uno de los seres más promiscuos que conozco. Mi realidad era otra. No era un santo, pero mis relativas cualidades físicas me llevaron a más de una decepción. Si el amor ya era difícil para los que mantenían el monopolio del deseo y el sexo, qué no sería para nosotros que estábamos en un perpetuo coto de caza. Pero nos las arreglábamos. Los homosexuales hemos sabido sobrevivir a las continuas razzias. Rara vez, la realidad vivida con los hombres que deseé o amé superaron las expectativas de mis sueños.

Sólo un par me mostraron los meandros de un placer que, ni en mis eróticas fantasías nocturnas, intuí. Serenas pasiones de hombres que se veían en tu mirada y, que, en cada uno de sus cariñosos abrazos, te hacían sentirte estrella de su particular universo. Su recuerdo ilumina hoy mi vida. No fueron relaciones duraderas, ninguna pasó de un par de años, pero dejaron para siempre en mi interior la recompensa de saberme querido. No sé cómo acabó aquel amor que se prometía eterno. Probablemente enfermó sin que me diera cuenta, y ya no hubo remedio cuando intenté ponerle solución. El amor es así, caprichoso y extraño, como un niño pequeño que termina rompiendo el juguete que lo hizo feliz ayer. Lo he pensado mil veces, sin encontrar respuesta. Hoy ya sé que los celos son mi mayor defecto. Apenas quiero a alguien se me desatan las inseguridades, y comienzo a tejer en torno a él una red de afectos que termina agobiándolo. No sé el origen de esa enajenación. Quizá se deba al vacío que dejaron en mi existencia los años que pasé entre las hermanas de la caridad y los jesuítas. Allí el amor era un espacio desconocido, una tierra de nadie en la que jamás se aventuraron. La inquina y el desamparo eran sus territorios favoritos, el lenguaje en el que nos educaron. Los años que pasé con ellos, me permitieron adquirir una cultura elemental que aún les agradezco, pero, anímicamente, destrozaron para siempre mi vida. Cuando leí *La casa de Bernarda Alba*, comprendí al instante que, cada uno de los muchachos que por allí pasamos, fuimos, a nuestra manera, las marionetas de aquel descalabro. En cada uno de ellos había una Bernarda Alba que descargaba, maltratándonos, su frustración. No sé si era esa ausencia de afecto lo que me llevaba a aferrarme al ser

querido como a un clavo ardiendo. No lo sé. Creo que el destino tiene ahí su papel. Yo he intentado cambiar y no he podido. Al que nace carpintero, del cielo le caen los clavos, decía mi madre. El que nace lechón, muere cochino, prefería mi padre. Al fin y al cabo, hablaban de lo mismo, aunque mi padre era un poco más bruto. Mi cruz ha sido el querer demasiado. O quizá no saber querer. Eso dice Marlene, sin ninguna maldad, con esa gracia que la caracteriza. "Los hombres como las bragas, de quita y pon, niña", su frase preferida. Pero ella es también víctima por querer demasiado. Como si entre los maricones existieran dos tipos de hombres, los destinados a ser amados, y los otros, cuya única misión, es adorarlos. Dos universos destinados a no encontrarse nunca. Sólo los años han logrado calmarme esa desdicha. Diría que la vejez me ha reposado. Agradezco de veras esa tranquilidad que el tiempo me ha otorgado. Sigo amando, pero sin desgarro. Aprendí que al amor, como al pescado, también hay que limpiarle las espinas. Ya no le doy al otro más poder del que es necesario. Me cuido mucho de hacerlo. Con el tiempo el deseo es un achaque más que dan los años. Así lo vivo, como el colesterol o la tensión alta, controlando mi alimentación. Cuando presiento que me adentro en sus ciénagas, recurro a mis cuidados. Añadir entre las pastillas que tomo a diario un par de píldoras contra la costumbre de querer demasiado, anoto en un papel, que a continuación sujeto con un imán en la puerta de la nevera. Así la veo todos los días, para que no se me olviden las cápsulas del nuevo tratamiento. Cuando, pasado un tiempo prudente, considero que ya me he curado, suspendo la terapia. No es bueno habituar el cuerpo a esas cápsulas.

Tefía logró paralizar mis sueños. Fue llegar y truncarse esa capacidad. Parecía que se me hubiese agarrotado la mano con la que acostumbro a escribir, como si intentara expresar una idea y no me salieran las palabras. Una impotencia de la que todavía no me he recuperado. Con su absurdo, aquella gente abrió una brecha en mi fantasía, un sima interior que me despersonalizó. Yo intentaba diariamente poner belleza en aquel desconcierto, pero me era imposible. La pesadilla y el insomnio eran los únicos jinetes en los que lograba cabalgar. No sé cómo sería para los demás. Hay intimidades de las que no se habla. Para mí fue el peor de los infiernos. Mi almohada y yo, llevábamos más de media vida solucionando agravios. Me sentía como Sísifo, vencido en el esfuerzo, justo en el momento en que iba a deshacerse de la carga. De los tres años que pasé en Tefía, ni una sola vez me funcionó. La vileza de mi condena alcanzó también al más preciado de mis tesoros y, como un castillo de naipes, mi sortilegio, se desmoronó. Sentí caer cada una de las mágicas piezas que lo conformaban, igual que caen las hojas de un árbol en otoño. El primer otoño de mi vida, sólo que la estación se adelantó. Apenas había cumplido los diecinueve años. Hay muchas cosas que me producen tristezas pero dos me la convocan siempre: los barrenderos y los sepultureros. Cuando paseo por un parque y veo a esos hombres con su escoba de palmas, y la tranquilidad que los caracteriza, amontonando hojas muertas, no puedo evitar sentirme una de ellas y que me arrastren en su devenir, junto a colillas y bichos que se precipitan a huir aterrorizados. La otra tristeza me la convocan los sepultureros. Sé bien que un cementerio no es un lugar alegre, pero

cuando el sepulturero da ese golpe metálico sobre la fría losa, y, en el silencio, se escuchan los latidos de la pala, mientras esparcen el húmedo cemento, que, definitivamente, sellará la frontera que relega al difunto al reino de los muertos, me hundo en la tristeza. Comprendo, entonces, que me queda una muerte; la otra, la sufrí ya en vida.

21

Tefía.

Verano.

Querida madre:

Temo que el odio un día me devore. Hace tiempo que me ronda, noto cómo me acecha, agazapado como un animal, a la espera del último agravio. Su asedio es cada vez más frecuente. Susurra a mis oídos las

peores palabras que pueda imaginarse contra mis enemigos. Yo intento no escuchar sus vengativos alegatos, un repetitivo monólogo con el que intenta envenenar cada uno de mis actos. Se ha vuelto mi otra sombra. Procuro no hacer caso, porque si el odio se apodera de mí, estos desalmados conseguirán su objetivo y me alejaré del buen camino. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo…” Ese era su mensaje, ¿verdad, madre? Dura prueba para quien convive con el ultraje… Soy un hombre temeroso de Dios, madre. Usted lo sabe bien. Toda mi vida me he mantenido fiel a sus preceptos. No iba a ser ahora menos, cuando atravieso mi peor calvario. Qué ejemplo nos mostró Jesús con su silencio, después de atravesarlo. No es propio de hombres que aspiran a su gracia maldecir al primer tropiezo. Lo sabio es resistir. Esa es mi lucha, madre. Batallar porque esta pesadilla no derive en la inquina. No es fácil mantener el rumbo del velero cuando navegas en aguas turbulentas. Y éstas lo son. No ha habido un solo día de sosiego. El fanático timonel de este barco navega entre arrecifes y, si no, los inventa. Como si se propusiera que no pasara un día sin un percance. Cualquier ridiculez puede desencadenar su furia. Un olvidarse de algo, un no andar diligente, reírte cuando ellos consideran no viene a cuento, mirar a los ojos a otro preso o a un funcionario, hacer algún amigo, equivocarte en un canto patriótico…, da igual de qué se trate, madre. La cuestión es hacernos saber a cada instante quién tiene aquí la fuerza, como si alguna vez hubiésemos osado cuestionársela. No conozco a ninguno que lo haya pensado tan siquiera. El terror que tenemos a esta gente nos paraliza. Se saben victoriosos y nos pisan a diario. Es curioso, madre, como han hecho de la cruz su santo y seña

y, sin embargo, desconocen la compasión. Tampoco la piedad está en su vocabulario. No existen para ellos. Las han borrado de su memoria, como si fuera una consigna, madre. Al contrario, quieren hacernos creer que son cosas de puros maricones, de hombres sin principios, sin coraje…, que somos piltrafa humana. Creo que están locos, madre. Sus retorcidas mentes ha alterado el orden de las cosas. Quizá el loco sea yo. No me extrañaría nada. Me ronda por la cabeza la idea de enajenarme para salir de aquí, intentar engañarlos. Pero no me he atrevido, la cobardía me lo impide. Además, lo confieso, no soy de los peor tratados. La dura disciplina de mis años interno en colegios de curas me ayuda a pasar desapercibido ante muchos de ellos. Mis sentidos, en cambio, se han agudizado, sobre todo la vista y el oído. El palo, la patada, el grito, la amenaza… me los han despertado. He visto mucho agravio, mucha saña… mucha ruindad por nada, sólo por placer. Ése es el resquemor que me asalta, ¿comprende, madre? Rezo todos los días para que el rencor no atenace mi débil corazón. "Ayúdame, Señor, no permitas que el odio reine sobre mis actos", suplico una y mil veces, tragándome la rabia. No mires, no oigas nada…, hazte el ciego y el sordo, me retumba una voz en la conciencia. No mires, no oigas nada… pero me es imposible. Mi retina es un álbum con miles de atropellos detenidos, tristes daguerrotipos de la infamia que me perseguirán como fantasmas; mis oídos distinguen cualquier timbre del miedo… "Ayúdame, Señor…" Pero el rencor te marca a hierro candente.

De nuevo este egoísta se ha perdido en su senda. No me lo tenga en cuenta, se lo suplico, madre. Sólo hablo con usted, la única

persona en la que aún confío. Espero lo comprenda. Recuerdos a todos, y reciba usted un abrazo.

22

Fuimos tres los inspectores de la Brigada de Orden Público que actuamos esa noche. A las 10.30, dos de nosotros nos presentamos en La Caléndula, un bar con terraza al aire libre enclavado en el mismo

centro del parque de Santa Catalina, con fama —como otros de esa zona de ser lugar de encuentro para todo tipo de pervertidos—; el otro, el inspector Gonzalo Rodríguez —según acordamos—, marchó directamente al bar Gallo, donde quedamos en encontrarnos sobre las 24 horas si nuestras pesquisas en el parque resultaban infructuosas. Íbamos acompañados por Don Antonio Romero Felipe —uno de los vecinos del barrio de Arenales que denunció los hechos— con el fin de poder identificar a los individuos que, según la denuncia, alteraban el orden público. Ocupamos una de las mesas de la terraza. Un sitio discreto que nos permitiera observar la fauna que a aquella hora de la noche comenzaba a llenar el parque de Santa Catalina. Cualquiera de nosotros conoce a la perfección los lugares de encuentro y mala nota de la ciudad, pero cuando te sientas y te detienes a observarles, cuando los hueles durante casi una hora, percibes la verdadera dimensión de la tragedia. El propio Dante se sorprendería ante los anillos de este infierno. En apenas veinte minutos el lugar se llenó de gente —fundamentalmente de hombres extranjeros— que compartían mesas y barra o charlaban de pie con gente del lugar. Sin duda, en su mayoría, invertidos. Aunque, a decir verdad, muchos no lo aparentaban para nada. Por momentos, me pareció que se conocían de siempre y que los nórdicos que compartían charla, bromas y carcajadas con los lugareños vivían en realidad aquí. Los diferenciaban tan sólo sus rojizas pieles quemadas tras pasar días enteros tumbados sobre una hamaca al sol en la playa de Las Canteras, y también sus curiosas vestimentas de exploradores grandullones, que en vez de botas llevaban sandalias con calcetines. Nunca he visto cosa

más ridícula que ese gusto de los “chonis” por esas prendas. No me parecen nada propias de un hombre. Ni siquiera me gustan para una mujer. Jamás consentiría a mi esposa salir a la calle así. Esas canillas largas de zancudos, o rechonchas y gordas de percherones que finalizan en pintarrajeados calcetines con sandalia, es todo un símbolo de la decadencia que nos viene de fuera. Un peligro del que no nos damos cuenta, pero que a la larga nos hará muchos más daño que los grupúsculos marxistas que se infiltran en cualquier tipo de asociación con la finalidad de corromperla y utilizarla para sus bajos fines. Es una invasión nueva y silenciosa, que atrae a nuestros jóvenes como la miel a las moscas, socavando por entero su moralidad. Son intocables reyes con divisas que dan, en cada una de sus oleadas, un golpe certero en lo más preciado de nuestro Glorioso Régimen: la moral y las buenas costumbres. En medio del insoportable tufo a mantequilla y a cremas solares, los veo charlar con nuestros jóvenes, con una lasciva y contagiosa familiaridad que, presiento, es más poderosa que cualquier prédica. Como si las insanas costumbres que arrastran con ellos fuesen una nueva religión, un nuevo credo, y los jóvenes a los que corrompen, sus prosélitos. Algo terrible que se cuece ante nuestras narices, pero que estamos obnubilados para verlo. Quizá sea que nos hemos dormido en los laureles de la eternidad y no nos percatamos de lo que está sucediendo; quizá se deba a un complejo ancestral ante la verborrea y soltura de estos depravados lobos del norte. No sé, pero estoy seguro de que cuando nos despertemos de esta pesadilla será ya demasiado tarde.

Desde nuestra privilegiada situación en la terraza del bar La

Caléndula, observábamos asombrados el espectáculo. Numerosos extranjeros vagaban a esa hora de la noche hasta formar libidinosos corros a los que, sin dificultad, se adherían los jóvenes canarios que por allí pasaban. Llegaban solos o en pequeños grupos. Los que venían solos daban ansiosas vueltas en busca de compañía. Muchos pasaban así un buen rato, hasta que encontraban algún conocido o eran atraídos por la insistencia lúbrica de una mirada o la morbosa complicidad de un gesto de algunos de los hombres que, expectantes, controlaban desde el interior del bar o desde el cómodo refugio de la terraza. Los que venían en pandilla —por lo general no superiores a cuatro o cinco individuos— escrutaban con desenvoltura el ambiente.
A veces, se zafaba uno del grupo y se dirigía hacia los ocupantes de una de las mesas o se hacía, a empujones, un hueco en la barra. Al poco, se les veía charlar plácidamente. Los había también que hacían de correveidile, y pasaban todo el rato yendo con desenfado de un sitio a otro. Era un mercado que iniciaba su vida justo cuando las personas de buenas costumbres se retiraban a descansar. Un mercado montado para los corpulentos y desmelenados rubios del norte, cuyos ojos azules como el cielo comenzaban a ensangrentarse a medida que ingerían el alcohol, adquiriendo una turbiedad que, al poco, se transformaba en amanerados gestos. Un mercado que no olía a fruta ni a verdura; ni a aromáticas hierbas ni a pescado, sino que hedía a deseo; un sexo podrido que dejaba en el ambiente el viciado y apestoso aire de los lupanares; un apetito inconfesable y violento que los arrastraba hasta aquellos antros, hacia aquel festín de depravados placeres. Eso era lo que se vendía en los bares y las terrazas del

parque de Santa Catalina. Carne podrida de distintos lugares del mundo que, macerada en alcohol, se ofrecía a cualquier postor. Un putrefacto amasijo humano que, de solo mirarlo, daban ganas de vomitar.

Durante un buen rato contemplamos estupefactos los inicios de aquella orgía. Nadie habló. Nos limitamos a ser perplejos testigos de lo que ocurría. Tampoco vimos a ninguno de los individuos que buscábamos. No aparecieron esa noche por allí. Más de una vez, sentí el impulso de saltar de la mesa y desbaratar el esperpento. Me controlé. Aunque me juré meter mano algún día a aquel asunto. Siguiendo lo acordado, nos encaminamos hacia el bar Gallo. El vecino que denunció los hechos seguía con nosotros. En apenas un minuto pasamos del decadente bullicio del parque a la sosegada tranquilidad del resto de la ciudad. Las Palmas dormitaba después de una dura jornada de trabajo. El ladrido de algún perro y el ruido de papeles y hojas arrastrados por el viento eran los únicos sonidos. A esa hora el esplendor de la ciudad estaba, como el zigzag luminoso de sus barcos, anclado en la bahía. La belleza de ese espectáculo nos acompañó hasta las mismas puertas de nuestro siguiente destino.

El bar Gallo era un pequeño garito enclavado en una esquina de la perversión, entre las calles de Pamochamoso y Molino de Viento. Un espacio casi cuadrangular, de techos altos recorridos por una cenefa de escayola que imitaba un entrelazado de hojas de acanto. La mortecina luz de su interior dejaba entrever una pequeña barra de madera frente a la puerta de entrada, en la que conversaban siete u ocho hombres, y varias mesas de mármol blanco esparcidas en uno de

los lados; el otro, lo ocupaba una mesa de billar en la que jugaban una fulana y dos hombres. Las paredes estaban empapeladas con un desgastado terciopelo verde lleno de unas flores extrañas. A la espera de que aparecieran nuestros hombres, nos acomodamos en una de las mesas. Me extrañó no encontrar, como habíamos acordado, al inspector Rodríguez. No habían pasado cinco minutos cuando apareció. Venía de investigar otros lugares, porque en el bar Gallo apenas había nadie. Se dirigió a la barra, pidió un refresco y se sentó a esperar. Un rato después entró Domingo Navarro Jorge, El Dandi. Lo supe porque la mirada del vecino que había puesto la denuncia se fue tras él. Vestía de un blanco inmaculado de pies a cabeza pues, aunque se lo quitó al entrar, portaba en su mano derecha un sombrero también blanco. Pretendía ser fino y elegante, pero ni siquiera su casi metro ochenta mermaban su condición de pretencioso paria. Su palmito era el de un bujarrón con experiencia en el mundo del vicio. Alguien acostumbrado a tirarse los pedos más altos que el culo. Con disimulo brindé con nuestro confidente. Fue mi forma de evitar que siguiera mirando al recién llegado. Acto seguido aparecieron otros dos que se quedaron junto a El Dandi de pie, en la barra. Permanecieron tranquilos, tomando una cerveza, sin que ocurriera nada especial. Sólo charlaban o reían, aunque uno pellizcó un par de veces al que tenía al lado en la cadera. No pasó un cuarto de hora cuando llegó Lorenzo León Pontevedra, conocido en el mundillo de los pervertidos por El Doctor. El Dandi fue el primero en verlo. Con un gesto de reverencia, lo convidó a unirse al grupo. Los otros se volvieron también y en un acto instintivo le hicieron un hueco junto a

su querido. El médico era un hombre delgado, de complexión atlética, vestido con una chaqueta gris marengo y con el pelo negro peinado hacia atrás y mantenido con abundante brillantina. Aparentaba cinco o seis años menos de los que en realidad tenía. Una vez entre ellos, se movió con desenvoltura. Con una elegancia que dejaba entrever en cada uno de sus movimientos que se trataba de alguien habituado a los ambientes exquisitos, pero incapaz de resistirse a las tentaciones de su vicio. Saltaba a las claras, por sus modales, que era el único de la pandilla con un mínimo de educación. A su lado, los otros se tornaban en seres torpes y vulgares, simples parias a los que su señor decide sacar una noche de fiesta. Ni el mismo Dandi, con su fingida y hortera elegancia, lograba hacerle la más mínima sombra. La llegada del médico precipitó la farra. Las cervezas corrían y la pandilla comenzó a entrar en calor. Hicieron varios y efusivos brindis, a los que se sumó el camarero, y, en una ocasión, el inspector que estaba cerca de ellos en la barra. Por él supimos, después, que un par de días antes había cumplido años El Dandi. La temperatura se disparó cuando el médico susurró algo al oído de su amante. Con gran descaro éste le apretujó las nalgas para después atraerlo hacia si por las caderas. El médico se dejó hacer y, cuando parecía que estaban a punto de besarse, lo cogió cariñosamente por las mejillas, mientras El Dandi reía con malicia. Los otros dos continuaron conversando como si no ocurriera nada. De pronto, la mujer que jugaba al billar con un par de hombres, se volvió hacia ellos y gritó:

—¡Doctor, doctor, que aquí también andamos secos!

Sin volverse, el médico se dio por enterado levantando una

de las manos, que después dirigió al camarero, confirmando la invitación. Acto seguido, se agruparon. El silencioso cuchicheo dejaba entrever que censuraban al médico su generosidad con la fulana. Impasible, el dadivoso Doctor parecía no hacerles caso. Sin que se dieran cuenta pidió al camarero otra ronda. Apenas aparecieron las copas en la barra, concluyó la confabulación.

Daba pena ver a aquel hombre, criado en las delicadezas de una buena cuna, moverse entre aquellos arrabaleros, entre aquella gentuza. Que sus bajos instintos pudiesen más que las buenas costumbres entre las que, con total seguridad, se había criado. Sentí asco al verlo mezclarse entre los demás, mimetizándose hasta el punto de igualarse con la canalla que lo rodeaba, como si su grado de perversión fuera ya tal que lo imposibilitara para frenar esos impulsos y retornar al recato propio de los de su clase. Daba lástima, sí, verdadera lástima, ver aquel hombre enfangarse en el mismo lodo que aquellas hienas. Si al menos, se hubiera moderado y consentido esas aberraciones en la intimidad de las paredes de su casa, podría perdonárselo. Todos sabemos que hasta en las mejores familias han existido siempre estas perversiones. Pero nunca han salido de ahí, de las cuatro paredes de la desgraciada familia, que bastante tenía con intentar mantenerlas en el más riguroso de los secretos. Pero este necio, no. Sin ningún pudor, traspasaba la frontera de las buenas costumbres. Aunque tuviera esa enfermedad, la gente de su estatus social debía dar ejemplo. Había, por tanto, que ponerle freno.

Doce años después de mi estancia en Tefía, volví a amaestrar un sueño. Fue un nueve de diciembre. Los momentos gratos tampoco se olvidan. Vino sin pretenderlo, cuando casi lo daba por perdido. Como ocurren las cosas en la vida. Hoy estoy convencido de que se debió sólo a la ternura. A través de Marlene, por esas fechas, conocí a Álvaro Aguirre, uno de mis grandes amores. Apareció a deshora en la fiesta que Marlene celebraba por su cumpleaños. Llegó con La Zarcillos, una mariquita lenguaraz que, en las clandestinas fiestas que hacíamos por carnavales, llamaba la atención por los voluminosos zarcillos que llevaba. Era la única que lograba eclipsar a Marlene. Su largo y delgado cuello, su casi metro ochenta de estatura y unas piernas maravillosas, permitían que todo le sentara bien. Sólo dos cosas desequilibraban su encanto: una nariz algo prominente para los delicados rasgos de su cara, y los masculinos gallos que se le escapaban desde que tomaba un par de copas. Marlene la adoraba. Decía que era de las pocas mariquitas inteligentes que había en la ciudad. La Zarcillos era prácticamente analfabeta, pero poseía un instinto natural que la llevaba a desenvolverse con andares de reina. Elegante y mordaz, se maquillaba con tanto arte que apenas se notaban los retoques que se daba. Entre la gente eran competidoras, pero en la intimidad se profesaban un cariño de hermanas. De todas las de nuestra quinta, fue la única que no cayó en las garras de Tefía.

Como el resto, estuvo algunas veces detenida en la Prisión Provincial de las Palmas, donde pasó varios meses, y, sin embargo, escapó del campo de concentración. Según Marlene fue una mano influyente, quien le evitó el vía crucis. Alguien de peso en la magistratura. Guardaba ese secreto como loba que defiende a su cría. Álvaro Aguirre apareció con ella en la fiesta sobre la una de la mañana. Fui yo quien les abrió la puerta, por eso lo recuerdo. “Parece que te has quedado muerta, querida”, me dijo después de darme un beso de cumplido. Y, consciente del impacto que me había producido su acompañante, agregó perspicaz: “Cariño, te presento a La Rosi”. El otro me estrecho la mano con fuerza. “Un beso, cariño, dale un beso. ¿Es que no vez que la has dejado prendada”. Me puse colorado como un pimiento y sentí ganas de matarla. La aparición de Marlene relajó la situación. La Zarcillos sabía que aquel nombre de guerra me incomodaba. Había transigido a que lo utilizaran en el grupo. Qué remedio me quedaba. Fuera de éste, su uso me violentaba. Pero era el cumpleaños de Marlene y decidí dejar para otro día el rifirrafe. Hoy agradezco sus palabras. Sin pretenderlo rompió el hielo entre ambos, logrando que esa noche apenas nos separásemos. Hay amores que uno reconoce al instante. Con Álvaro Aguirre me paso algo así. Fue lo que se dice un flechazo. Lo supe desde que lo vi. Álvaro Aguirre iba a ser uno de los hombres más importantes de mi vida. No me sedujo de él su belleza, que la tenía, sino la curiosidad con que observaba todo con sus pupilas dilatadas. Su mirada y su risa. Transmitía con ellas una bondad que, todavía, me sobrecojo al recordarlas. Jamás he visto reír a nadie así. Parecía que se le iba el alma por la boca. Su magnetismo era tal que

despertaba lo mejor de uno mismo. Después de verlo sonreír era imposible atribuirle el más mínimo atisbo de maldad. Y, en verdad, era uno de los seres más bondadosos que he conocido. Trabajaba como contable para una consignataria inglesa establecida en la isla, lo que le permitía gozar de cierta holgura económica. “Si tú quieres, te amaré de por vida”, me largó de repente, aprovechando el momento en que nos quedamos a solas en la cocina. Yo, que andaba hechizado con el simple hecho de sentirme cortejado, temblé de emoción. Había que ver esa cara de quinceañero enamorado, mientras me hacía la declaración. Es imposible borrar de la memoria ese instante. Esa mirada de niño desesperado de sonrisa expectante terminaron por derrumbar en mí cualquier barrera. Jamás un hombre me había dicho una cosa tan bonita. Comparada conmigo, esa noche, Sisiemperatriz era la Cenicienta. Pero no la que surge después de las doce campanadas, sino la otra; la pobre muchacha, la que ni siquiera imagina que, al día siguiente, antes de las doce, iba a ser el objeto de deseo de un príncipe. Álvaro Aguirre fue esa noche mi príncipe o, al menos, me hizo sentir una princesa. “Dime que sí —dijo, de rodillas, para sacarme de mi parálisis—, un sí, y tendrás para siempre a tus pies a este esclavo enamorado”. “Claro, tonto”, balbuceé, incrédulo por lo que me estaba ocurriendo. “¿Eso es un sí…?” preguntó con los ojos más luminosos que he visto nunca. Sí, confirme con un movimiento de cabeza. Entonces, me estrechó entre sus brazos. Un abrazo cálido y prolongado. La mejor medicina que se le podía dar a un ser convaleciente y desconfiado. Junto a él comprendí que la vida recuperaba de nuevo su sentido. Sin saberlo, Álvaro Aguirre era luz en

la oscuridad de mi camino; el punto luminoso en el tenebroso túnel; la esperanza que yo creía perdida. Eran los primeros beneficios del amor. Esa pócima que todos deseamos beber por lo menos una vez. El extraño elixir sin que el que apenas funcionamos. Veneno y ambrosías, pero eso fue después. Marlene nos sorprendió cuando todavía andábamos perdidos en lo nuestro. "Vaya, parece que Cupido se nos coló en la fiesta", dijo con sorna, mientras reponía de hielo la cubitera. Yo la miré aturdida temiendo que, de un momento a otro, La Zarcillos entrara por la puerta de la cocina hecha una fiera. Pero Marlene, con un guiño, me tranquilizó, y, gesticulando me dijo algo que comprendí a la perfección; la Zarcillos se había marchado acompañada. Aquello me alivió. Él, que se dio cuenta de todo, me estrechó con más fuerza. "Sólo es una amiga", me aclaró.

No sé que extraña fuerza es el amor, ni a qué credo obedece su impostura. Sólo acierto a entender el por qué es ciego. Del resto nada sé. Todavía a mi edad me cautiva su magia. Ese hechizo capaz de transformar invierno en primavera. La pasión y el amor. Mellizas, una loca y la otra cuerda. Me pregunto cuál es su identidad. ¿Cómo es posible abandonarlo todo para seguir a un ser que aparece de pronto? ¿Qué demencia nos lleva a aferrarnos a la mano de un desconocido? ¿Qué poder conferimos a ese espacio sagrado, donde más tarde velaremos penas?, ara donde sacrificamos intimidades y egoísmos. ¿Qué verdad, qué mentira se ocultan siempre tras los mismos labios? ¿Qué fantasmas circulan por sus venas? ¿Qué olvidos? ¿Qué tristezas? ¿Qué alegrías? Sigo sin comprender ese poder. El poder de esas aguas sosegadas o bravas, bálsamo o desventura. Todo lo puede Él. Paraíso o

infierno, tan sólo con atravesar una puerta. Haz y envés de un azar al que nada detiene.

Amanecí llorando. No recuerdo para nada el sueño. Pero al instante percibí que de nuevo me había reconciliado con ellos. Por eso lloraba de felicidad. Era un llanto tranquilo, sosegado, de esos que no te ahogan, de los que surgen cuando algo ha puesto a flor de piel tus emociones. Fue como reencontrarme con mis orígenes. Como si de pronto se presentara ante ti la madre que siempre has buscado y te rescatara de la orfandad. El amor de Álvaro Aguirre fue el primer mazazo que resquebrajó la pesada losa de Tefía. Al fin alguien se daba cuenta de que tras la tapia de cemento agonizaba un ser. Jamás terminaré de agradecerle su ternura. Con ella me ayudó a liberarme de la otra prisión, de la interior. La que permanece con nosotros después de haber pasado por la ignominia. La que te sigue sin descanso a todas partes. La que interrumpe un sueño, o te agua una fiesta. La que te mete el malhumor sin que te enteres. La que te vuelve triste, confundido, huraño. La que te arrastra a un abismo inconfesable. La otra prisión, la que nunca digieres, porque robó tu mejor tiempo, porque aún te sigue pareciendo injusta, porque tú sabes bien que nunca hiciste nada. La otra, la que te dejó el miedo en la mirada, la que te llevó a ver miles de tropelías, la que te hizo odiar a un ser humano que de sobras sabías que no estaba loco, la que te desmembró, la que te hirió para siempre; la otra, tu nueva sombra de hombre derrotado.

Con su ternura, Álvaro Aguirre me fue recuperando. Un día despertaba la sonrisa; otro, un pequeño brote de alegría. A veces

emergía, como el monstruo del lago Ness, la confianza… Me dio cuidados de enfermero desde el primer día. Así me fue rescatando. A veces pienso que fue un ángel venido de mis sueños con la finalidad de resarcirme. Nunca preguntó nada. Poseía un sexto sentido que lo llevaba a desenvolverse por mis soledades y mis penas, con la precisión de un equilibrista. Desde mi atalaya de silencio, yo lo dejaba hacer. Lo sentía como el médico que te devuelve la vista, o el socorrista que se juega la vida para rescatarte de un naufragio. No sé lo que vio en mí. Siempre fui un ser normal. Ni atractivo ni feo, tampoco del montón. No sabría definirme. Ese papel lo he dejado a los otros, hoy dirían que eso es por falta de autoestima. Puede que sea verdad. No me extrañaría nada. Según Álvaro Aguirre era mi timidez lo que me hacía distinto. Mi mayor cualidad, me repetía. Y lo que, al parecer, lo enamoró. Yo siempre la he vivido como un lastre. Pero así es el amor. También mi timidez fue lo que lo alejó. Herido como estaba tejí a su alrededor una trama de miedos invisibles que lo volvió crisálida. Mi torpe forma de agradecer su generosidad. Al principio, pareció llevarlo bien, pero yo sabía que se apagaba. En poco más de un año, sus cariños se tornaron reproches. Nadie sabe del dolor de ver esquiva la mirada que un día te hizo dios. Me aferré a un clavo ardiendo. Pagué las consecuencias. Pero en mis sueños sigo amándolo como la primera vez.

Se fue sin aspavientos. Con la misma tranquilidad con que llegó. Una mañana se despidió de mí como hacia a diario. Pero dijo “hasta siempre”, y no “hasta luego”, como era su costumbre. Yo no me percaté. Andaba enfurruñado. La noche anterior habíamos discutido

no recuerdo por qué asunto. Probablemente por mis incontrolados celos. Quizá el motivo que terminó rompiendo la vencida cuerda. No apareció a la hora del almuerzo. Me inquieté, pero había ocurrido un par de veces. Seguirá enfadado, le habrá surgido algún contratiempo… Llamé a un par de amigas. No sabían nada, aunque mi llamada las alarmó, sobre todo a Marlene, capaz de leer el estado de ánimo en la más insignificante variación de una voz. "¿Ocurre algo, querida?", me preguntó. No supe que decirle y le respondí con una disculpa tonta. La clásica disculpa que, una vez que has colgado el teléfono, te hace pensar que has mentido fatal y que, el otro, por vergüenza ajena, te ha seguido el juego. Apenas pude comer nada. El primer síntoma de la tormenta que se avecinaba. Pasé la tarde tumbado en el sofá, junto al teléfono, ojeando revistas, encendiendo cigarrillos uno tras otro, levantándome de vez en cuando para coger aire en el balcón, con la puerta abierta, por si sonaba el teléfono. Mirando hacia la calle para ver si llegaba. Sonó, corrí a cogerlo y tropecé con la mesa del salón. Se me cayó el teléfono de las manos. Era Marlene de nuevo. Se había quedado preocupada. "Nada, nada, no te preocupes", le dije apresurado. Temía que Álvaro llamara y estuviera comunicando. Seguí esperando. Para la cena, era ya un animal enjaulado. Volvió a sonar el teléfono. El corazón parecía salírseme por la boca, pero no lo cogí. Aguanté hasta el cuarto timbre. Si era él, no quería que pensara que estaba pendiente de su llamada. Era mamá. Me arrepentí de haberlo cogido. Se enredaba tanto para contar cualquier tontería. En varios minutos repasó la historia de la familia. Apenas la escuchaba, mi mente estaba en Álvaro, en cómo poner fin a un monólogo que me

exasperaba. “Un momento, mamá, que han llamado a la puerta”, le mentí. Esperé medio minuto. “Pasa, pasa…”, simulé hablando en alto para que ella escuchara. “Te llamo luego, que han venido un par de amigos”, le mentí de nuevo. “Vale, cariño, pero no te olvides que aún tengo muchas cosas que contarte”. Respiré. Encendí otro cigarro. No apareció esa noche. Apenas pegué ojo. Intenté tranquilizarme mediante un sueño. Me fue imposible. Se marcharon con él. Como mis ilusiones. Desde ese día no han vuelto a repetirse. Ahora mis sueños son de lo más normales: cosas que no comprendo, pesadillas, extraños paladeos, vagos recuerdos, historias que se mezclan… Al día siguiente, desesperado, hice lo único que me había pedido que no hiciera. Lo llamé al trabajo. “Lo siento, pero el Sr. Aguirre anda en estos momentos ocupado”, me dijo con voz seca una mujer. “Pero, si quiere, puede dejar un recado que se lo comunicaré”, añadió, con el mismo tono. Colgué sin más. Me fui a esperarlo a la salida del trabajo. Lo vi pasar con dos compañeros. Charlaban amigablemente. Me vio, pero no se inmutó y siguió de largo. Pensé en ir tras él. No me atreví. Hoy me alegro. Habría añadido el desprecio a nuestra separación. Y no lo había. Sentí un desgarro similar al que vives cuando te comunican la pérdida de un ser querido. Una mezcla de dolor y de impotencia que me cortaba la respiración. En el torbellino de la amargura comprendí que lo había perdido para siempre. Quise gritar, pero me faltaban las fuerzas. Sólo pude llorar. Prepararme para el duelo que se iniciaba. Pasé meses así. Atrincherado con mis penas, hice de las paredes de mi hogar un funeral constante. Todo me recordaba a él.

24

La humillación, la austeridad y el lento sufrimiento de la mortificación, son las pruebas para poder salvarlos. Yo las conozco bien. Han sido el alimento de mi espíritu ante las tentaciones. “Grande aspereza, pobreza, desnudez, mucha mortificación, resignación y negación de todo lo criado”, advertía nuestro maestro a aquellos que pretendían ingresar en la Orden. Quienes buscan a Dios han de limpiar su alma de todo pensamiento para que Él se aposente y la fecunde. Sólo así venceremos al Satanás que dormita dentro de nosotros. Astuto enemigo que ha logrado asaltar nuestro castillo.

Sé bien que este rebaño lo forman solo las ovejas negras. Las almas descarriadas que encuentran en la colonia penitenciaria de Tefía la oportunidad de redimirse. También sé por mí mismo que purificarse no es sencillo. Un camino difícil, poblado de obstáculos que muchos son incapaces de sortear. Llegan aquí podridos, después de años de andar en el delito y el pecado. Como animales carroñeros acostumbrados a vivir de despojos. La carroña es así, olfateando siempre las debilidades ajenas para lanzarse en picado sobre su presa. Apenas la despedazan, olfatean el aire en busca de una nueva víctima.

Por eso expían sus vicios mediante el sufrimiento y el castigo. Degradarse para salvarse, ése es mi lema. Lo aprendí de los míos en largas horas de mortificaciones. No basta sólo con arrepentirse. Propósito de enmienda. Necesario, aunque no suficiente. El cuerpo ha de pagarlo mediante la rudeza del trabajo y el escarnio. ¿Cómo iba a ser si no? ¿Acaso alguien cree que enmendarse y rezar bastan para saldar la afrenta? Necio ha de ser quien así lo considere. Mas no yo, conocedor profundo de las bajezas de los hombres. No ha ingresado uno en Tefía que, con sólo mirarlo, no supiera qué mal lo gangrenaba. Ninguno me engañó. Sé mirar a los ojos y encontrar la mentira y la lujuria. Jamás se me escondió. Se instala en la mirada de esos hombres —muchos de ellos aún niños— un destello de vicio y de malicia que es inconfundible. Cuando la ofensa es grande, su propio cuerpo es quien los delata. Es la lascivia la que habla por ellos. Y en cada uno de sus movimientos y gestos se manifiesta descarada su degradación. Mancillada carne que ha perdido su condición humana. Eso son. Muchos de ellos han extraviado su alma transformándose en animales capaces de una dentellada al tenderles una mano o por el más insignificante mendrugo. Alejarse de Dios lleva al hombre a igualarse con las fieras. Sólo sus enseñanzas nos liberan de esa condición.

Percibo en sus miradas el odio del hereje. De aquel que se resiste a seguir la Palabra. Sé que ese odio es el del ignorante antes de ser salvado. Pero sin el dolor no hay curación posible. Cómo arde la herida cuando la limpiamos para poder sanarla. Cómo abrimos el cuerpo para extirpar el mal o lo amputamos para revivirlo. De ahí las

mortificaciones del castigo. No basta el estar preso e ingresar desterrado, por tres o cuatro años, en esta ausencia. No es pena suficiente. También son necesarios el látigo y la ofensa. Ellos han ofendido y han de purgar sus faltas con dolor y fatiga. Sin la menor piedad. Es la ley del talión. Piedad y debilidad son para ellos una misma cosa. No hay que tenerla. Lo sé por experiencia. Ni tan siquiera la conmiseración con las penas ajenas. No cabe la compasión. Dios los selecciona por medio de policías y jueces, poniendo la cizaña en nuestras manos. Nuestro deber es darle un escarmiento. No hace mucho cedí. Sin darme cuenta, dejé una brecha por donde entró la pena y me ablandé. El muy canalla me engañó afirmando que era un buen cristiano. Que todo era un error y que podía demostrarlo. Que había sido una revancha de su esposa por cogerla in fraganti mientras yacía con otro. Ella, para vengarse, lo denunció por invertido en la comisaría. El horror y el error comenzaron ahí, decía con amargura. Pura trama de ambos para acabar con él, insistía. Una simple denuncia y nadie lo creyó. Pensó volverse loco, atrapado por aquella calumnia. Él era marinero. Y en el mar, ya se sabe, son largas las ausencias. A pesar de la ofensa, deseaba perdonarla porque también la ausencia lo había empujado a él al adulterio. Su mujer era buena. Ingenua, pero buena. Como el oro relucía su casa. Aún no tenían hijos —Dios no lo había querido—, pero ambos deseaban formar una familia y educarla en los rectos principios de la Iglesia. Ya conocía el error y ahora podía alejar de éste a su prole. Eso me lo juraba como que Dios existe. Él no iba a consentir que su sangre tropezara con la misma piedra. Por su vida que no. Me lo confesó todo. Hasta el menor detalle de una

historia de puertos pestilentes donde la aberración y la lujuria campaban a su ancha. Arrastrados por el animal en celo que les despertaba la ebriedad, una jauría de sombras se perdían en las tinieblas de las nuevas Sodoma y Gomorra. Aterido de frío, se extraviaba entre brumas de ciudades fantasmas. Muchas noches así, como un sujeto anónimo, vagando entre amasijos de violencia y deseo. Obscenas mujeres salían a su encuentro, ofreciéndose. Las había a centenares de todas las hechuras, edades y colores. Lujurioso aquelarre donde lúbricas hembras sacrificaban su alma cada noche. Decía que olían a sándalo y a rosas. No creo que huela así el pecado. Yo oía su confesión con entusiasmo. Había encontrado a alguien que en verdad reconocía sus errores. Lo sentí el hijo pródigo. Cómo se arrepentía de sus tropiezos. Con qué humildad reconocía su culpa. Cuánta piedad para sus ofensores. Llegó a preguntarme si el estar casado era un impedimento para poder ingresar en la Orden. El administrador de la colonia me puso sobre aviso. Pensé que era simple exceso de celo en su trabajo. Eso creí. Solo lo conocía por los papeles, los partes oficiales que teníamos de él. En cambio a mí me había abierto su alma. Decidí darle una oportunidad. Como un adolescente enamorado, me volví ciego. La calumnia también vuelve invidente. He de recocer que lo hizo bien, que la confianza obnubiló mi mente. Poseía la voz dulce de los iluminados. De aquellos que, tras salir del fango, emprenden el camino de los justos. ¡Dios, que estúpido fui! ¿Cómo pude caer en su celada? Tras consultar sus partes de conducta, llegué a iniciar el trámite para solicitar reducción de condena. Pero el poder de Dios es inconmensurable y no lo permitió.

Y por medio de Él recibí un día el aviso. Eran puros cantos de sirena. Juan Valencia, la Viuda, tejió en mis oídos una urdimbre de engaños y de embustes con los que logró despertarme la pena. Lástima y piedad. Cómo me dolió eso. Juré no perdonarlo. Apenas dos días antes de enviar los informes a Las Palmas para su libertad, descubrimos su trampa. Jamás lo olvidaré.

Era la una y treinta de una fría madrugada de noviembre, cuando el funcionario de guardia golpeó varias veces en mi puerta. Supe enseguida que era algo grave. Tienen orden de no molestarme por asuntos banales. Para trivialidades están el administrador y el oficial de guardia. Venían con los dos presos: Juan Valencia y Cecilio Mendoza.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sin todavía percatarme de que se trataba de él.

De pie y tras el administrador, ambos reclusos. mantenían la cabeza gacha.

—Que hemos trincado a estos dos haciendo cosas propias de animales, señor director —dijo el funcionario que los había pescado.

—¿Cómo…? —pregunté sorprendido.

—Sí, señor director, hemos cogido a estos depravados, haciendo cosas propias de maricas —insistió el hombre.

—¿Dónde? —dije mecánicamente, tras comprobar que uno de los detenidos era Juan Valencia.

—En uno de los barracones, en la parte de los hombres —dijo refiriéndose al sector donde dormían los presos que no estaban allí por invertidos—. Y este sucio animal —dijo con asco señalando a Juan

Valencia—, aprovechó que estaba de guardia para ir hasta donde ellos duermen, donde lo cogimos, mientras El Palomero —nombró al otro recluso por su apodo— le daba por detrás. A saber con cuántos más cometió esa aberración antes de que los atrapásemos, señor director —concluyó el funcionario anticipando las dimensiones de su castigo.

Sentí cómo la rabia hervía mi sangre. Lo miré fijamente durante un buen rato, sin que se atreviera a levantar la cabeza. Quise matarlo allí mismo, pero me contuve. No quería ensuciar mis manos con su impureza.

—Ustedes saben bien qué dice el reglamento en estos casos, ¿no? —dijo el director con una frialdad que puso a los dos presos la carne de gallina—. Pues a cumplirlo desde ahora mismo "a rajatabla" —ordenó antes de volverse para entrar en su habitación—. Ah, Segura, mañana sin falta quiero en mi mesa los partes de conducta —dijo al administrador, desde la puerta.

No pegué ojo esa noche. El ridículo y la vergüenza que me había hecho pasar Juan Valencia me lo impidió. Rara vez lo mundano logra alterarme el sueño. La conciencia tranquila es mi mejor ayuda en el reposo. Pero esa madrugada aquel infame ser me mantuvo en vigilia. Horas enteras descomponiendo sus mentiras, sintiendo sus embustes penetrarme como finos puñales. Cómo lo odié. Sólo las mortificaciones del silicio me dieron algo de consuelo. Así, desnudo, con los brazos en cruz y arrodillado sobre el picón del suelo, recuperé la dignidad perdida por mis debilidades. Así, también, planifiqué mi venganza.

25

Cinco meses después de que a El Guirre lo enajenase la Luz de Mafasca, lo trasladaron. De madrugada, y en la más absoluta clandestinidad, se lo llevaron a la ciudad de Las Palmas para ingresarlo en un sanatorio psiquiátrico. Cuando las autoridades del campo de Tefía comprobaron la imposibilidad de controlar la devoción hacia aquella especie de santo de los parias, optaron por quitárselo de encima. El *muerto el perro se acabó la rabia* lo aplicaron con rotundidad. La sangre fría de aquel carmelita descalzo no tenía límites. Nadie lo supo hasta pasadas unas cuantas semanas. Lo echábamos de menos pero, en un acto de ingenuidad, muchos creímos que lo habían llevado, para que se repusiera, a un hospital de Puerto Cabras. Sólo eso. No sé de dónde brotó esa fantasía, pero durante casi un mes la mantuvimos. Todo ese tiempo, los presos del campo, anduvimos como auténticos zombis. A la apatía cotidiana se sumó la desaparición del Santo, que vivimos como un desprecio. Parecía que nos hubieran robado la imagen ante la que estábamos acostumbrados a postrarnos y, en su lugar, sólo hubieran dejado el espacio vacío de

su delito. Los rumores circularon desde los primeros días de su desaparición. De todo se dijo. Una diversidad de opiniones que conformaba cualquier gusto. Había quienes decían que andaba reponiéndose en una enfermería militar de la capital, otros afirmaban que, debido a su delicado estado de salud, lo habían abandonado en los archivos de un ayuntamiento para que se entretuviera amontonando papeles; hubo quienes dijeron que era la misma Luz quien lo había reclamado para que la acompañara en sus furtivas apariciones; los más osados, que también los hubo, mantenían que lo habían trasladado al Vaticano para que la curia romana confirmara sus virtudes de santo. La especulación se mantuvo hasta la madrugada del sábado en que uno de los encargados de la intendencia le confesó a Luisa la Guapa lo que en verdad había ocurrido con El Guirre. Dicen que lo hizo para lograr que accediera a sus deshonestas pretensiones. Fue así como nos enteramos de lo que en realidad le había sucedido al desgraciado muchacho. Al día siguiente ya lo sabíamos todos. La noticia cayó como una bomba entre los desesperanzados reclusos de Tefía. La gota que colmaba el vaso del oprobio. El desánimo se extendió como la gripe y la desgana se apoderó de todas las actividades cotidianas. Sólo recuperábamos el ritmo cuando nos amenazaban con patadas y gritos, aunque, al poco, el desaliento era el mismo. No sé las veces que nos obligaron a formar para leernos a gritos la cartilla, pero sí sé lo poco que consiguieron. Pensaban que aquella indiferencia nuestra tenía en realidad sus cabecillas. Una organización subversiva que se había infiltrado con alguno de nosotros y había logrado expandirse entre el resto de los reclusos como si fuera

un cáncer.

Fue así como Don Prudencio de la Casa de Dios inició aquellos interrogatorios. Ni uno solo de los reclusos de la colonia penitenciaria se salvó de sus delirios. Frente a él nos sentíamos como niños pequeños castigados por no se sabe qué falta. Una hora de pie frente a él, que, sentado tras el fúnebre escritorio, nos asaltaba con disparatadas preguntas. Una vez tras otra repetía siempre la misma operación. Diez presos cada día, una hora cada preso. Un mismo cuestionario religioso. Para el segundo turno conocíamos al pie de la letra las dimensiones de sus desvaríos.

"Por la señal de la Santa Cruz…, de nuestros enemigos, líbranos Señor…" repetíamos, temblorosos, ante la inquisitiva mirada del director. Era la primera orden: "Persígnate en voz alta". Menos mal que me tocó el tercero porque los dos primeros, pobres diablos, salieron horrorizados de sus pesquisas. No sabían qué significaba persignarse. Jamás habían oído esa palabra. Y el carmelita no hacía más que repetirla, cabreado, una y otra vez. "¡Que te persignes, coño!", le gritó a Alonso Dávila mientras le propinaba una bofetada. El hombre se echó a llorar allí mismo como un niño. Gimiendo como un animal, y temeroso de un golpe mayor, porque no sabía qué responder. El director comenzó a dar desesperadas vueltas en torno a él, en espera de una respuesta, hasta que al atemorizado hombre se le escapó que no lo podía hacer porque no sabía lo que era. "Serás ateo, carajo", le dijo con ira mientras lo golpeaba. "Se lo juro por Dios, señor director, que yo no sé qué es eso", repetía el otro mientras se protegía de los golpes con las manos. Y, en realidad, Alonso Dávila no

sabía qué era. En su vida había oído esa palabra. Él decía santiguarse, lo que escuchó de chico en misas de domingo y fiestas de guardar. Si lo hubiese entendido, él le habría respondido, aunque de carrerillas, y seguro que con algún olvido. Porque entero, lo que se dice entero, no lo recordaba. Por eso, en misa, se fijaba en lo que hacía el de al lado. Cómo movía las manos, qué salía de sus labios… No se le daban mucho los largos testimonios ni daba su memoria para complejidades de doctrinas. De pequeño le sucedió en las clases de gimnasia. Nunca logró aprenderse esas posturas raras que hacían en el patio con los brazos y las piernas. Copiaba para lograr pasar inadvertido. No siempre lo logró. Y se llevó algún pescozón. Lo salvó de la quema la segunda pregunta. "¿Cuántos dioses hay?", le preguntó el director, con mirada de toro a punto de embestirlo. A la asustada memoria de Alonso Dávila acudió una respuesta de infancia: "No hay más que un solo Dios, engendrado y no creado, de la misma naturaleza que el padre", contestó temeroso, sin siquiera saber lo que decía. Las demás no recordaba cómo las sorteó.

Quince días así. Con aquel carmelita enfebrecido, atormentándonos con sus obsesiones. Un catecismo repetitivo y de fusta que, antes de dormirnos, masticábamos de memoria, en un intento de salvarnos de sus martirios. Fui de los que escapé con dignidad del suplicio. Mi educación religiosa fue mi salvoconducto. Pero la imagen de aquel hombre enloquecido, escrutándonos como si fuésemos auténticos bichos continúa imborrable en mi mente. Apenas dejaba intervalos entre las preguntas y, más de una vez, me interrumpió. Sin duda, intentaba cogerme en un desliz. No le di ese

gusto. Creo que fue la única vez que me sentí junto a él como un igual, aunque su mirada de desprecio no lo consintió. Pero en mi interior yo lo sabía vencido. El recelo de alguien acostumbrado a ejercer el dominio. Esa pírrica victoria es lo único que agradezco a las monjas que me amargaron la vida en el internado de San Antonio. Empapado en sudor, con la cara enrojecida por la furia y unos ojos de inquina, exageradamente aumentados por el cristal de las gafas, daba vueltas constantes entorno a mí, tragando aire como si fuera a asfixiarse. A veces se detenía y hacía unos movimientos de mandíbula que concluían con el sonido seco que producían los huesos al encajarse. El talón de Aquiles de aquel energúmeno. Daba una mezcla de pavor y lástima verlo atormentado por no se sabía qué penas. De pronto, se detuvo frente a mí y, mirándome detenidamente a los ojos, me preguntó: "¿Estás entre los que han armado toda esta martingala?". "No, señor director, yo soy un hombre de fe", le respondí, sin dudarlo. Continuó escrutándome durante unos segundos, como si desconfiara de mi respuesta y, sin más, me dio la espalda y se encaminó hacia su asiento. Fue entonces cuando vi que le sangraban las manos. Me asusté. Estuve a punto de advertírselo, pero la prudencia me lo desaconsejó. No sé lo que hubiera podido ocurrir. Era como si lo hubiese sorprendido desnudo. Con las manos apretadas se mortificaba con pequeñas piedras de picón. Era eso lo que lo hacía sangrar. Comprendí que aquel militante de la fe, era capaz de cualquier tropelía ante la menor contradicción.

Nunca supimos las conclusiones de aquellas absurdas averiguaciones. Después de los interrogatorios todo permaneció igual.

Quizá fuese la inusual lluvia quien templara sus ánimos. Ese año llovió. Todavía lo recuerdo. La lluvia en los desiertos es otra fantasía; otra convocatoria que provoca una danza de animales telúricos. Como si sobre la tierra muda se precipitaran los infinitos acordes de la música. El mismo trueno rompía con una soledad en la llanura que jamás he vuelto a oír. Un estruendoso eco que semeja el lamento de un monstruo herido de muerte. Durante varios días llovió con tal intensidad que no quedó barranco sin correr. Los ocres y rojizos riachuelos que salpicaban el paisaje de Tefía eran el pálpito que, de vez en cuando, mostraba una tierra desolada y baldía. La lluvia también nos liberó de la dura rutina del trabajo. No había quien resistiera aquel manto de agua. La reseca tierra cedía ahora, apenas dabas cuatro pasos, así que tuvimos que permanecer en los barracones. Como pena nos obligaron a dejarlos limpios como una patena. No nos importó. Comparado con el trabajo en la cantera era como un domingo más.

Como la lluvia, la figura de El Guirre se transformó en recuerdo. Una leyenda más que los nuevos que ingresaban en la colonia penitenciaria no terminaban de creer.

26

Tefía, Invierno.

Querida madre:

Un siglo sin caer una gota de agua y aparece la lluvia. Ya nadie la esperaba, se hizo de rogar la remolona. Aunque tardía, llegó, madre. Amaneció un día lindo, de un añil encendido que perfilaba todo y, en un santiamén, se hizo la noche. Un negro nubarrón ensombreció Tefía. Los pardos contornos de sus breves montañas se tornaron grises y un frío seco y cortante enmudeció el paisaje. Tan sólo las palmeras, vigilantes perpetuas de esa indomesticable geografía, se movían en aquel mundo quieto. Más que el presentimiento de la lluvia era un presagio extraño. Una venganza bíblica que transformó el mediodía en mortecina tarde. De repente, las nubes tocaron a rebato y un manto de agua desdibujó el paisaje. Llovía a raudales, con una fuerza telúrica,

como si la naturaleza pretendiera resarcir a la desconsolada tierra de una ausencia ancestral. El agua caía con tal intensidad que, en apenas quince minutos, comenzaron a correr los barrancos. En medio de la tormenta, huimos hacia los barracones en busca de refugio. La tromba nos había sorprendido en plena faena, hasta que nuestros carceleros no vieron que la cosa iba en serio, no nos permitieron abandonar el tajo. Cuando nos dieron la señal de partida ya andábamos calados hasta los huesos. No se imagina, madre, con qué fuerza nos golpeaba la lluvia. Apenas podíamos ver nuestros pasos y, aunque queríamos aligerar la marcha, el barrizal en que se transformó todo nos lo dificultaba. En seguida el olor se hizo presente, era un olor a higueras y a tabaibas, a aulaga y a tierra agradecida por aquella transfusión de sangre. Nadie corría enfadado bajo aquel aguacero. La lluvia, usted lo sabe, es siempre bienvenida, y más en estos campos donde tanto escasea. Por eso, madre, aunque nos empapamos estábamos contentos, una alegría de niños que juegan a mojarse tras salir de la escuela. Parecía que la lluvia, con su magia, nos hubiera abierto una grata ventana del pasado. No sólo la tierra la necesitaba, también para nosotros era un bendición que nos limpiaba el alma. Quizá, madre, nuestro espíritu también lo reclamaba. Quizá nuestro interior también esté impregnado de la misma aridez de este paisaje y, como él, se lamenta por el abandono. Así lo creo yo, madre. Hasta nuestros lamentos se han contagiado del silbido del viento y avanzan junto a él por todo el pedregal de esta llanura. Su sonido, al enredarse en el vientre de púas de la aulaga, es una letanía, madre, como nuestras plegarias a un dios desconocido que nos ha relegado. Dios aquí sólo

existe un rato los domingos y fiestas de guardar, cuando todos los presos, en ropa de faena y en recia fila india, a un metro de distancia para evitar tocarnos, nos dirigimos a Casillas del Ángel a oír la santa misa. Entre aleluyas, parábolas y epístolas transcurre una hora, donde cada uno vaga por un mundo imposible, cazando una ilusión o una tristeza. Es el único rato en el que nadie te interrumpe, un breve pálpito de la libertad perdida. Sólo la alargada sombra de quien todo lo vigila, planea sobre nosotros. El director permanece de pie, en la última fila, espiando nuestros movimientos, anotando entre rezos qué cabeza se atreve a hacer un mal gesto, para, al volver, intimidarnos con sus brutalidades. Él se entretiene así, madre, registrando la vida de los otros. Respirar sin pedirle permiso constituye una ofensa, un agravio. Estoy seguro de que, si pudiera, nos arrancaría el alma, para conservarla en formol, y encerrarla en un frasco de vidrio, y guardarla después en alguna vitrina. Así nos tendría controlados. Lo haría, sin duda, madre. Es un hombre complejo, un perturbado que hace tiempo se divorció del mundo. Tengo la sensación de que nos culpa por continuar vivos, como si nuestra presencia sólo sirviera para hacerle saber que aún sigue aquí, en el valle de lágrimas, entre simples mortales que hieden a pecado, y más entre unos hombres —si es que nos considera como tales—, que para él representan la perdición y el vicio. Justo de lo que él huye como gato del agua. A veces pienso, madre, que este hombre no está bien, que tanto misticismo le ha provocado algún desvarío, una enajenación que lo hace obsesionarse con la moral ajena. ¿Quién sabe si ha hecho la promesa de salvarnos a todos? En lo que a mí me incumbe, madre, sería más feliz si me

olvidara. Creo que no soy el único. Aquí todos lo odian, hasta los mismos presos que intentan camelárselo para arañar sus míseros favores, lo detestan. Son nuestros delatores. Sabemos quiénes son. La injusticia y el hambre son caldos de cultivo de los bajos instintos. No es que los disculpe, porque en verdad no puedo, pero sé que son carne de cañón de estas bestias. No logro comprender cómo alguien delata a su igual, al otro que sufre como él. Hay una perversión en ese acto, una degradación. Si Judas, madre, vendió al hijo de Dios…, ¿qué podemos esperar nosotros? Es terrible pensar que el que se rompe las espaldas picando a tu lado puede ser tu enemigo. ¡Qué mezquindad! Se siente uno inseguro y absurdo. Cualquier valor humano perece en este sitio. Me han roto la alegría, madre. El día que nos veamos tiene que comprender que ya no soy el mismo. Ya no me reconozco. La rabia me ha invadido y mejor no nombrar la desconfianza. Dudo hasta de mi sombra. No creo en el futuro, un ahora egoísta se me ha enquistado dentro y no consigo arrancármelo. Temo que hasta el cariño me lo haya disecado esta mala gente. Porque en Tefía, madre, son taxidermistas, especialistas en vaciarte por dentro, para que, cuando salgas, enseñes tus despojos, el ser violentado y reseco que nadie reconoce.

Una vez más he vuelto a las andadas, discúlpeme madre, se me escapa con demasiada facilidad la tristeza, es otro de mis cambios. Abrazos para todos, dígales que los quiero, que los echo de menos, que estoy bien. La lluvia continúa, escucho su sonido mientras finjo que duermo. Espero que también reverdezca mi alma.

27

No pudo aguantar más, por eso se entregó una madrugada. A sus treinta y dos años, Delfín Reina, llevaba media vida rumiando desconciertos. Era un hombre tranquilo, generoso; jornalero como lo fue su padre y también sus abuelos. “De tal palo, tal astilla”, decía, con el hablar quedo que lo caracterizaba, refiriéndose a su continuidad en el oficio. Parco en palabras, se le escapaba por los ojos la dimensión de su sufrimiento. Tuve la suerte de coincidir con él durante el tiempo en que hice de maestro en la colonia. Cuatro reglas de nada y mucho catecismo fue todo lo que pude enseñarle, y que él me agradeció como a quien le ofrecen agua en el desierto. Fue así como cogió confianza Delfín Reina. Como yo, otro ser derrotado por la vida. Apenas sabía leer y escribir y, sin embargo, tenía el empaque y la ruda elegancia de los que llegan a este mundo destinados a gobernarlo. El aristócrata, lo llamaba yo, sin que él lo supiera y sin ningún tipo de malicia. Hasta la cabeza rapada, que en la mayoría de los presos les daba un aspecto de miseria y hambre, imprimía en él otro aire. Puede que parezca una locura, pero llegué a pensar que era una mala pasada que en su nacimiento le había jugado algún enemigo de la familia. Un cambio de cuna que torció su suerte y enderezó la de otro. Alguien que ahora, probablemente, se sentaría en la cómoda

mesa de un despacho, para poner al día los asuntos pendientes, mientras que él —en verdad el único heredero de esos placeres— se consumía en aquellos pedregales. Poseía una inteligencia nata que las desfavorables circunstancias vividas transformaron en astucia y cautela. Una cautela que en realidad era desconfianza. Pero ninguna de las dos le funcionó a la hora de librarse del tormento. Pobre hombre. Cómo se arrepentía de aquel mal paso. Todavía me pregunto qué fue lo que le inclinó a hacerlo. Ni él mismo lo sabía. "La estupidez, que arrastra a uno a cometer locuras", decía para sí mismo intentando explicarlo. Homosexual, de los que pasan desapercibidos para el resto, desde que descubrió el sexo lo vivió como pecaminoso y clandestino. Me pregunto, quién no lo ha vivido así. Un secreto del que sólo un aullido lo empujaba a salir en busca de otros hombres, enajenados por el mismo aullido. Desesperados y furtivos encuentros sexuales. Una pulsión que cada vez controlaba menos. El asco y el placer cabalgaban con él en cada acto. Ése era su dilema. El mismo que tendrían los otros con los que fornicaba. Algo en lo que él no pensaba. Su problema era suyo. Sentirse vil y sucio y, al final para nada, porque al día siguiente el sexo volvía a arder con la urgencia de siempre. Sólo la confesión lograba aliviar su tormento. Por eso cada tarde de los sábados, Delfín Reina iba a escuchar misa. Antes se confesaba con el cura de siempre, su guía espiritual de cabecera. El primero en oír de sus labios aquellos devaneos de la infancia. A él le contó también su "amistad" con Jacinto y las iniciaciones en las pajas. Con veinte padrenuestro y treinta avemarías, no olvidarse de santiguarse con agua bendita, y dejar de ofender a Dios con un pecado

que, además, llenaba la cara de granos, se saldaba la deuda. También le confesó al padre Javielito su primera fractura con la niñez. Con apenas catorce años había mantenido relaciones sexuales con un hombre. De aquello le quedó un sabor agridulce de saliva y tabaco y un temblar de piernas que, al poco, concluyó en grandes espasmos. Y un deseo que quemaba, sólo eso. No hubo detalles para el viejo cura. Tampoco los pidió don Javielito. Más bien fingió asombro para disimular, quizá, cierta costumbre y también para poder recriminarlo. No había que consentir. Era grande el pecado. Había que estar serio, mostrarse ofendido, incluso, porque Nito —para él era Nito—, era arbolillo tierno que aún podía enderezarse.

—Eso, muchacho, es un pecado grave —dijo ofendido, el cura —. Un pecado muy grave que a Dios le disgusta mucho —insistió—. No vuelvas ni a intentarlo. Imagina que te mueras al poco de cometerlo. Irías derechito al infierno. ¿Tú quieres ir allí…? Imagino que no, porque aquel fuego… Anda, respóndeme, ¿quieres arder en el infierno…? Dime.

Nito dijo no, un no gesticulado, que apenas se escuchaba. El cura lo intuyó.

—Yo sé que eres buen chico, y que esto ha sido sólo una tentación. El Demonio que te hizo tropezar. A nuestro padre Adán también lo tentó. Pero escúchame bien, hay que ser hombre y guardarse para una mujer y formar, algún día, una familia. No vuelvas a caer.

Es el peor pecado con el que Satanás tienta a los hombres —le

sermoneó.

Escuchó arrepentido la larga penitencia de comulgar todos los días durante un mes y medio. Cuarentenas de curas. Sin olvidar los rezos que, ahora, eran diarios y por el mismo tiempo. Pero la penitencia no disipó su culpa. Medio año después el mismo aullido lo transformó en un lobo. De nuevo regresó a la confesión. Al final, don Javielito se acostumbró a sus faltas; Defín Reina, no. Cada golpe de aurícula era un dolor intenso. Una herida sangrante que no cicatrizaba. El paso de un enfermo hacia el abismo. Así lo vivía él. Como un ser desdoblado que apenas se conoce. Un hombre cotidiano, tímido y bondadoso, hasta que emergía el otro con gran virulencia para resquebrajar su mansedumbre. Él lo sentía venir como un latido intenso en el mismo epicentro de sus debilidades. Un calambre que atravesaba todos sus sentidos dejándolos, sin más, a flor de piel; enfrentándolo consigo mismo. Él o el otro, el otro o él. Dos desconocidos que pujaban por dominarlo, y del que sólo uno estaba destinado a vencer. Y él sabía quién era.

El padre Javielito murió una fría tarde de finales de enero, decían que de un mal aire. A despedirlo fueron los que él consoló en los momentos de dolor y pena. El nuevo cura le ofreció una misa con cinco monaguillos ataviados con encajes blancos. Exaltó sus virtudes, su paciencia, su entrega, su amor por su rebaño… Todos oyeron, entre suspiros y lágrimas, las bondades que ellos conocían alabadas por boca de un foráneo. Un día triste y solemne para el barrio.

Don Damián Nazaret, el nuevo cura, era un desconocido. Nadie sabía nada de él, pero un secreto a voces lo tachaba de estricto

y de fanático. Los más osados comentaban bajito que un pueblo entero se le había levantado por no sabían que asuntos. Para sofocar la revuelta, el obispado decidió trasladarlo. Así llegó hasta allí.

Como era su costumbre, Delfín Reina fue a misa de los sábados. Antes se confesó, continuando también con su costumbre. Con pelos y señales relató a don Damián sus caídas y sus debilidades. "Yo sé que es sacrilegio, pero me es imposible controlarlo, padre", le dijo arrepentido. El cura lo escuchó sin hacer comentarios. No estaba habituado Delfín Reina a ese largo silencio. El pobre se agobió. Durante unos segundos sólo se oyeron pasos del deambular de gente por la iglesia.

—¿Terminaste? —le preguntó el cura con sequedad.

—Sí, padre. ¿Me da mi penitencia? —solicitó humilde, Delfín Reina, como quien pide pan para paliar el hambre.

—No puedo perdonarte, hijo. Ese pecado horrendo no puede perdonarse. Yo no te puedo dar la absolución. Tú eres un enfermo y deberías curarte. Eres un serio peligro para el barrio. ¿Se te ha quedado algo en el camino que no me hayas contado? ¿No estarás pervirtiendo a los pequeños? Porque eso es muy propio de gente como tú —le dijo don Damián haciendo gala de su fama de estricto—. Para ti no hay perdón, haz de saberlo. Tú eres una amenaza para esta sociedad. Si te vuelve a ocurrir ve a la Guardia Civil y confiesa tu vicio. Ahí está tu perdón. Es así como lo dicta Dios.

Delfín Reina lo digirió en silencio. No volvió más a la misa de los sábados donde se redimía de sus secretos. Navegaba guiado por sus miedos. Hasta la madrugada en que no pudo soportarlo más y,

siguiendo las órdenes del cura, se fue al cuartelillo de la Guardia Civil a implorar un perdón insatisfecho.

28

Los hijos de Sagrario no sabían nada de esa locura. No es que me avergonzara, pero no habría podido soportar el más leve reproche. Sólo de imaginarlo se me revolvían las tripas. Y más si venía de ellos, esos seres que adoro, mis únicos sobrinos, porque, aunque tengo otros, apenas los conocí. Cinco hermosas criaturas de Eloísa, mi hermana la pequeña. Jamás me perdonó aquella ofensa que hizo a la familia mi detención. Aún sigue sin hacerlo. “Nos destrozaste la vida, maricón, con tus chifladuras de pervertido. Para mí llevas cuatro años muerto, maricón de mierda”, me lanzó apenas puse un pie en el salón de su casa. No me permitió hablar ni me dejó pasar. Soltó su rencorosa perorata y me tiró la puerta a la cara. “No vuelvas a pasar nunca por aquí, cabrón”, me gritó desde dentro. Después oí a su marido que la

recriminaba por lo que había hecho. “Tú no te puedes ni hacer una idea de lo que me hizo pasar ese hijo de puta”, le contestó mi hermana. Luego, un niño llorando. El crío que llevaba mi cuñado en los brazos cuando, desde la puerta, lo vi salir de la cocina. Todavía conservo esa imagen de Alfonso, con sus ojos de asombro, sin osar ofenderme. Permanecí allí un rato, como si aquel mazazo me dejara inconsciente. No sé lo que pensé, pero sentía una pena muy grande y muy profunda. Difícil engarzar palabras para ese daño inmenso. Seguí paralizado. Quizá esperaba que fuera un arrebato y que, pasados unos minutos, abriese la puerta y, mocosa y llorona, se lanzara a mis brazos y me pidiera perdón por lo de antes. Después, me presentaría a su marido y a su hijo. Yo la habría perdonado. No me costaba nada, la quería demasiado. Pero no abrió la puerta ni sollozó en mi hombro. Yo tampoco lloré. Y eso que siempre he sido de lágrima fácil, pero no me salió. Tenía los ojos secos pero el alma hecha añicos. Comprendí en ese instante que Tefía era una afrenta que me seguiría siempre. Daba igual donde fuera. Todo el que lo supiera mostraría su desprecio. Comprendí también que, ante la ofensa, el dolor es distinto según de quién proceda. Y mira que mi madre me lo advirtió cien veces. “Déjalo estar Octavio, que todavía está herida. Hazme caso, cariño, que ya has pasao bastante”. Quería verla y sus advertencias apenas me calaron. “Cuando me vea, se le pasará todo”, le respondía yo, ingenuo. “Que respira veneno desde que ocurrió aquello”, contestaba mi madre. …desde que ocurrió “aquello”, me quedé pensando; aquello eran años de desprecio y ultraje. Un giro en mi existencia de ciento ochenta grados, aquello; era el indefinido con el que lo llamábamos para

ocultar recelos y posibles ofensas; aquello era la losa que taponaba el foso donde yacían desechos del pasado… Aquello, lo innombrable, la receta que utilizaba mi madre para su propio olvido. Pero mi empeño en verla no atendía a razones. Eloísa era la niña de mis ojos y no quería perderla. No iba a permitir que ese daño también se añadiera a mi historia. Otro desgarro, no. "Yo fui quien la eché al mundo y la conozco bien y te aseguro, hijo, que ya no es la misma. No hurgues más la herida", casi me suplicó, en un último intento para que desistiera. No la escuché y me fui hasta su casa, con unos pocos dulces para, al reconciliarnos, endulzar la amargura. Nunca ocurrió. Y al irme dejé la bandeja en el suelo, delante de su puerta. No sé por qué lo hice. Tal vez fueran los nervios. Al parecer, eso la molestó. Pensó que era una burla. Que había ido hasta allí con la finalidad de fastidiarla. Me era imposible comprender que Eloísa creyera eso de mí. Me acerqué a su casa con la mejor de las intenciones. Mi madre y mi hermana Sagrario, eran testigos. Mi padre, como de costumbre, entraba y salía de casa con un mutismo que nunca comprendí. Sabía que lo ocurrido le había supuesto un palo terrible. Era un hombre seco y con un ancla en sus convicciones. No me ignoraba, pero tampoco me permitía estar cómodo. Creo que en su silencio existía un fondo de decepción y recelo. La casa donde fui tan feliz se había transformado en un lugar hostil y, aunque mi madre y Sagrario hacían filigranas por airear la asfixiante atmósfera que respirábamos, cada día que pasaba me confirmaba la necesidad de marcharme. Una prematura fobia a estar solo era lo único que me retenía. Varios años así, con los silencios de mi padre convidándome a irme. Mi madre decía que no

me preocupara, que ya vería cómo se le pasaba. Ambos sabíamos que eso no iba a ocurrir nunca. Por eso, desde que me sentí con fuerzas, arranqué. Me fui a vivir con un par de amigos que me alquilaron una habitación. Me costó adaptarme a mi nueva vida. Cuando lo logré, sentí una paz tremenda. Mi padre continuó igual, aunque su mutismo ya no me hacía el mismo daño.

Roberto y Diego, mis dos compañeros de piso, fueron mis salvadores en esos momentos difíciles. Los conocí en el parque de Santa Catalina la primera vez que me atreví a ir de copas, tras casi cinco años de salir de Tefía. Me los presentó Jorge, un amigo común. Eran dos mariquitas pulcras y serias que trabajaban como camareros en uno de los mejores hoteles para turistas que había en la playa de Las Canteras. Nos caímos bien desde el principio, y, como Diego tenía coche, me invitaron a ir con ellos de excursión a una playa del sur que yo desconocía. Cuando, tras una hora de coche, vislumbré aquel palmeral perdido entre montañas de arena rubia supe que era un extranjero en mi propia isla. Apenas la conocía, pero gracias a ellos la descubrí. Íbamos dos o tres veces al mes a la playa de Maspalomas. Se respiraba una libertad tal que, apenas ponías un pie en ella, creías haber atravesado una frontera. Los turistas se bañaban desnudos y se movían con una libertad que nosotros ni siquiera intuíamos. Desde luego no nos atrevimos a practicar el nudismo. Ni se nos pasó por la cabeza. Podía costarnos cara la osadía. Los extranjeros eran los únicos que tenían carta blanca. No se metían con ellos. Hacían la vista gorda y los dejaban a sus anchas. Eran la nueva fuente de divisas que llegaba a un país que todavía sacudía los harapos de sus miserias. Eran los

intocables. La casta rica que venía del norte a disfrutar de las bondades de nuestro clima. Pero no venían solos, traían con ellos un sin fin de costumbres que, poco a poco, nos fueron contagiando. Esnobismos de seres libres. Llamaba la atención la cantidad de invertidos que exponían sin pudor su condición. Por una milésima parte de lo que ellos hacían fuimos nosotros a parar a Tefía. Habían acotado una parte de la playa que convirtieron en auténticos lugares de encuentro. Daba gusto tenderse sobre la arena de aquella temprana utopía. Cuando caía la tarde, se producía un trasiego de cuerpos hacía el interior de las dunas, para calmar el deseo entre el sopor de palmeras y de tarahales. Aquellos hombres cuya piel desprendía un olor a limón y aceite de coco, eran embajadores de los nuevos tiempos que comenzaban a sacudir Europa. Alguno se enamoraba y arrastraba con uno de nosotros a su prometido paraíso del norte. Al poco volvían encandilados por el par de meses de respirar libertad. Me marcho, decían. Y no regresaban nunca más.

Intenté que mis sobrinos jamás supieran nada. No quería que el pasado pudiese emborronar nuestros afectos. Hoy sé que fue un error. No siempre hacemos las cosas bien. Temía que su incomprensión alimentara los desprecios. Necesitaba querer y ser querido sin esa mácula que había desfigurado mi pasado. Como esos padres que ocultan a sus hijos adoptados sus verdaderos orígenes, por un absurdo temor a que la verdad desmorone todos sus años de dedicación y amor. “Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio”, dice Joan Manuel Serrat en una canción. Hice mía esa frase desde que la oí. Ahora sé que todos mis sobrinos sabían desde hacía

tiempo lo ocurrido. Sin embargo, eso no los distanció, al contrario, los unió más a mí. Una loable labor de mi cuñado Alfonso que, a pesar de los desprecios de mi hermana, rompió una lanza por mí. Es curioso lo sana que puede ser la verdad cuando llega desde la comprensión. Para Eloísa, en cambio, seguí siendo un despojo que ella había expulsado de su vida. Fue duro comprenderlo. Hoy ya estoy habituado a su ignorancia.

29

Nunca ha sido de obra, todo es de pensamiento. Él lo sabe, como sabe también de mi sufrimiento, cada vez que el maligno me pone en ese trance. Un deseo que me muerde las entrañas igual que un perro, que escuece como herida aún abierta. Él lo sabe. Como sabe de mi fuerza ante las tempestades de la carne. Jamás he sucumbido a su llamada ni se ha doblegado mi célibe conducta. Pero en los océanos de mi

interior sí que he oído mil veces cantar a las indecorosas sirenas. Un canto delicado y dulce con el que te adormecen para que cedas a sus pretensiones. He estado a punto, pero he resistido. ¿Qué habría sido de mí de haber cedido a sus lúbricos fines? Probablemente sería uno más de estos débiles hombres castigados aquí. Una alimaña más. Como esos guirres que merodean por los aires en busca de carroña. Ahí, en las alturas, quietos, siempre a la misma hora del mediodía, como una mancha negra en el añil del cielo. Él es mi auxilio y mi fuerza. Y en el último instante siempre logra salvar a este ser mísero y confundido que es su hijo. Sé que esta prueba es la piedra que ha puesto en mi camino. Desde niño lo sé. Y desde niño batallé con ahínco contra las tentaciones. Aún recuerdo escenas donde el Demonio, disfrazado de amigo, me incitaba a seguirle. Vacilé muchas veces en la cuerda tendida entre el Mal y el Bien. Nunca caí. Aquel duro tormento me atrapaba en los sueños. Sólo ahí cedí. Jamás en la vigilia, Él lo sabe. No es fácil resistirse a la tibieza de un cuerpo ni a la mirada del ángel que te invita al placer. El cuerpo es tea que prende en esa llama. Sólo en sueños he ardido. Y entré en los laberintos que bestializan al hombre, una caverna oscura y angosta. En la ceguera tocas formas extrañas, cuerpos insomnes que se convulsionan al tacto. Era imposible sustraerse a sus redes. Aunque el niño que fui pasó la prueba y se entregó al Señor. Mi única esperanza. Oasis en el desierto de mi vida. Sólo por Él lo he hecho el Ser en quien confió. El único que no me ha defraudado, mi alimento del alma.

¿Por qué a mí? Llevó toda la vida preguntándomelo. ¿Por qué entre los pecados capitales me tocó sufrir éste? Esta lucha

conmigo mismo que me ha hecho tanto daño. ¿Qué sino hubo en mi vida para merecer este castigo? Es duda que me reconcome. Sé bien que nunca habrá respuestas. Designios del Señor. Me dio el tormento pero también la fuerza. Debo darle las gracias. Se cuentan por millares los hombres extraviados. No es que me queje, no. Sólo pretendo comprender. Conocer el por qué me otorgaría entereza y me restaría peso. Esa carga que arrastro como sombra de mármol. Cien pasos para mí son mil de cualquier otro. Mas no me he amedrentado. Continúo mi camino cargando con mi pena. Confiando en que despierte mi propio Cancerbero. Su bravura atemorizaba a esos seres libidinosos que, con tanta facilidad, me atormentan, aprovechan los momentos de duda para hacerse conmigo. En la duda soy débil. Quizá sea ese mi sino. Los sentía ocupar mis pensamientos hasta apoderarse de ellos. Entonces era otro. Un bastardo cualquiera. Un ser desconocido cuya voluntad no controlo. Alguien al borde de un precipicio. Pero, al final, mi perro despierta y se abalanza contra mis enemigos. No soy yo si no él quien los espanta. Basta con un par de ladridos y mostrar sus potentes mandíbulas para que se esfumen. Después viene el silencio.

Jamás sabré si el dolor posterior es rabia o alegría. En mis dudas, a veces, me planteo qué he conseguido. ¿Para qué tanta lucha? No es sencillo encontrar una respuesta. Al menos para mí. Toda respuesta a mis interrogantes siempre ha sido el refugio. Por eso me he refugiado en Él. Mi único asidero. Ante Él me confieso, para que me libere de este cáliz. Ante Él se despliegan las alas de mi alma en aras de encontrar la sosegada paz que tanto anhelo. La paz que nunca tuve porque todo mi ser ha sido presa del terrible infortunio del deseo. Ha

sido para mí como una sombra, el maldito. Conmigo a todas horas, siguiéndome los pasos, acompañándome hasta el más inhóspito de los rincones. Sombra al amanecer, tibia ansia temprana, humedecidas todavía las formas; sombra al mediodía, adherida a la tibieza del cuerpo hasta desaparecer en él; sombra al atardecer, lobo que aúlla hasta el alba. Siempre ha sido así. ¿Comprendes mi tormento, Jesús mío? Tapono mis oídos con mis manos, mientras mi voz, a gritos, te canta alabanzas, pero ni aún así he resistido. Todo era en vano. La fuerza de su aullido erizaba mi piel y hacía que me ardieran las pupilas. Después venía un desgarro sin ningún epicentro conocido, y ya estaba perdido. Cuando el deseo vencía me perdía en el silencio, mi asidero ante las tempestades, y, en las confusas sombras de la noche, oía sus latidos. Tú lo sabías, ¿verdad? Sabías que me engañaba con pueriles disculpas; sabías que en ese pulso siempre era el derrotado, que era sólo un degradado quijote. Ante la tentación, la condición de hombre es agua entre las manos. Lo sabías. Sin embargo, hasta mi último aliento de vida lo emplearía en esa inútil batalla. Quizá sea la voluntad lo que me salva, Jesús mío. La voluntad de hierro que Tú me has otorgado en recompensa a la fe ciega de este siervo tuyo. Agradezco esa arma como la seca tierra agradece la lluvia. ¿Qué sería yo sin ella? No quiero ni pensarlo. La entereza es la estrella que ha guiado mi rumbo. Pero estoy cansado. Mis espaldas no pueden ya con tanto peso. Soy también un ser débil, un náufrago del alma que se postra ante Ti, implorando que rompas las cadenas. Poder andar después de estar reptando. Es lo que ansío. Me harías tan feliz. Socórreme, Señor; envíame otro mal, pero alíviame ése. Me ha

gangrenado el alma, temo que la devore y perder para siempre la Luz de tu camino. No me abandones más en las tinieblas, esa ciénaga extraña de mí mismo. Sé justo por una vez conmigo. También me lo merezco. Mi vida entera te la he dedicado y, con escudo y la lanza, te he defendido. Nadie ha osado ante mí nombrar tu nombre en vano, he estado vigilante para que no ocurriera. No he dado un solo paso sin consultarte nunca. ¿Qué más quieres de mí? ¿No es suficiente ya? ¿No te bastan las pruebas que te he dado? ¿Qué ofensa cometí? Déjame levar anclas y llévame contigo. Perdón, perdón… Dios mío. Perdona la soberbia de este fiel siervo tuyo. ¿Cómo he osado ofender al Ser que más adoro? ¿Qué locuras me tienen enredado? Ayúdame, Señor, te lo suplico. Sácame de este fango.

30

Marlene lloraba como una descosida mientras me lo contaba. Habían pasado más de veinte años y, todavía, le era imposible controlar las lágrimas. “Perdóname, cariño, balbuceaba, pero es de las pocas cosas que me pueden; eso y los hombres, las únicas por las que todavía lloro”, decía mientras se sonaba con un pequeño pañuelo con sus iniciales, bordado por ella. Yo continuaba en silencio, a la espera de que se serenara. Cuando tenía dos copas le era inevitable sacar aquella espina. Casi emergía solo el viejo resquemor. Apenas comenzaba se le escapaba el sapo de la rabia. Con ningún otro tema se ponía tan furiosa. Quizá fuera lo único que, en verdad, le rompía la alegría. Yo la dejaba hablar. Sabía que le hacía bien. Después salíamos juntos a completar la noche entre los brazos de algún hombre. “El mejor desahogo para los infortunios”, decía sonriente. La historia de Marlene era similar a la de la mayoría de nosotros. Había llegado a Tefía tan sólo por su condición de invertido. En eso era uno más, pero algo macabro hacía su historia diferente. Su madre, ama de llaves de una familia rica de la ciudad, fue de las pocas que movió cielo y tierra para sacar a su hijo de allí. Su único hijo, de apenas dieciocho años,

que le habían arrancado de las manos sin haber hecho nada. No hubo puerta que aquella loba herida no tocara. Habló con el alcalde y un alto funcionario de la policía; le rogó a un gran empresario de la industria hotelera; le escribió al director de la colonia y nunca obtuvo respuesta; le imploró a un comandante de la guardia civil, pariente de una amiga; le suplicó al obispo para que interviniera…, en todos encontró la misma indiferencia, un lavarse las manos y endosar el asunto "a alguien que pudiera, en verdad, ayudarla". Iba desesperada, con el alma en un puño. "Lo lamento, señora, entiendo su problema, pero comprenda usted que su hijo es maricón y, por tanto, un peligro. Estará mejor allí, se lo prometo, ya verá cuando vuelva hecho todo un machote. Nos lo va a agradecer, se lo aseguro". "Pero si no ha hecho nada, se lo juro por Dios, mi niño es incapaz de matar a una mosca. Y se lo han llevado como si fuera un asesino. Haga algo, por Dios, que se me muere allí, que yo me lo conozco, que es muy delicadito y por nada se enferma. Que se me va a morir, por Dios, se lo suplico, ayúdeme señor, que al menos me lo traigan para acá y poder ir a verlo". Pero no hubo respuesta ni nadie la ayudó. La tomaban por loca e incluso se burlaban de la Juana de Arco que quería liberar a aquel peligro público. Hubo hasta quien le dijo, poniéndose de ejemplo, que prefería ver muerto a uno de sus hijos que saberlo invertido. No tienen corazón, pensaba de esa gente, pero no se achicó. Continuó batallando por sacar sus entrañas de aquella ratonera. "Si Dios me lo hizo así, ¿qué le puedo hacer yo? Usted es padre también y un hijo es por lo único que una da la vida. Por Dios, no tengo otro". Una eternidad así, con aquel cáncer comiéndola por dentro. Desolada por tanta

incomprensión, decidió quemar su último cartucho. Imploró al mismo Dios para evitar hacerlo, pero no hubo remedio. No quería mezclar a su señora, doña Blanquita Rosa, en aquel descalabro de su vida privada. Sentía mucho pudor. Al fin y al cabo, ése era su trabajo. Su fuente de sustento y por nada del mundo la hubiera molestado, pero un hijo es un hijo. Son palabras mayores. Casi treinta años trabajando para la familia. Entró todavía niña, con la madre de ella. Una ilustre señora de piel como la seda y una elegancia extrema. Cuando doña Blanquita Rosa se casó, se la llevó con ella. “Mi regalo de boda”, pidió a su madre. “Te llevas la mejor”, comentan que le dijo. Y se marchó con la recién casada y su guapo marido, un famoso abogado, presidente de algo dentro de La Falange, que amplió el patrimonio de la rica familia. Casi un cuarto de siglo masticando en silencio lo que allí se cocía. “Lo que se diga o se haga entre estas paredes quiero que aquí se quede, ¿me comprende, Manuela?”, le advirtió la señora, apenas comenzó a trabajar para la nueva casa. “Descuide usted, señora, que yo en estos asuntos soy una tumba”. “Por su bien, eso espero”, respondió la señora. Sólo Dios y ella misma sabían cuánto le costaba implorar el favor de aquella gente. No eran malos con ella, pero sí distantes. Gente acostumbrada a los caprichos, consideraba. En todos esos años jamás les había pedido nada, aunque vivió momentos de verdaderos apuros. Aplicaba su máxima para los tiempos malos: “Dios aprieta, pero no ahoga”. Esas cinco palabras le daban fortaleza. Ni ella misma sabía de dónde le venía la fuerza. Mujeres con arrestos que se crecían en las adversidades. Lo pensó cien mil veces antes de dar el paso. Temía por lo que pudiera suceder. Que sea lo que Dios

quiera.

—Doña Blanquita Rosa, cuando tenga un momento me gustaría hablar con usted —le dijo a su señora en la cocina.

—Ahora mismo, Manuela. ¿De qué se trata, dígame? ¿Acaso está usted enferma? Últimamente la noto demacrada… —responde la señora.

—Usted sabe, señora, que llevo con usted casi veinte años, sin contar otros diez que trabajé para su madre, que en gloria esté. Y que en todo ese tiempo jamás y nunca le he pedido un favor —se disculpa Manuela, buscando el beneplácito de su fina señora.

—Claro que sí, Manuela, pero vaya usted al grano, que tenemos confianza —la apura la señora.

Llevaba su discurso preparado. Hasta lo había ensayado delante del espejo. Se lo jugaba todo en esa carta. Debía meditar cada palabra. Su niño estaba preso y quería rescatarlo del infierno. Por eso, la señora, con aquella respuesta, precipitó su vértigo.

—¿Está usted bien, Manuela? Me tiene preocupada —comenta la señora al verla tan pálida.

—Sí, sí, me encuentro bien, pero es mi hijo, el único que tengo el que se encuentra mal. Es por eso, señora, que me dirijo a usted, para que me ayude. Que el marido de usted conoce a mucha gente importante —decía de carretilla, saltándose el libreto que ensayó ante el espejo—, y si usted lo convence, podría echarme una mano para que me liberen a mi niño, que me lo tienen metido preso. Allá en Fuerteventura. El pobre no ha hecho nada, se lo juro por Dios, doña Blanquita Rosa. Si es un alma de Dios, un pedazo de pan, se lo

juro, señora. Sólo que Dios me lo ha hecho así, tan delicado…, usted me comprende, con ese corazón… que yo sabía que se lo romperían un día… No es porque sea su madre, pero es un tesoro… Mimoso, consentido… todo lo que usted quiera, pero un buen niño, doña Blanquita Rosa… Hable con su marido, señora, que él conoce a gente importante y, si usted lo convence, quizá podría ayudarme. Que usted también es madre, doña Blanquita Rosa, y puede comprender cómo duele tener a un hijo en la cárcel. Sin haber hecho nada, sólo por ser así, como es él, distinto, como me lo hizo Dios… Se lo ruego señora hable con su marido…

Doña Blanquita Rosa se quedó pensativa, recomponiendo el puzzle que le contó Manuela. Que está preso, eso es claro y, al parecer, sin haber cometido delito alguno. Mimoso, delicado, distinto… como Dios se lo hizo… Algo no le encajaba. ¿Por qué diablos, entonces, lo habrían detenido? ¿Se habrán equivocado…? De todas formas, hablaré con Higinio, por si puede hacer algo por esa pobre gente. Él ya me lo ha advertido: ”No permitas que nadie te utilice para llegar a mí. Que hay mucho sinvergüenza disfrazado”. “Claro que no, querido”, le decía ella, sumisa, acostumbrada desde la cuna al mando. Pero hablaría con él porque era Manuela quien lo necesitaba. ¿Cómo no iba a ayudarla? Además, a la pobre se la veía sufriendo. Toda una vida juntas; por supuesto, que le echaría una mano.

Cuando llegó su esposo cansado del trabajo, doña Blanquita Rosa lo esperaba para comunicárselo.

—¿Qué tal, cómo te ha ido? —le preguntó.

—Sabes que no me gusta hablar de mi trabajo. Como todos los días —dijo, por decir algo.

—Quiero pedirte un favor. Escúchame primero, no vayas a negarte de antemano —le pidió.

—Dime, ¿de qué se trata? —disimuló el marido.

Conocía al milímetro cada uno de los pasos de Manuela por sacar a su hijo de Tefía. Sólo faltaba éste que, por lo visto, acababa de dar. Sabía que ocurriría. Era cuestión de tiempo. Nunca le dijo nada a su esposa. ¿Para qué preocuparla? Ya llegaría el momento de informarla.

—Es Manuela, la pobre, que tiene a su hijo preso. Es su único hijo. Imagínate cómo lo debe de estar pasando. Es de la misma edad que nuestro Alfonso, se me eriza la piel tan sólo de pensarlo —con la señal de la cruz espantó aquel augurio—. Dice que no hizo nada, que es un alma de Dios…

—Para, para, no sigas. Ya veo por dónde vas… —le dijo, interrumpiéndola, el marido—. ¿Te contó la verdad de por qué lo habían detenido?

—Si el pobre muchacho no ha hecho nada. Eso dice ella al menos —respondió reflexiva.

—Pues sí que hay un motivo. ¿Quieres saber por qué? —la interrogó el esposo.

—¿Tú sabes el por qué? Ya veo que en esta casa soy el último mono —le dijo ella, ofendida.

—No te pongas así, no quise preocuparte.

—A ver, dime, abogado. Cuéntele lo que sabe a esta pobre

tonta —dijo ella mimosa.

—Su hijo es maricón. Lo cogieron en un cine manoseándose con no sé qué individuo, otro de su calaña. Un peligro, cariño, por eso está en la cárcel. Ves como había un motivo. Comprendo que Manuela no te lo haya contado. Le habrá dado vergüenza. Y es que no es para menos…

—Qué bochorno, por Dios. Que desgracia, la pobre, tener un hijo así —comentó.

—Ves como había un motivo —recalcó su marido.

—Que desastre, por Dios, pobre Manuela; madre de un pervertido… —decía la señora sin salir de su asombro.

De pronto, recordó que había quedado en darle una respuesta al día siguiente.

—Habla con ella tú, por favor. Yo no sé si podría decírselo mirándola a la cara —le rogó a su marido—. Mira que pretender engañarme con que no había hecho nada —añadió.

—No te preocupes que mañana mismo soluciono este asunto.

Al día siguiente, doña Blanquita Rosa se pasó todo el día en casa de unas primas, a las que puso al tanto de tan desagradable anécdota. Fue el tema principal de la conversación hasta la sobremesa.

Cuando llegó Manuela, don Higinio la esperaba.

—Manuela, por favor, quiero hablar con usted —le dijo con voz grave.

—Usted dirá, señor —le dijo esperanzada.

—Sobre el asunto que usted trató con la señora ayer, quiero que sepa que no hay nada qué hacer —le comentó sin más dilaciones.

—¿Por qué…? Si no ha hecho nada. Se lo juro, señor —se le escapó a Manuela de la rabia.

—Manuela, por favor…

—Dígame, usted, ¿qué ha hecho? —le preguntó llorosa.

—Usted lo sabe bien. Su hijo es maricón —le respondió don Higinio.

—¿Y eso hace daño a alguien? ¿No me lo hizo así Dios? Si es más bueno que el pan —dijo furiosa.

—Algo habrá hecho, ¿no? —le dijo desafiante.

Manuela no respondió. Se marchó cabizbaja con su desolación a la cocina, donde se desmayó. No levantó cabeza nunca más. La pena le roía el corazón y la fue devorando poco a poco, hasta dejarla quieta en una cama, varada en los recuerdos de su horror. Siete meses así, hasta que un veinticuatro de noviembre se murió. Marlene no volvió a verla viva. Ése era su dolor, el que no perdonaba. Supo la historia porque se la contó su tía Milagros. “Pero, ¿sabes la burla de la vida? —decía con desprecio como si fuera la primera vez que me lo contaba—, que el marido de doña Blanquita Rosa también era maricón”.

Tefía,

Primavera.

Querida madre:

Dentro de un par de meses me dan la libertad. Sólo lo sabe usted. Temo que el anunciarlo pueda torcer mi suerte —no lo permita Dios —, por eso es un secreto entre nosotros dos. No se lo diga a padre ni a las niñas, deje que los sorprenda. La libertad, madre, ¿comprende lo que digo? Si viera cómo ansío dejar este suplicio. El día que me marche no miraré hacia atrás, ya lo tengo pensado, no quiero convertir mis sufrimientos en estatua de sal. No me llevaré nada de este lugar inmundo. Me iré conmigo a solas, sin volver la cabeza, como quien se despierta de un mal sueño, la eterna pesadilla de Tefía. Si supiera las ganas que tengo de abrazarla, de sentir su ternura e impregnarme de nuevo de su olor. Ese olor a lavanda y a fruta que tanto me persigue desde que estoy aquí. El recuerdo es así, evocador. La nostalgia también se pierde en los almizcles de la vida. Cuando uno está encerrado se opera en su interior una metamorfosis y las cosas pequeñas, cotidianas, se sobredimensionan. El más nimio detalle se transforma en montaña, y lo que fue epicentro se constituye en confusión, sumergido en las brumas de lo que ya creemos secundario. No tienes que hacer nada para que eso te ocurra, viene solo, es una parte más de este confinamiento. Ahora lo comprendo, pero no ha

sido fácil entenderlo. La cabeza en Tefía está siempre en Babia y se filtran muchas añoranzas y demasiados miedos. Al principio de mi ingreso en el Campo la memoria eran imágenes de todo lo vivido, una sucesión incontrolada de fotogramas, inmóviles daguerrotipos que al final se desvanecían; después siguió una amnesia que distorsionaba las nostalgias, duele no recordar el rostro de tus seres queridos, el temer tropezártelos y no reconocerlos; al final, el olor se hizo dueño de todos los recuerdos, secuestrados por la tiranía de su alquimia; así, el olor a lluvia eran tardes tras salir de la escuela, o pan con aceite en la merienda; el barrunto del mar era un domingo de castillos de arena a orillas en la playa, y membrillos flotando en el añil del agua, y el juego del clavo, y sudorosos cuerpos de unos hombres que me despertaron al amor; la fragancia de los jaboncillos eran las tibias sábanas, meticulosamente dobladas dentro del armario, y largas sobremesas de café… Cada historia tenía su propio olor, una exhalación que la singularizaba. Sin duda, el olor me atrapó en su torbellino.

Últimamente, madre, los días son más largos. Ya andaba yo advertido por otros que se han ido, pero nadie escarmienta en cabeza ajena, como suele decirse. No soy una excepción, lo reconozco, y el paso de los días se me ha vuelto más lento y temeroso. Un día menos, me digo, una vez superada su agonía. El miedo se ha adueñado de mis actos, temo meter la pata a cada instante o que a uno de los funcionarios le dé por cogerla conmigo, o que algún compañero, envidioso por mi próxima libertad, me tienda alguna trampa. Temo también que todo sea un engaño y haberme hecho falsas ilusiones —

no podría soportarlo—. El miedo me ha parasitado más que nunca y los nervios han descompuesto mi delicado estómago. Tan sólo la esperanza mantiene mi entereza, pero tampoco debo entregarme a sus alas. También le temo a ella, a que me haga confiarme demasiado y me deje tirado de buenas a primeras. En verdad, madre, no sé adónde agarrarme. Ya he quemado mis manos en mucho clavo ardiendo, si las vuelvo hacia arriba es fácil encontrar las cicatrices. Es demasiado el daño. Debo de tenerlo en cuenta, porque si me defrauda no sé si volvería a levantarme. Estoy cansado, madre; no es físico el cansancio, a ése ya estoy acostumbrado. Es un agotamiento espiritual que me produce enorme desaliento, como si presintiera que ni la añorada libertad logrará romper los muros que ha levantado tanta soledad. Siento temor por todo, madre; temor de estar aquí, de que este maldito director no me conceda la libertad nunca; temor de no saber qué es lo que voy a hacer cuando salga a la calle; temor de que en cualquier momento algún perro de presa se tropiece conmigo y me arrastre de nuevo a este destierro; temor a reencontrarme con padre y con usted, y a que me censuren por lo sucedido; temor a que el amor y los afectos se hayan desvanecido… Son todos miedos nuevos, yo nos lo tenía antes, son monstruos de Tefía, que sé que irán conmigo el día en que me marche. No soy el mismo, madre. Soy un hombre distinto que apenas se conoce, alguien raro y distante. Me he vuelto receloso, desconfiado, la más pequeña duda despierta mi alarma. Quiero que usted lo sepa, para que me comprenda y sea paciente…

Al final siempre acabo contando cosas tristes en estas cartas. Intento lo contrario, pero me brotan así. Después me recrimino por

decirle estas cosas: ¿Pretendes apenarla? ¿No es bastante dolor tener un hijo preso? Perdóneme usted, madre. No la atormento más. Espero verla pronto. Abrácelos a todos de mi parte.

Salieron del bar El Gallo sobre las dos de la madrugada. La euforia que el alcohol les había inyectado en las venas dejaba entrever con claridad que no se trababa de una retirada, si no que, más bien, a partir de ese momento, comenzaba la juerga. Les costó desembarazarse de los gorrones que se habían agrupado en torno a ellos. Un par de fulanas y un maricón viejo encallaron allí, aprovechándose de las continuas invitaciones del enardecido médico. Reían y bromeaban como si no ocurriera nada, pero a los acompañantes del médico no les hacía ninguna gracia la irrupción de aquellos individuos en su fiesta particular. Se notaba en la negativa a seguirles la broma, en el volverse para hablar con el de al lado, haciendo caso omiso de los jactanciosos comentarios de los recién incorporados, en el "hasta aquí has llegado" que los gorrones del médico tejían en torno a él, sin que el mismo se percatara. Y se notaba, sobre todo, en los cariñosos intentos del Dandi por arrancar a su amante de las garras de aquella chusma. Había algo de celos y de desprecio a los otros en sus lascivas muestras de afecto. Pero no reaccionaba. Como si la ebriedad le hubiera anulado el discernimiento, continuaba con el inoportuno juego. Un juego en el que él era el centro y los demás las comparsas pagadas para su entretenimiento; los degradados bufones de un rey borracho y perverso que abandona, por unas horas, los lujos de la corte para rebajarse con la plebe. Estoy convencido de que el médico era consciente de lo que sucedía a su alrededor, y que su beneplácito era sólo una manifestación de su indiferencia. La indiferencia de hacerles

creer que estaban en su propia casa, para, al final, sentir el placer de dejarlos tirados a sus puertas como a mendigos. Había algo de sadismo en la actitud del médico. O, quizá, yo así quise creerlo. Me era imposible comprender que los chulos que él alimentaba rechazaran más que él mismo a aquella morralla. Hubo un momento en el que estuvimos a punto de intervenir, pero la cosa no llegó a más. La puta que un rato antes había estado jugando al billar y que ahora andaba con ellos, se pegó a las espaldas del Doctor para insinuarle algo. El Dandi, que llevaba tiempo al acecho, la separó tirándole de un brazo. El médico ni se inmutó. La fulana se volvió hacia él y le hizo cara, pero el camarero se interpuso y, con disimulo, se la llevó hasta una esquina de la barra donde la invitó a una copa. Rencorosa se volvía de vez en cuando y lo miraba desafiante, pero éste ya andaba en lo suyo. El médico, que seguía de pie, se recostó en su querido, que lo apretaba entre sus piernas.

Vicente Palomero fue el primero en abandonar el bar El Gallo. A unos pasos de él iba Domingo Navarro. Dentro, el Dandi esperaba a que el médico saliera del retrete. Los que aguardaban fuera se cogieron por los hombros y, un par de veces, miraron hacia dentro metiendo la cabeza entre las brillantes tiras de la cortina de cuentas. El Dandi, con las manos, les rogaba paciencia. Antes de salir el médico se acercó al inspector que se hallaba en la barra y le pidió fuego. “Te conozco, ¿verdad?”, le dijo tras encender el cigarrillo. “No creo, pero seguro que en breve nos conoceremos”, le auguró el inspector. Sin comprender el alcance del comentario, el médico sonrió. El Dandi, celoso, lo recriminó por su actuación, pero él no le hizo caso y se le

adelantó en la salida. Ya en la puerta riñeron, pero enseguida se dieron un abrazo y, acto seguido, se dirigieron, enlazados, calle arriba. Antes de llegar a la esquina se sumaron los otros dos. El Dandi manoseaba los culos, de su amante, a su izquierda, y del tal Vicente, que lo sujetaba por las caderas. De pronto, el médico, se zafó del grupo, se plantó delante de su querido y lo besó en la boca. Los otros aplaudieron. Continuaron su rumbo con el mismo jugueteo hasta que entraron en un solar abandonado. Todos menos el médico, que cruzó la calle y se metió en otro garito. Apresuramos la marcha para cogerlos por sorpresa. Y así fue. Meaban juntos en medio del terrero y, El Dandi, en el centro, alternaba sus manos para tocar los genitales de los otros dos que, risueños, amenazaban con mearle. Estoy seguro de que, de no haber llegado a tiempo, hubieran terminado por realizar allí sus depravados actos. Fue entonces cuando interrumpimos la orgía y les dimos el alto. Dos se paralizaron, menos El Dandi que echó a correr. Antes de disparar el inspector Rodríguez volvió a darle el alto, pero El Dandi continuó corriendo hasta que desapareció. No sabíamos si estaba herido, pero el cabrón se nos escapó. No lo perseguimos, para qué. Sabíamos que era cuestión de horas detenerlo en su casa. El estruendo provocado por el disparo hizo que saliera la gentuza que había en el garito en el que había entrado el médico. La amenaza de hacer lo mismo con ellos, tras detenerlos, los hizo entrar de nuevo.

El médico fue el único que rompió el silencio en el trayecto hasta la Comisaría. Como si el susto por la detención le disipara la ebriedad, afirmaba una y otra vez que estábamos confundidos, porque ellos no habían hecho nada. Como si no hubiésemos estado un par de

horas viéndolos magrearse en el bar Gallo, se empeñaba en decir que venían de celebrar un cumpleaños. Sólo eso. Que lo de mear en el solar se debía a que salieron cargados de alcohol y necesitaban evacuar imperiosamente. Que reconocía que aquello no estaba bien, pero que lo habían hecho a oscuras en aquel solar abandonado. Que a pesar de que a esa hora de la madrugada no había nadie en la calle, habían tenido la cautela de hacerlo en el solar. Que él no era un cualquiera, que era médico. Que llevaba tres años ejerciendo en un hospital de la ciudad. Que podía demostrarlo con sólo una llamada desde comisaría. Que enseguida veríamos que todo era un error. Que él era un hombre serio y de buena familia. Que, por favor, señores, que, por Dios, se lo ruego… "¡Cállate, maricón!", le gritó el inspector Rodríguez, volviéndose hacia él desde el asiento delantero del coche. "Acaso te piensas que somos tontos, depravado de mierda. Llevamos horas vigilándote… a ti y a tus chulitos, cabrón. Y al otro, el que cumplía años… El que cree que se nos escapó. El de blanco. Tu queridito, ¿no…? Tan pulcro él vestido… Ese que te la mete por el culo, ¿no? Te gusta, ¿verdad…? Seguro que la tiene bastante larga y te tiene enganchado como a una perra… ¿A quién crees que vas a engañar, sarasa de mierda? Esos gustitos tuyos te van a salir muy caros. Eso te lo prometo yo. Verás, maricón, como en menos de tres meses estás en Tefía, en Fuerteventura. ¿No lo conoces…? Qué pena. Allí, a purgar las penas con los de tu calaña. Y los otros también, por pervertidos, porque son todos una panda de maricones".

Aturdido, como quien se acaba de despertar de un sofocante sueño, el médico escuchaba en silencio las hirientes palabras del

policía. En el vértigo del miedo, sintió que su vida se desmoronaba en ese instante, que en apenas nada había pasado de ser alguien respetable a ser el delincuente más abyecto con el que te tropiezas en la calle. Sin saber por qué, pensó en los enfermos que había visto morir y no pudo evitar comparar la situación que ahora vivía con ese tenue paso que separa la vida de la muerte. Las duras palabras del inspector lo arrinconaron contra las paredes de su propia historia, enfrentando al hombre educado, serio y formal, al doctor experimentado, número uno de su promoción, al hijo adorado por su familia, con ese otro que, esposado, viajaba hacia la comisaría en el coche. El otro emergía con el deseo, un hambre incontrolable que le provocaba una profunda desazón; una punzada en el vientre que hacía que sus buenas costumbres fueran pasto de las llamas transformándolo en alguien desconocido; alguien convaleciente y extraño que, en la adolescencia, había escrito enajenadas frases en el único refugio de su diario. Secretas y olvidadas frases que el miedo sacaba ahora a flote. Escritos de juventud que jamás había vuelto a leer. Desesperado misticismo donde creyó —en la etapa más vulnerable de su existencia — encontrar consuelo. Pero no lo halló. Tampoco se rebeló. Comenzó, sin pretenderlo, a llevar una doble vida. Le fue fácil. Estaba acostumbrado a la mentira. De pronto, comprendió que esa mentira lo había presidido todo. Su etapa como interno en el colegio, donde fue uno de los preferidos de los curas. Las largas confesiones con el padre Anselmo, donde supo de placeres ocultos. Todavía recurría para masturbarse a aquella imagen en la que sentía su fría mano calentarse en la bragueta del cura. La sensación del enigmático bulto que se

endurecía con sólo tocarlo; la cabeza reclinada del cura; la respiración entrecortada; la prisa. La visión de su mano moviéndose con torpeza en el hueco abierto de la sotana. Y aquel golpe de aurícula en el agitado silencio. Y el susurro de un "sigueee…" Y, de pronto, una manos fuertes y poderosas que atrapan su cabeza y la empujan con fuerza hasta ese músculo ardiente que escocía sus labios, y que chupaba con una mezcla de placer y asco. Después, ese olor lúbrico y vergonzante que duraba hasta el amanecer. "Morirás en pecado, si te atreves a comentárselo a alguien", le advertía el padre Anselmo. Prefería esa sentencia a la del otro que le pedía perdón. Un perdón no sentido, dirigido hacia un dios que lo había abandonado. Los mismos curas que en la visita de los domingos censuraban sus despistes o alababan de sus progresos delante de sus padres. Fingidas manos suaves, de lentos movimientos, que lo recriminaban o exaltaban con leves toqueteos en su cabeza. Él quiso un día decirlo, pero no se atrevió, porque un minuto antes la casualidad le hizo conocer la opinión de su madre: "prefiero un hijo muerto a verlo maricón", dijo ante un par de amigas. "No podría soportarlo", sentenció. Sin saber que esa frase sumía a su primogénito en el silencio. Mentía su padre cuando decía venir cansado del trabajo, que se encontraba mal, que iba a tumbarse un rato hasta que se le pasara el dolor de cabeza, cuando todos sabían que existía otra mujer en su vida. Mentía su madre jugando a no saberlo, pero mentía aún más cuando entre sus amigas presumía de lealtades de pareja. Mentían las amigas que le seguían el juego. Entre todos tejían extrañas realidades. Una urdimbre de engaños que, de vez en cuando, se cobraba su víctima. Y ahora le

tocaba a él.

De pronto, el médico reconoció en la cara del policía que lo insultaba al hombre que un rato antes le había dado fuego en el bar Gallo. “No creo, pero seguro que en breve nos conoceremos”, recordó. Lo creyó un coqueteo de aquel hombre delgado y atractivo, de apenas treinta años; la posibilidad de tener otro amante. Le gustó aquella boca con su sonrisa irónica. Era su prototipo. Le gustaban los guapos, los altos y elegantes, mejor si eran anchos de espalda. Le encantaba perderse entre sus brazos, sentir aquella fuerza desatada buscando entre sus piernas el alivio. “No creo, pero seguro…” ¿Lo conocía de algo? El Dandi se celó. Sabía de sus gustos y captaba al instante el menor desliz. Pero él le pidió fuego a pesar de saber que El Dandi lo observaba. Le gustaba pincharlo. Lo sentía así más suyo. Esa necesidad de creer que en los celos se esconden sentimientos. Como si no existieran los actos cotidianos que agrandan o denigran cualquier relación.

Cuando el coche paró frente a comisaría sintió un escalofrío. “¡Rápido, maricones!”, les gritó un policía para que se bajaran, pero él no lo oyó.

33

He pasado la tarde ojeando álbumes de fotos. Navegar entre tanto recuerdo no ha sido nada fácil. Todo el rato con el alma en un puño, conteniendo las emociones para que no se me escaparan las lágrimas. Hay tanta gente que ya no está, tantos momentos felices detenidos en el blanco y negro de esos irregulares cartones, que he estado a punto de desistir y abandonar la recomendación de Ligia Olazábal, mi psicóloga: “Marlene, coge un par de fotografías de tu infancia; una, en la que estés sola; otra, en la que aparezcas junto a tus seres más queridos. Escribe sobre lo que te provoca su recuerdo. Si te vienen ideas que te parecen tontas, sensibleras o hirientes, escríbelas también. Intenta no juzgarte. El próximo día me lo lees”, me dijo en la

última sesión. Qué fácil se ven los toros desde la barrera, pensé mientras salía de su despacho. ¿Qué sabe ella de lo que significan para mí esos recuerdos? Esas imágenes congeladas por la cámara leika de papá, en la que se suceden bautizos, comuniones y bodas de toda la familia. Un hurto al tiempo por el que desfilan los irreconocibles fantasmas de lo que en algún momento fuimos, y que ahora nos miran desde su prisión de papel, para que nos apiademos de ellos y los liberemos de esa condena de absurda eternidad. No son huesos, ni carne, ni palabras…, son el triste despojo de la vieja crisálida que nos envolvió un día y que hoy desconocemos. Ni siquiera yo misma me encuentro en esa infancia de cursis trajes de domingo, ni en esa juventud que he abandonado ya. Tampoco soy la niña que papá mantiene en sus brazos ni la que, con pantalones largos, se balancea sobre el viejo caballo de cartón. No soy ninguna de ellas. Ya no las reconozco. Hace tiempo que han muerto. Las devoró la vida. Tengo ganas de coger un mechero y prenderles fuego. El purificador fuego. Quisiera liberarlas. Siento que me lo piden desde esas cárceles de plástico desde las que me observan. Como si tampoco ellas me reconocieran o envidiaran la vida que durante un instante poseyeron y que yo les he robado para siempre. Comprendo la negativa de la abuela Nélida a que la fotografiasen. “Las fotos debilitan el espíritu”, decía enfadada cada vez que intentábamos que se dejara retratar. Cómo nos reíamos con sus disparatadas ocurrencias. “Pídanme cualquier cosa, menos que participe en esos disparates. Me horroriza la idea de pasarme una eternidad como un pasmarote, como un vulgar mojón de carretera”, aseveraba ante nuestra insistencia. Quizás venga

de ella esa debilidad que ahora siento, ¿quién sabe?

Debo elegir dos de entre las tres que ya he seleccionado. En una estoy junto a mis padres. Lo recuerdo porque fue la fiesta de mi octavo cumpleaños y estoy en la foto en medio de ellos, disfrazada de indio. Mi regalo. En otra está también la tía Milagros. Mamá murió de pena al año de mi ingreso en Tefía. Para la tía Milagros fue el último mazazo de su vida. Jamás lo superó. Estaban tan unidas desde niñas que en casa las llamábamos las gemelas. Las gemelas han salido de compras, las gemelas están de los nervios, andan tramando algo las gemelas…, decíamos para cualquier cosa que se refiriera a ellas. Eran almas afines, pero físicamente eran huevo y castaña. Mamá era muy alta y bastante delgada, con una melena ondulada de color castaño oscuro y ojos grisáceos; Milagros, algo más baja, mucho más rellenita y de pelo rubianco. Eran los vivos retratos de sus progenitores: mamá, del abuelo; la tía, de la abuela. Sólo en los ademanes se les leía la sangre. Era su hermana pequeña, la otra mujer después de cinco hombres. Ya nadie la esperaba. Una casualidad, un fallo del ojino que llegó a la familia como agua de mayo. Mamá le llevaba doce años. “Fue mi primer bebé”, nos decía cariñosa, cogiéndole las manos. “Mira que eras llorona y perretosa. Fuerte niña mimosa”. le decía para verla enfadada. Sabía que a la tía esas cosas la disgustaban. En la otra foto aparece Milagros el día de su boda, flanqueada por mis padres a los que ella coge por la cintura. Delante, un grupo de chiquillos y, en el centro, mi prima Emilia y yo, vestidos especialmente para la ocasión. Éramos los que llevaban las arras. Mamá le tenía mucho cariño a esta foto, decía que jamás la había visto tan guapa. Y en verdad que lo

estaba. Lucía esplendorosa, con su moño trenzado adornado con flores, y su velo de novia, y su traje de cola. Domingo, su marido, no aparece en la foto, a esas horas andaba bien borracho. Fue la única nota de discordia en aquel día feliz. Ya andaba embriagado cuando llegó a la iglesia vestido con el frac que le prestó papá. Le quedaba perfecto, parecía que era de él. Sólo hubo que ajustarle el pantalón. Subirle un poco el vuelto. Papá era más alto. El beso que me dio cuando bajé del coche de la novia desprendía un tufo a alcohol que me produjo asco. Yo no lo comprendía, pero era normal que el novio llegara un poco alegre el día de su boda, despedidas de soltero que terminan en farra. Aquella fue su carta de presentación, la debilidad de la que emergería el alcohólico que acabó destrozándole la vida. La buena de Milagros ocultaba como una afrenta las palizas que habitualmente le propinaba aquel monstruo. Cuando mamá se enteró la liberó de sus garras llevándosela a casa y por nada del mundo dejó que Domingo atravesara el umbral de la puerta. “Atrévete a pasar si quieres que te abra en canal”, le dijo mamá la primera vez que se atrevió a reclamarla y, aunque las copas lo habían envalentonado, el hombre se amilanó. Una absurda moral manejaba a su antojo los complejos hilos del amor y no existía el divorcio. Al igual que Milagros, la mayoría de las mujeres dependían del azar de encontrar un “buen hombre” como compañero de viaje. Una lotería que castró la existencia de muchas, llenándolas de penalidades. Un drama que despertó muy pronto mi conciencia. “No seré otra Milagros”, me juré infinidad de veces en la soledad de mi dormitorio, después de escuchar los insultos que aquel triste borracho lanzaba contra la tía

desde el otro lado de la acera. Aún me parece verla, con las manos cubriéndose los oídos, para evitar oír las barbaridades que escupía por la boca, hasta desgañitarse. Fueron meses así, soportando esa doble tortura: las continuas afrentas de aquel necio y el sufrimiento con que las vivía mi tía. No sé qué era peor, si los temblores de una Milagros desecha de los nervios, o la babosa imagen de aquel pelele con los pantalones meados, vociferando desde el otro lado de la calle. Meses así, hasta la noche en que papá decidió actuar. Mamá trató de impedírselo cruzándose en la puerta. "Ya se cansará. No hay mal ni bien que dure cien años. No salgas, te lo ruego. ¿Es que no te das cuenta de que ese mequetrefe nos quiere desgraciar a todos? Por Dios, Eliseo, no salgas", le dijo parapetada en la puerta. "Confía en mí. Te prometo que no voy a tocarlo, pero hay que poner fin a esta desgracia" le respondió. Durante unos momentos temimos lo peor, pero no ocurrió nada. No lo tocó. Se acercó a él y le habló. Jamás supimos qué le dijo. Durante unos minutos Domingo permaneció en silencio mirando hacia la casa. Todavía conservo en mi memoria su mirada perdida. Poco rato después emprendió la marcha y, dando tumbos, se perdió calle abajo como un alma en pena. No volvió a aparecer por allí. Creo que ni mamá supo lo que le habló esa noche. Tiempo después lo supe yo, aunque ahora no viene al caso. El saberlo me hizo comprender al desgraciado que, durante meses, amargó a mi familia. Con el tiempo a Milagros se le fue disipando la amargura y, aunque nunca volvió a ser la mujer de antes, nos conformábamos con saber que era feliz en casa. Mis padres se confabularon y le buscaron un par de pretendientes para que rehiciera su vida. Pero su tozudez

era más fuerte que el par de enamorados que asediaron su corazón durante años. “Manuela Jiménez, sabes que te lo agradezco, pero a mí ya no hay pendejo que me joda la vida”, le dijo a mamá una noche, mientras cenábamos, ante su insistencia para que fuera al cine con Ricardo Lesme, el único pretendiente que, pese a la indiferencia de la tía, continuó viniendo por casa. Cada fin de semana el bonachón de Ricardo aparecía con una botella de ron miel, que después degustaba con la tía y mis padres en el recibidor, y una enorme bandeja de dulces que, como por encanto, desaparecía en los postres. Estábamos tan habituados a sus golosinas que, en las raras ocasiones en que faltó a su cita, papá salía a comprarlas a la misma dulcería. Incluso Milagros se ponía de mal humor cuando en la sobremesa fallaba su repostería. Ricardo Lesme, mi primer amor. Adoraba al delgado relojero, su nariz casi perfecta, la sonrisa blanca, sus rasgados ojos oscuros, su timidez, pero sobre todo adoraba sus manos. Unas manos de dedos largos, inmaculadas, hechas, sin duda, para trabajar con la filigrana del tiempo. “Los relojes tienen su corazón y, como a cualquier persona, la herrumbre de las horas también les hace daño”, nos decía convencido. La frialdad con que lo trataba la tía se hizo calor en mí y, cada vez que aparecía, lo recibía con mi mejor sonrisa. A su modo, él me quiso también. Lo supe la noche en que tocó en la ventana de mi dormitorio. Lo esperaba hacía tiempo y lo dejé pasar. Hice el amor con él. Esa noche sentí todo su calor adentrarse en mi cuerpo, un cuerpo adolescente, de apenas quince años, que temblaba de placer con cada una de sus encendidas caricias. Aún recuerdo el olor tibio de su boca y el sabor a perfume de madera de su piel. ¿Qué

habrá sido de él?

La foto en la que aparezco sola es del día de mi primera comunión. Tenía nueve años y estoy vestida de almirante. Cómo sufrí ese día viendo a las otras niñas con sus trajes de pequeñas novias llenos de bordados y de encajes. Mi mayor ilusión era ir como ellas, como la prima Emilia, que también la hizo ese día. Lucir uno de aquellos trajes almidonados que pasaban de una generación a otra. Ése era mi deseo. En mi expresión se nota el descontento.

—Algo más hacia el centro —me indicó el fotógrafo, después de haberme situado delante del paisaje del fondo de la habitación.

—Mucho mejor así —dijo cuando me situé en medio del panel donde se veía un descolorido paisaje alpino.

—Pero alegra esa cara —me pidió el fotógrafo, con voz fantasmal, escondido detrás de la cámara y cubierto con una sábana negra— ¿Qué te ocurre, muchacho? Si éste es tu mejor día –dijo, mientras sacaba la foto.

Mamá, que estaba frente a mí, me lanzó al aire un efusivo beso. Pero su carantoña no logró que cambiara mi cara de enfado. Ese día no fui, como el resto de los niños, de casa en casa, ofreciendo las estampitas de los recordatorios. Me negué. No quería soportar aquel escarnio. Dije que estaba mal, que me dolía el estómago y nos marchamos a casa. Apenas llegué, me cambié de ropa y participé en la fiesta que habían preparado en mi honor y en el de mi prima Emilia, vestido de calle. Sólo entonces volví a ser feliz. Por la tarde, cuando los invitados ya se habían ido, mamá me enseñó la sorpresa que me tenía preparada. “Ven”, me dijo. Fui tras ella, hasta mi dormitorio,

esperando, ahora que estábamos solos, alguna reprimenda por mi comportamiento de la mañana. “Cierra la puerta”, dijo. Obedecí. Al volverme vi que abría mi ropero. El habla y la respiración se me cortaron cuando vi lo que sacaba de su interior. Emocionada, me puse a temblar. “Acércate. Es para ti”, dijo, para romper mi parálisis. “Es para ti”, me repitió sonriente. Corrí hasta ella, me abracé a sus faldas y me eché a llorar. Anduve un rato así, pegada a ella, derramando la rabia y la alegría. “Pruébatelo. Me apetece tanto vértelo puesto”, dijo cuando vio que acariciaba la tela de aquel sueño. Era un traje de primera comunión idéntico al de la prima Emilia, con sus bordados, su lazo a la espalda y su cuello de encajes. Era el traje con el que la tía Milagros había hecho su primera comunión. Estaba intacto. No me lo podía creer. Me desvestí nerviosa, mientras mamá sacaba de una caja unos guantes y unos zapatos de charol blancos. No faltaba detalle. Había pensado en todo. Vuelvo a llorar rememorando aquello. Llora ahora la adulta en un nexo común con el pasado. Una mujer con la cabeza cana y una piel ya vencida por los años, pero mi corazón continúa emocionándose con los viejos recuerdos. Una añoranza extraña por esa niña que ya es polvo de olvido y a la que sólo una foto amarillenta es capaz de traer al presente.

34

Así concluía el primer capítulo de *Memorias de una loca*, la novela en la que andaba sumergido desde hacía un par de meses, y en la que Marlene, aconsejada por su psicóloga, se presentaba rememorando su vida. Andaba por los laberintos del tercer capítulo, cuando, leyendo la

prensa mientras desayunaba, me tropecé con la noticia, una pequeña reseña escondida en la esquina inferior de una extensa entrevista a varios homosexuales famosos de la ciudad de Las Palmas. La alegría y el desparpajo iniciales, poco a poco, fueron tornándose serias y reflexivas respuestas. Cuando el entrevistador preguntó a los de mayor edad —pertenecían a distintas generaciones—: ¿Cómo se las arreglaron para sobrevivir en la época de Franco? estoy seguro de que se hizo un silencio. Se notaba con claridad que la entrevista se adentraba en otra frontera, un espacio donde podíamos encontrarnos con cualquier cosa. Era otra realidad, como el día y la noche o el agua y la tierra, otra densidad que me cautivó. Eran respuestas dolorosas que dejaban entrever con facilidad que emergían de desgarros profundos, a pesar de que muchas de sus contestaciones estaban llenas de gracia y de ironía, pero, incluso así, se percibía que eran seres que habían sufrido mucho. ¿Quién no ha sufrido alguna vez?, se preguntarán, pero la pena y el dolor del que hablo era un sobreañadido, un plus perverso que sólo habían vivido ellos. Ni siquiera la izquierda más perseguida por la dictadura sufrió esa saña, ese menosprecio, esa burla; sencillamente porque esa misma izquierda también los perseguía, expulsándolos de sus clandestinas filas, ignorándolos, consintiendo o participando del desprecio común. Aún así, en sus respuestas no había animadversión, eran sólo el duro balance de unos años de persecución y pena.

Mi curiosidad se disparó cuando acabé de leer la entrevista y comencé con la reseña, apenas veinte líneas, en las que un tal Juan Curbelo, conocido por Juanito el Pionero por ser un eterno

carnavalero, relataba una etapa crucial de su pasado. Hablaba de su estancia durante tres años en el campo de concentración de Tefía, Fuerteventura, y de la infinidad de vejaciones que padeció por su condición de homosexual. Sus palabras me impactaron porque, además, ignoraba la existencia del Campo de internamiento. Sin embargo, allí había estado prisionero, durante tres largos años, aquel hombre. Obsesionado por la noticia, los días siguientes indagué entre mis amistades. Ni uno solo lo sabía, estaban tan sorprendidos como yo. Jamás habían leído u oído nada acerca del internamiento de los homosexuales en aquel lugar. Para ellos era también la primera vez. Me alarmó que ese atropello permaneciera sólo en la memoria de los que tuvieron la desgracia de vivirlo, muchos, probablemente muertos. Era increíble que casi cincuenta años después continuara reinando el silencio sobre esa tragedia. Consideré aquel olvido una injusticia, una burla más. Por otro lado, me parecía asombroso ver cómo colisionaban la realidad y la ficción. En la vida de Juan Curbelo y en la de Marlene existía algo —todavía no comprendía bien el qué— que los unía, compartían, sin saberlo, un pasado común y puede que incluso hubiesen coincidido en Tefía. ¿Quién sabe? Quizá Marlene no tenía todavía la suficiente confianza conmigo para contarme su verdadera vida o quizá no había sabido ganármela, aunque, eso sí, era la única persona con la que ella se había atrevido a intentarlo. Seguro que dilataba con intención ese momento. Los habitantes de la imaginación son así, desconfiados y esquivos. Además, la historia de Marlene justificaba con creces ese recelo, ese ir con pies de plomo. No era la primera vez que algo similar me ocurría. Recuerdo un personaje

que me engañó con su sexo y con su nombre a lo largo de toda una novela. No descubrí la trampa hasta una relectura, cinco meses después de terminarla. Estoy acostumbrado a sus triquiñuelas, por eso sabía que era sólo cuestión de tiempo. Eso no me impidió empezar por mi cuenta a ordenar el rompecabezas. Comprendí que la infancia y la juventud de ambos se habían desarrollado en una misma época, los años más duros de la posguerra, y que el azar los había hecho cómplices de similares vivencias. Por lo que Marlene me había contado y por lo que se deducía de sus silencios, intuía que había una espina clavada en su pasado. Pero a decir verdad, desconocía las dimensiones del daño. Nunca me había ocurrido que alguien de la ficción utilizara a un personaje de carne y hueso para que me lo desvelara. ¿O era a la inversa? Eso lo comprendí mucho tiempo después. Al principio creí que Tefía me permitiría darle a Marlene un escenario real donde localizar y expiar sus sufrimientos a lo largo de dos o tres capítulos, poco más. No imaginé que yo también era presa de sus travesuras y que me adentraba en un viaje, el juego que había planificado a mi espalda. Eso hace nada que lo comprendí. Hasta ese momento me lamentaba por su situación y, a menudo, le rogaba que tuviera paciencia hasta que terminara la otra novela en la que, consecuencias de aquel pequeño artículo, me había embarcado. Pero Marlene, como es su uso y costumbre, jamás soltó prenda y me tuvo todo ese tiempo haciéndome sentir culpable. Abandonar a un personaje para caer en los tentadores brazos de otro, es algo que no perdonan con facilidad. Y eso, sin pretenderlo, era lo que a mí me había ocurrido. Además, uno sufre por ese ser sin definir, atascado en

la página treinta y ocho, como si se hubiese quedado encerrado en un ascensor y en ese mismo piso. Sólo que ese edificio hace tiempo que está deshabitado y nadie puede escuchar sus gritos. Pone los pelos de punta sólo pensarlo. Pueden pasarse años así; toda una eternidad, incluso. Ellos lo saben, por eso te torturan hasta decir basta. Me sentía como si estuviera poniéndole los cuernos. Pero mi nuevo amante se volvía más suculento cada día y se alimentaba de lo que yo creía que eran los celos y el desespero de Marlene.

Después de leer la reseña, lo confieso, me sucedió lo mismo que a un alcohólico: lo abandona todo para dedicarse a la botella. Exactamente igual, sólo que mi botella destilaba un amargo elixir y había que prepararse para que no te descompusiera el estómago. Se trataba de la corrosiva pócima de Tefía.

Decidido a conocer a Juan Curbelo, salí de copas ese fin de semana. Fui al Miau, un bar próximo al parque de Santa Catalina, frecuentado por gays y lesbianas. Conocía a Paco, su dueño, más de cien kilos de desparpajo y ternura que, además, controlaba a la perfección el mundo homosexual, donde tenía grandes amistades. Quizá el hombre que yo buscaba fuera una de ellas. Había que probar. Le conté lo que me llevaba esa noche hasta allí. Él también había leído el artículo, aunque ya sabía de la existencia de Tefía, El Pionero, como Paco lo llamaba, le había contado algo, en una de esas noches de nostalgias borrachas. “Cuánto daño han hecho esos cabrones”, me dijo como resumen personal del artículo, en una mezcla de pasado y presente, sugiriendo que continuaban jodiendo. Me limité a asentir. “Ayer mismito estuvo por aquí. Pero él ya sale poco. Además, no anda

muy bien el pobre. Hacía por lo menos cinco meses que no lo veía, los años que se le han tirado a las piernas…, con lo que le gusta el carnaval. Ya verás que desde que vea a la primera mascarita se recupera. Si fuera un vampiro seguro que saldría vestido de rumbera", añadió con picardía. Mi primer paso daba su fruto. Eso me animó. "¿Crees que le importará contarme su historia?" "Seguro que sí, que te la contará, habla hasta por los codos, lo conozco bien, y estoy seguro de que no pondrá reparos. Al contrario, sé que está buscando a alguien de la televisión o a un periodista para decírselo. Anda dándole vueltas a la cabeza con contárselo al mundo. Pobre Juanito… No es de los que lo ocultan o lo callan, ¿sabes? Tiene muy claro que le jodieron la vida por nada y está dispuesto a denunciarlo donde sea". Quedó en hablar con él cuando volviera a pasar por el bar y pedirle su número de teléfono para pasármelo. Durante cuatro o cinco semanas acudí religiosamente al bar Miau los viernes por la noche, sin que Paco me diera noticias. Mientras esperaba a que reapareciera Juan Curbelo, indagué en otra parte de esta confusa historia que me quedaba pendiente. Si el campo de concentración de Tefía se abrió a principios de los años cincuenta y permaneció hasta no se sabía cuándo, siguiendo la máxima que dice que no hay mal que cien años dure, aquel maquiavélico experimento debía de tener, como todo, un principio y un fin. Por otro lado, en algún lugar debía estar archivada toda esa documentación, esos expedientes. Desconocía los años que La Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía había permanecido abierta, desconocía también el número de homosexuales que había engullido. Todo estaba pues por desvelar, y a ello me puse. Llamé por teléfono al

Cabildo y al Ayuntamiento de Fuerteventura. Con amabilidad me informaron del recorrido que habían seguido aquellas dependencias de Tefía. De antiguo aeropuerto, a cuartel de la legión, y ahora era un albergue del Cabildo, pero nada sobre los años en los que la Inquisición se estableció allí. Sin embargo, una funcionaria de la institución me dijo que probablemente la información que yo buscaba se encontraría en el ayuntamiento de Arucas, una ciudad cercana a la capital, famosa por tener una preciosa catedral neogótica perdida entre plataneras. No me explicó por qué creía aquello, pero yo, ansioso por dar con la información, me presenté allí. No tenían ni idea sobre el tema y hubo quien creyó que estaba de broma. "Vuelve a llamar, quizá se equivocaron de ayuntamiento", me dijo alguien. Eso hice pero, a la tal Margot, así se llamaba la funcionaria, se la había tragado la tierra. Confundido, decidí poner fin a mis pesquisas y me encaminé a refrescarme con una cerveza en la terraza de la cafetería París, un lugar frecuentado por amistades. Además, junio lucía espléndido e invitaba a estar al aire libre. No llevaba ni cinco minutos, cuando en la mesa de al lado se sentó Alberto Anaya, profesor de historia y apasionado buceador en los laberintos de la Inquisición en Canarias. Vi los cielos abiertos. Le conté mi inquietud. "Vete al Archivo Histórico, no lo dudes. Si la documentación no está allí, son los más adecuados para decirte dónde está". Alberto Anaya, aparecería muchas más veces durante la gestación de esta novela. Cuando coincidíamos en la cafería París me ponía al tanto de lo último que se había publicado sobre el tema. A él se debe también el nacimiento del primer capítulo. "¿Cómo llevas ese trabajo?", me preguntó un día.

“Bien, encerrado en el archivo cada vez que puedo, pero sin disparar chícharo. He abandonado por completo la novela que estaba escribiendo”, le dije. “¿Y eso? Anímate y escribe unas letras, así ordenarás ideas”. “Quizá me vendría bien”, le respondí pensando en retomar de nuevo *Memorias de una Loca*. Esa misma noche me llamó Cira Morote, periodista del diario La Provincia, animándome a escribirlas. “Tienes dos páginas para ti, para que cuentes con libertad lo que quieras”, me dijo. Aunque temeroso, acepté el reto. Ahí se produjo mi primera fractura con la novela que escribía y tuvo su origen la nueva: *Viaje al centro de la infamia*, que dio título al artículo que publicó el diario. Desde aquí doy a Alberto las gracias. Sin que yo sepa cómo, aquel artículo llegó a manos de gente que andaba trabajando ese olvido. Entre ellos estaba Arturo Arnalte, el primero en ponerse en contacto conmigo. Me contó el proyecto en el que andaba embarcado y me preguntó si le podía facilitar información. Honestamente he de decir que dudé. Pasar la información que llevaba meses recopilando a un desconocido que me llamaba por teléfono… Dudé, pero enseguida comprendí que el trabajo que realizaba Arturo y el mío eran dos aspectos distintos de una misma realidad, el cara y cruz de la moneda; él escarbaba en las bibliotecas y en los archivos para hacer un ensayo profundo, yo indagaba entre los expedientes como el actor que lee un libreto para mimetizarse con el personaje. Esa era la diferencia. Él quería contar la macrohistoria de aquellos años de dolor y oprobio; a mí, en cambio, me interesaba más la microhistoria, introducirme en la piel de los que la vivieron para darles la voz que les habían negado. Sabía que era una prueba

arriesgada, pero me apetecía intentarlo. Meses después se publicó *Redada de Violetas,* el ameno y exhaustivo ensayo de Arturo Arnalte. Sorprende la generosidad y la elegancia con la que desvela esa demencia. Un buen trabajo que contribuye a rescatar del olvido el "valle de lágrimas" que la dictadura hizo de aquellos años. Sin pretenderlo, ha surgido de ahí el inicio de una amistad. También se interesó Fernando Olmeda. Fue una conversación breve, me solicitó copias de una información que no le podía facilitar. Ahí quedó todo.

De pronto, recordé que Chely, una antigua compañera de universidad, a la que llevaba sin ver algunos años, trabajó en el Archivo Histórico de Las Palmas. ¿Quién mejor que ella para informarme? Allí seguía, era la subdirectora. "Pásate por aquí, que algo habrá. Así nos vemos, que hace tiempo que no charlamos", me dijo con la complicidad de siempre. Tampoco en el Archivo Histórico había una documentación específica, catalogada bajo el epígrafe de Tefía. "Creo que eso pertenece al Juzgado de Vigilancia Penitenciaria", dijo antes de entregarme un bloc, un inmenso índice alfabético con toda la información catalogada del archivo, al tiempo que llamaba por teléfono. "De todas formas vamos a pedirle opinión a alguien que sabe bastante de esto", comentó. A los cinco minutos apareció un chico delgado y huidizo. "¿Qué es lo que buscas?", preguntó sin mirarme a los ojos. Le conté lo poco que sabía. Él también había leído la entrevista. "Qué fuerte, ¿verdad?", me dijo. "Terrible", le confirmé. "Como Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía aquí no vas a encontrar nada, quizá esté con la documentación concerniente al Juzgado de Vigilancia Penitenciaria". Chely me sonrió.

Miramos en el índice sólo la década de los cincuenta, y me produjo auténtico vértigo. Eran decenas de cajas de expedientes sólo en esos años. Si el Campo siguió abierto en los años sesenta, era una montaña de información. Estuve a punto de desistir, pero algo, no sé qué, me empujó. "Pues comenzaré por el año cincuenta", le dije a Chely, resignado. "Sí, pero no es tan sencillo, cariño". La miré sorprendido. "Es que primero hay que pedir permiso". "¿Y eso?" "Normas de la casa", dijo en tono burlón. "Información confidencial" "¿A quién?", le pregunté. "Tribunal Superior de Justicia de Canarias", me dijo. Una vez más sentí vértigo. "¿No te irás a echar a atrás? Mucho has cambiado, entonces", añadió con una mirada en la que se podía leer mi respuesta. "¿Tú qué crees?", la reté. "Que lo vas a dejar", ironizó antes de reírse. Recordé las largas veladas en que estudiábamos juntos hasta el amanecer. Agotados hacíamos siempre una pausa a las cinco de la mañana con la disculpa del café. Pasábamos así una hora riéndonos por las cosas más absurdas.

Esa misma mañana me encaminé a los Juzgados de San Agustín, situados en el mismo corazón de Vegueta, el casco antiguo de Las Palmas. Escasos trescientos metros separaban el Archivo del viejo Juzgado. Sonaron las campanas de la catedral de Santa Ana, con esa música que "al aire se echó a volar". Una hora después, siguiendo las indicaciones de Chely, cursé mi instancia.

Durante varias semanas leí un expediente tras otro sin dar con la información que buscaba. Había encontrado casos de homosexuales perseguidos, incluso informes de la policía que hablaban de casas donde solían reunirse, con nombres y apellidos, como si se tratara de

clandestinas células de una organización política, pero nada que hiciese referencia a Tefía. Eso sí, comencé a familiarizarme con el lenguaje de la denuncia y el desprecio, a palpar la razzia que sobre los sectores más débiles de la población hicieron en silencio. Mientras tanto, continuaba saliendo los viernes por la noche al bar Miau a la espera de que Paco me diera noticias. Cuando menos lo esperaba apareció una mañana el primer expediente que hablaba de Tefía, correspondía al año 1954. Ése era pues el año en que se había puesto en funcionamiento la maquinaria. A partir de ese momento los expedientes que la mencionaban aparecían uno tras otro. Y con ellos, la sistematización de unos informes que, a medida que investigaba, me parecían más espeluznantes. El rumor, la sospecha, el qué dirán, el menosprecio y el atropello eran el fundamento de la mayoría de los informes. Ayuntamientos, Policía Nacional, Guardia Civil, médicos forenses, fiscales, jueces, y, por qué no decirlo, algunos familiares y vecinos, participaron de un enfermo delirio cuyo fin último era anular la existencia de aquellos individuos. Un disparate donde los invertidos eran los nuevos herejes. Ninguno de los homosexuales condenados tenía asuntos pendientes con la Justicia, a no ser, claro, que nos estemos refiriendo al aspecto femenino de algunos, los ademanes no reprimidos de otros, cometer la insolencia de pasear de noche por un parque, invitar a un supuesto amigo al cine, o sentarse a tomar una copa en una terraza, no hacer ostentación de macho, utilizar un urinario público, pasear de madrugada cogido de la mano de otro hombre o mirarse dos hombres con deseo… Eso era lo que los llevaba hasta allí. Sólo eso. Para rematar la faena, algunos jueces diligentes

añadían una pena más a su sentencia, exigiendo su separación de los otros presos.

Comenzaron a obsesionarme dos cosas, y ambas tenían que ver con Juan Curbelo: encontrar su expediente en el archivo y conseguir su teléfono para hablar con él. Ocurrieron en un mismo día. El mediodía de un viernes me tropecé con su expediente. Estaba en una de las cajas correspondientes al año 1955. Le eché un vistazo y solicité que me lo fotocopiaran. Quería leerlo detenidamente en casa. Esa misma tarde lo acabé. Ciento dieciocho páginas donde se desmenuzaba la radiografía de su calvario. Con apenas diecisiete años lo detuvieron y multaron por homosexual en el intermedio de una película por hablar con un joven. "Una vez al descanso del cine Colón lo llamó un sujeto algo mayor que él —tres años— con quien se puso a hablar. Enseguida los detuvo un policía conduciéndolos al Gobierno Civil, pero él no es invertido". Es lo que alega en su defensa el niño Juan Curbelo, sin saber que aquél era sólo el primer paso en su viaje a la infamia. Después todos a una estampaban en fríos documentos el sello de INVERTIDO. Sus argumentos se reducen a eso. "Particípole no existen en este registro antecedentes Juan Curbelo Oramas 17 años", dice el telegrama del Director General de Prisiones. En la parte inferior de su certificado de nacimiento alguien hace una resta. La operación, en destacados números, calcula la diferencia entre su fecha de nacimiento y la de su último arresto. El resultado es 19. Debajo, dos firmes trazos del autor de la resta revelan su entusiasmo por haberlo atrapado. En la exploración clínica, el médico forense habla de amanerado, de movimientos y gestos feminoides, su manera de

hablar… no tendencia al delito, homosexual (pederasta pasivo). Resalta su buen estado físico, sin haber padecido enfermedades importantes, y "es apto para toda clase de actividades", dice acto seguido. No cabe duda de que el forense conocía su destino. Según la Comandancia de la Guardia Civil "…carece de antecedentes político—sociales, goza de mala conducta moral por ser invertido y tiene los ademanes propios de mujer. No se le conoce ninguna clase de hechos delictivos". Dios guarde a V. S. muchos años, en Las Palmas de Gran Canaria a 17 de marzo de 1955, y el membrete del Cuerpo, como hierro candente, presidiendo el escrito. Seguía la Sentencia. En la ciudad de Las Palmas… Resultando que el sujeto es invertido…, oído el presunto peligroso… Considerando que el expedientado es homosexual y ello cae de lleno en la causa 2ª de la Ley de Vagos y Maleantes de 4 de agosto de 1933 adicionada por la de 15 de Julio de 1954… en tal virtud procede declararlo en estado peligroso… Fallo: … Mes y medio más tarde ingresaba en la Colonia Agrícola Penitenciaria de Tefía. Bajo la férrea mano de don Prudencio de la Casa de Dios, el director del Campo, sus partes de conducta no auguran nada bueno. Se resiste Juan Curbelo a pasar por el aro del intransigente carmelita. "Deficiente conducta" se lee en cada uno de sus partes trimestrales. Nada de las palizas ni de las vejaciones cotidianas. Tres largos años así, digiriendo aquella amarga bilis. Después la libertad, un 26 de junio, pero antes otro informe del director de la Colonia al Sr. Juez Especial de Vagos y Maleantes. "Dicho individuo queda enterado de la obligación que tiene de no poder residir en Las Palmas de Gran Canaria durante UN AÑO y

obligación de declarar su domicilio que fija en TELDE (G. Canaria) por igual espacio de tiempo". De allí ingresa en la mili en el 59, "fue destinado a Ifni donde permaneció hasta hace un mes más o menos, en que regresó a esta Plaza", providencia del juez. De un infierno a otro como un alma en pena. Se pierde Juan Curbelo como un triste Guadiana. Aún le esperaba más… "habiendo sido licenciado del servicio Militar que venía rindiendo, comparece para reanudar el cumplimiento de las medidas de seguridad que le fueron aplicadas", aunque ahora con la suerte de volver a su casa, al calor de los suyos en la calle Colombia, junto a su mar de siempre, para mirar profundo y sentir los desgarros hundirse en el ocaso. Continúan mil informes de la Junta Local de Capital de Libertad Vigilada, dando fe de su presentación periódica para dar su santo y seña. Ese calvario dura hasta el 64. Diez años sin sentido, con el miedo pegado a sus espaldas, siguiéndole los pasos como su propia sombra.

Mi segunda obsesión, conseguir el teléfono para hablar con Juan Curbelo, también se cumplió la noche de ese viernes en el bar Miau. Todavía no me habían servido la copa, cuando se me acercó Paco con una notita en la mano. "Está deseando hablar contigo, así que llámalo", dijo mientras me la entregaba. "Ahora no, hombre, mejor mañana… sobre el mediodía —no sé qué vio en mis ojos para decirme eso—. Le di mil veces las gracias. "Tarde, pero llegó", dijo sonriente. Esa noche charlamos un buen rato.

Resistí hasta las doce sin llamarlo. Me salió el contestador automático, esa voz anónima que delata nuestra ausencia. No le dejé mensaje, temí que una mala interpretación de mis palabras lo hiciera

arrepentirse. Volví a llamar más tarde, a eso de las dos. “Sí…, diga, ¿quiénes…? ¡Callarse, coño!”, gritaba a varios perros que no paraban de ladrar. Su voz era un desgarro entre mimoso y triste. Me presenté como el amigo de Paco, el del bar Miau, el que quería entrevistarlo. “Un momento, mi niño. ¡Callarse, coño!”, gritó una vez más. “No sé qué tienen hoy estos animales… no paran de ladrar… Sí, Paco me habló de ti. Pá que te hable de lo de Tefía, ¿verdá? Qué palo tan grande”, suspiró. “Sí, estoy escribiendo…” Tú eres el periodista, ¿verdá…? El amigo de Paco, ¿no? Buen niño, Paco”, dijo. Intenté aclararle el error. “Qué…, grita más, no oigo bien, callarse, coño…”. Desistí. Me dio su dirección y quedamos para el lunes por la tarde. Ese fin de semana releí su expediente. A las cinco del lunes vagaba entre edificios en busca del zaguán que me había dicho. Costó encontrarlo en aquel laberinto. Mientras subía en el ascensor comencé a escuchar unos ladridos. Eran los perros de Juan Curbelo, tres animales callejeros con los que compartía su soledad. “No te preocupes, no muerden”, me tranquilizó tras una segunda puerta de rejas. “¡Callarse, callarse, es un amigo…! Desde que te huelan se callan”, decía. Así fue. Cuando lo tuve ante mí, me quedé sorprendido. La imagen que daba en la fotografía que acompañaba a la reseña nada tenía que ver con aquel hombre desarreglado y embutido en un albornoz azulino. Entre la una y la otra el tiempo había hecho los suficientes estragos como para que yo ahora me sorprendiera. Flanqueado por los perros lo seguí hasta el salón, treinta metros cuadrados atiborrados de fantasía. Había vitrinas de cristal donde se exponían, como si de un escaparate se tratara, centenares de artilugios

relacionados todos con el carnaval. Cintas de condecoración, medallas y placas de homenaje de peñas y asociaciones carnavaleras, ostentosas piezas de bisutería que habían formado parte de alguno de sus disfraces: coronas de reina, diademas, zarcillos, anillos de llamativas y relucientes piedras que imitaban el ópalo, el zafiro, el rubí, el lapislázuli, la amatista… collares, pulseras… De las paredes colgaban infinidad de cuadros con grandes fotografías suyas vestido de reina de la salsa, la zamba o el merengue, las fantasías con las que se perdía en la noche del carnaval de Las Palmas; cerámicas que imitaban, con abundante oro, leopardos, perros, delfines y aves, algunos casi de dimensiones naturales, como las dos panteras que presidían el sofá donde exponía su pieza principal: la fantasía rumbera, tipo Carmen Miranda, que había lucido en el último carnaval. Quizá fueran en su homenaje las flores tropicales, de papel y de plástico, que, apelotonadas en jarrones de un rococó de saldo, se repartían por todo el salón. Era su museo, el santuario donde se resarcía de tanto daño. Como si aquella desmesurada exposición fuese la ansiosa búsqueda de un reconocimiento que, en realidad, siempre le habían negado. Tal vez, sólo pretendía demostrar que nunca había hecho nada malo.

Después de casi dos horas oyéndolo hablar, comprendí el doble drama de Juan Curbelo. Una denodada lucha por demostrar que su dolor fue realidad, que Tefía existió y que él había estado allí, y la imposibilidad de verter en palabras la enormidad de su daño. Ésa era su tragedia: una batalla contra los molinos del olvido, pero sin el escudo protector de la palabra. Por eso, cuando le nombré a don Prudencio de la Casa de Dios, el director de la Colonia, y a un par de

funcionarios más, comenzó a dar unos estremecedores alaridos. Cuando, después de varios minutos, se calmó, repetía una y otra vez la misma frase: “Tú lo sabes, ¿verdá que es verdá…? Lo tranquilicé diciéndole que eso, precisamente, era lo que quería sacar a la luz. “¿Cómo lo averiguaste?”, preguntó con una complicidad que no había notado hasta ese momento. Presumía de sus amistades de carnaval cuando sonó el teléfono. “Seguro que es Octavio, le dije que ibas a venir y estará desesperado por saber de qué hablamos, también estuvo preso allí, el pobre”, dijo mientras hacía un esfuerzo para incorporarse. “¡Ya voy, ya voy…!”, gritaba mientras, con pesadez, se dirigía a cogerlo. Pasaron varios minutos cuando oigo su voz que me llama. “Al fondo del pasillo…, en mi dormitorio”, me orienta. “Habla con él, a mí me vuelve loco”, comenta al tiempo que me pasa el auricular. Al otro lado de la línea se hizo un silencio. “Hola, buenas noches…”, repetí un par de veces, cuando ya iba a colgar, escuché una tímida voz que me devolvía el saludo. Me presenté. Era Octavio García, el que había sido maestro de catecismo en Tefía. Una voz educada y temerosa que se comprometía a hablar conmigo al regreso de su viaje. En los cuatro o cinco minutos que hablé con él, comprendí que era el hombre que buscaba. “Me he vuelto un hombre arisco, desconfiado…, violento incluso, por todo es injusticia que padecimos”, comentó pluralizando al final. Él sabía por qué. Quedó en llamarme en un par de semanas. “Habla con él, se explica mejo. Yo ya estoy viejo, y con el tino medio peldío, los años… La Rosi —refiriéndose a Octavio —, si que tiene palabrerío”, dijo, consciente de sus limitaciones. “Por Dios, por la virgen del Pino, has algo para que este daño lo conozca el

mundo, porque yo soy maricón, invertido, pero no vago ni maleante", me rogó cuando nos despedimos.

Mientras esperaba el regreso de Octavio García, ocurrió algo extraño que aún continúo sin comprender. Había pedido en el archivo la última caja correspondiente a los expedientes del año 1955, cuando me encuentro con el de alguien que se apodaba Marlene. Entusiasmado por la coincidencia entre el nombre del personaje principal de *Memorias de una loca* —mi frustrada novela— y el alias del todavía desconocido del expediente, me metí de lleno en él. Era un buen tocho, de un volumen similar al de Juan Curbelo. No había pasado de la primera página cuando me quedé paralizado. El informe del Gobierno Civil, hablaba de un muchacho de dieciocho años, alias Marlene, hijo de Manuela y Eliseo, natural de Las Palmas, estudiante de bachillerato y domiciliado en la calle Alba nº 17. No podía ser verdad. Eran datos idénticos a los de la Marlene de ficción. Lo habían detenido —eso si que lo desconocía— por pasear travestido por el parque de San Telmo, una mañana de domingo. Cuando leí el informe forense me dio un escalofrío.

"Tengo el honor de comunicar a V.S. que en el día de hoy he reconocido a Damián Montelongo Ramos, alias Marlene, de 18 años de edad, estudiante, soltero, con domicilio en el calle Alba nº 17, el cual tiene la edad que manifiesta, a juzgar por su constitución somática, de complexión normal, elevado coeficiente intelectual, un metro setenta de estatura, 55 kilos de peso. Su complexión delgada no le impide efectuar los trabajos propios de su edad.

En el interrogatorio de los personales dice no haber padecido

enfermedad importante, ser homosexual (pederasta pasivo) desde la niñez, realizando estos actos casi a diario.

Por la exploración clínica se advierte un tipo absolutamente feminoide, puesto de manifiesto en su arreglo (de noche se carmina los labios), manera de hablar, gestos, movimientos, andares, etc, no sintiendo atracción por las mujeres y sí en cambio por el sexo masculino.

Por el reconocimiento practicado se confirman las anteriores manifestaciones, pudiendo establecerse, sin género de dudas, el diagnóstico de pederasta pasivo, con mentalidad psíquica deformada en el sentido de su perversión, congénita probablemente, sin estigmas manuales y aptitud para menesteres propios de mujer".

Lo que participo a V. S. a los efectos solicitados.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Las Palmas 6 de Noviembre de 1955

No cabía duda de que la prejuiciosa descripción del forense era la de Marlene. Los padres, su domicilio, sus estudios…todo coincidía y el informe médico casi la describía. La Marlene de *Memorias de una loca* y la del expediente X/55 eran la misma. Me parecía increíble. ¿Qué estaba ocurriendo? Confundido, decidí hacer un alto y fotocopiarlo para continuar en casa. Podía deberse al cansancio. Llevaba cinco horas seguidas indagando. Pensé que exageraba, que sólo obedecía a una desbordada fantasía, a un extravagante deseo de que así ocurriera, y que cuando leyera de nuevo aquellas olvidadas páginas, comprobaría mi error. No fue así, al contrario, fui de estupor

en estupor. Todo coincidía, si aquel expediente no era el de Marlene debía de pertenecer a una hermana gemela. Sorprendido, opté por escarbar en busca de posibles informes en su defensa. Los había. Allí estaban Santos Grisú, el comerciante de telas indias buen amigo de la familia, Ricardo Lesme, el pretendiente relojero de la tía Milagros, Dionisia Reguero, la maestra, y gran parte de los habitantes del casi medio centenar de páginas de la paralizada novela. No daba crédito a lo que estaba sucediendo. Debía de ser pura casualidad, pero seguía sin comprenderlo. La Marlene de ficción y la de Tefía eran la misma. Parecía imposible; sin embargo, sus características coincidían casi al cien por cien. No había nada en aquel expediente que hiciera dudarlo, era el ADN de la persona de ficción. Los datos de Marlene hasta los diecisiete años, momento en que la abandoné en la novela, y los del expediente eran calcados, los otros, los que tenían que ver con su detención, su ingreso en Tefía y su posterior libertad me eran desconocidos, pero ¿de haber continuado con la novela habrían coincidido? No pude evitar pensarlo. En realidad sólo eran las consecuencias lógicas del paso de la vida, avatares con mayor o menor fortuna. Los fundamentales, los que me hacían pensar que se trataba de una misma persona, permanecían allí confirmándolo. Para salir de dudas escribí en un folio los datos personales de cada uno de los habitantes de los tres capítulos escritos de la novela y los contrasté con los que entresaqué de su expediente. No cabía duda, coincidían con nombres y apellidos, sus características físicas, su relación con Marlene, su profesión… eran idénticos. No comprendía el por qué, pero era innegable la evidencia. Ofuscado, llamé a Juan Curbelo con

la intención de preguntarle por ella, en un intento de aclarar aquel disparate. Con una naturalidad aplastante me dijo que sí, que la conocía, que era una buena amiga, pero que ni recordaba los años que hacía que no la veía. “Desde que se marchó para la Argentina. Toda una señora”, recalcó. Tiempo después le pregunté por ella a Octavio García, necesitaba obtener una respuesta. Según él había muerto hacía unos doce años. Le comenté lo que me había dicho Juan Curbelo, pero no se inmutó. “El pobre, desvaría un poco ya”, comentó refiriéndose a El Pionero. “Exquisita, la mejor fruta de la ciudad, una mujer auténtica”, añadió. “Sí, era alguien especial”. No los creí. Había gato encerrado, al menos, eso me parecía a mí. Además, las otras veces que intenté sonsacarles información sobre Marlene, Juan Curbelo la exilió en México, en Venezuela o en Uruguay. Cuando le hacía ver su error, argüía que para él todas esas capitales eran la misma. “Son las américas, ¿no? Además, mi niño, yo no tuve escuela”. Cuando le comentaba que, según Octavio García, había muerto, me respondía con su misma frase: “El pobre, desvaría un poco ya”. Fue lo único que no les creí. Se veía a las claras que mentían, que por algún desconocido motivo, se habían confabulado para ocultármelo. Algo me decía que seguía viva y que, además, residía entre nosotros. Poco a poco esa Marlene de carne y hueso de la que hablaba el expediente comenzó a obsesionarme, pero no había manera de que ninguno de los dos traicionara el extraño pacto. Sólo supe una cosa más, me la desveló Octavio García en un despiste. Entre ellos la llamaban La abeja reina, pero no me dijo el por qué, aunque se presta a fácil especulación. Ansioso por desvelar el enigma, le pregunté a Paco, el

del bar Miau, por Marlene. Me dijo que la conocía y que aunque hacía años que no la veía, no había oído nada ni sobre su muerte ni sobre su marcha a la Argentina, pero tampoco sabía mucho más. “Toda una dama, ya lo creo”, dijo rotundo. “Pregúntale a Juan Curbelo, eran bastante amigas, seguro que él puede decirte más que yo”, dijo antes de abandonarme para atender al grupo que acababa de entrar. Las palabras de Paco no hicieron más que acrecentar mi incertidumbre. Dispuesto a despejar mis dudas, busqué en el listín telefónico a Marlene por su nombre de pila. No figuraba. Sentí que se cerraba otra puerta. Aún no sabía que el secreto se iba a desvelar, por casualidad, meses más tarde. El mediodía de un sábado coincidí en el supermercado con Jerónima Dante, una vecina del barrio. La noté cabizbaja. Creí que le dolía la cabeza. Frecuentemente se quejaba de ello. “¿Cómo andas, Jerónima?”, le pregunté. “Jodía, pá que voy a engañarte. Bien jodía, sí…”, dijo, haciendo gala de su usual franqueza. “¿Otra vez las jaquecas?” “Qué más quisiera yo, mi niño. Lo que me apena no tiene remedio. Es la Marlene, la señora que cuido. Bueno, medio señora, tú ya me entiendes —hizo un gesto de amanerado—… “No, la verdad, no te comprendo”, respondí en un intento de que desbaratara lo que mi mente andaba especulando. “Que nació chico, pero ahora es mujer, ¿comprendes? —repitió el mismo gesto con más gracia—. Marlene, la señora que cuido, desde hace un par de años. ¡Toda una dama! Pero, ahora, el Alseizer ese… Nunca me sale esa palabra, la ha dejado irreconocible. Ya no es ni su sombra… Pobre Marlene…parece un patito mojado. Dios haría bien en llevársela. Con todo lo que ha sufrido…”, se lamentó Jerónima Dante. No daba

crédito a lo que me estaba ocurriendo y una vez más sentí que la imaginación me jugaba una mala pasada. Aquella mujer, mi vecina desde hacía veinte años, me estaba hablando de Marlene. No podía ser verdad. Pero lo era. Jerónima Dante, que arruinó su vejez por mantener los caprichos del hombre del que se enamoró y, que al final, la abandonó, llevaba —yo ni siquiera lo imaginaba— casi tres años cuidando por las mañanas a Marlene. La misma Marlene que Juan Curbelo exiliaba en repúblicas sudamericanas, y Octavio García decía que estaba muerta. Era increíble cómo el azar iba recomponiéndolo todo. Jerónima Dante me contó su verdad de la historia. No dije nada ni a Juan ni a Octavio aunque, de vez en cuando, volvía a preguntarles por ella. Siempre recibí la misma respuesta. Tampoco fui a conocer a Marlene. Me parecía traicionar su memoria. Preferí quedarme con la que un día me enredó con *Memorias de una Loca*, o con la otra, la que un par de amigos resguardaban en sus momentos débiles, o la mancillada en el sinfín de informes de su expediente.

La mañana de un luminoso domingo de septiembre, recibí una llamada telefónica de Octavio García para comunicarme que había vuelto. Le agradecí el detalle. Quedamos para el día siguiente por la tarde, a eso de las cinco, porque él sin la siesta… no era nadie. Aparecí con veinte minutos de retraso, por si la recuperación se había prolongado un poco más, para no estropeársela. No quería que nada perturbara el, de por sí, difícil encuentro. Me recibió con la cortesía que esperaba. A veces una voz desvela más de lo que imaginamos y, ése era su caso. Por esa misma voz sabía también que no iba a ser sencillo escalar las almenas de su desconfiado corazón. No lo fue. En

seguida me percaté de que era un ser atrincherado en las diminutas dimensiones de un apartamento, cercano a la playa de Las Canteras, que permitía oler perfectamente los bostezos del mar. Me invitó a un café. Mientras lo preparaba pensé en la imagen que solemos hacernos antes de conocer al otro, esa composición que siempre nos termina traicionando. Había imaginado a un hombre delgado, de manos huesudas y largas, de mirada azul triste, algo encorvado y bastante alto, nada más lejos de la realidad. Ante mí estaba el ser opuesto, un hombre de estatura media, de tez morena, unos ojos oscuros que emitían un destello de desconfianza, como faro que avisa a navegante, y unas manos delicadas y débiles que manejaba con dificultad. "Sírvalo usted, si no le es molestia", me pidió. "Las manos…, que no me ayudan mucho", añadió mostrándomelas. Eran unas manos torturadas sobre las que ahora se cebaba la edad. Durante los minutos en que compartimos en silencio el café, sentí que había pasado un ángel. Por eso, me sinceré y le dije: "Don Octavio, quiero que sepa que por nada del mundo le haría a usted daño. Sólo pretendo saber lo que ocurrió en esos años. Sólo eso. Además, le prometo, que guardaré su anonimato". Me miró fijamente a los ojos durante unos segundos y, señalando el magnetófono situado encima de la mesa, dijo: "Pon a funcionar eso…" Le obedecí sin rechistar. "No sé por dónde empezar", comentó. "¿Qué le parece si comienza por el día de su detención?", le sugerí. Respiró hondo, mientras asentía con la cabeza. Fue así como supe que había sido denunciado por la madre de un invertido ricachón; supe también de su padecer en la prisión de Las Palmas de su posterior viaje al centro de la infamia, y del último golpe que

recibió en Tefía: la madrugada en que salía de libertad, con el pretexto de saber si llevaba escondida alguna carta, lo hicieron bajar del camión en que se iba, lo obligaron a desnudarse y a ponerse a cuatro patas. Una trayectoria plagada de agravios y de violencia que erizaban la piel. A través de él comprendí el dolor que Juan Curbelo había expresado en forma de alaridos. Y conocí el calvario de otros, cuyos informes yo había leído, pero que las palabras de Octavio rescataban de la fría losa que significaban los expedientes, devolviéndoles su condición de humanos. Pero, sobre todo, palpé a un ser herido, un hombre desgarrado por los desmanes de la intolerancia, alguien que continuaba convaleciente de aquel atropello. De pronto, comenzó a echar sangre por la nariz. Me asusté. Cogí unas cuantas servilletas del rollo que había puesto en la mesa y se las entregué. Mientras, Octavio, con las manos empapadas de sangre, intentaba contener la hemorragia. “Una toalla”, me dijo, señalando hacia la puerta del baño. Varios minutos después dejó de sangrar. Al verlo sentado junto a mí y con media cara cubierta por la toalla, pensé que quizá se había emocionado demasiado y que convenía dejar la entrevista por ese día. Así se lo comuniqué una vez que se recuperó. “Hacía tiempo que no me ocurría, pero hoy me he emocionado. Vuelve a darle a la tecla”, dijo para que conectara el magnetófono. “Por nada del mundo voy a parar ahora”, añadió con rotunda complicidad. Continuó hablando un par de horas más con una familiaridad y cercanía que no había mostrado antes. Su monólogo dio un vuelco y se enredó en su intimidad. Su familia, sus amistades, sus miedos, sus frustraciones, su resignación ante un torcido azar… las pequeñas parcelas que

conformaban al hombre herido que tenía delante de mí. Nunca sabré por qué me abrió su corazón de aquella forma.

Eran casi las diez de la noche cuando salí de la casa de Octavio García. En la calle caía un sirimiri que chispeaba en la luz de las farolas. Me sentía extraño y triste por lo que acababa de vivir. Ensimismado llegué a la avenida de Las Canteras. Caminé. No sé lo que pensaba, pero me sentía vacío, tenía que hacer un enorme esfuerzo para comprender. Cuando llegué a mi casa, tenía un mensaje suyo:

”Buenas noches, soy Octavio. Estaba desde que te fuiste por llamarte, para darte las gracias, porque me encuentro con una liberación tan grande, tan grande… Como te dije llevaba siempre esa cruz y ese tedio de haber sido injustamente condenado, pero hoy gracias a Dios y a ti, por la confesión que hice, me encuentro como tranquilo, con una paz interior tan grande… Gracias, gracias…”

Cuando oí su mensaje lloré; lloré de alegría y de pena.

FIN

Los nombres de los personajes de esta novela son ficticios. Sólo tres se corresponden con la realidad. A saber:

—Juan Curbelo Oramas, a quien la muerte le impidió cumplir su último sueño: acudir a Tefía para denunciar *in situ* y ante los medios de comunicación, todo lo que allí padeció.

Una semana después de su muerte, colectivos homosexuales de toda España y autoridades locales se reunieron en Tefía para homenajear a los homosexuales que sufrieron condena en la colonia penitenciaria.

—Octavio García, cuyo personaje tiene algo de él, aunque en verdad es la voz, el corazón y el alma de otros muchos.

—Prudencio de la Casa de Dios, nombre que adquirió el director de la prisión al ingresar en la orden de los Carmelitas Descalzos. Síntesis de quienes también dirigieron la colonia agrícola penitenciaria de Tefía.